

R324
224

POLITICA Y ESPIRITU

* **Estudios sobre la autogestión.**

* **Doctrinas y cambio social.**

* **Análisis de la izquierda cristiana.**

I N D I C E

Editorial: El Presidente en la Región Andina	3
Chile: Crisis en la Coalición de Gobierno	5
Política Internacional, Alejandro Magnet	8
Trinchera Política: Una Impostura Ideológica	13
El Marxismo ¿Doctrina o Método?, Eduardo Kinnen	25
El Cambio Social ¿Hacia qué objetivos y para qué resultados?, Claudio Orrego	33
La Autogestión de la Empresa Económica desde el Punto de vista Democratacristiano, Jaime Cortezo	43
Polémica: Sobre la Autogestión, Teresa Jeanneret	48
Relaciones Económicas y Políticas en la Sociedad Socialista de Autogestión, Edvard Kardelj	52
Reflexiones acerca de la Educación, José E. Jara V.	59
Juventud, Tecnología y Libertad, Sergio Palacios	62
Arte: ¿Inutilidad del Arte en la Sociedad Moderna?, Ana Helfant	67
Documentos: La Situación de la Pequeña y Mediana Minería, Alejandro Noemi	70
Declaración del Depto. de Educación	72
Declaración del Depto. Nacional de Periodistas	73
Declaración del Consejo Nacional de la Juventud	74
Declaración del Consejo de la Juventud al Tercer Distrito de Santiago	76
Renuncia al Partido Demócrata Cristiano	77
Renuncia al Mapu	79

Costo Fiere

Política y Espiritu

Nº 324

AGOSTO 1971

AÑO XXVII

DIRECTOR:

Jaime Castillo Velasco

ADMINISTRADOR:

Bartolomé Ramírez A.

DIRECCION Y SUSCRIPCIONES:

Alonso Ovalle Nº 766, 4º piso

Casilla 3547

Teléfono 382722

Santiago de Chile

EDITORIAL DEL PACIFICO

Alonso Ovalle Nº 766, 2º piso

Santiago de Chile

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

Impresores:

TALLERES GRAFICOS CORPORACION

CUADERNOS DE CULTURA POLITICA ECONOMICA Y SOCIAL

SUSCRIPCION AEREA (12 números)

Sur y Centroamérica	US\$ 11,—
Méjico, Canadá y EE.UU. ...	US\$ 12,—
Europa	US\$ 17,—
Tarapacá, Antofagasta, D. Chañaral, Aysén y Magallanes	E° 100,—

CORREO ORDINARIO

Chile	E° 80,—
Extranjero	US\$ 10,—

Como forma de cooperar con Pol. y Esp., existe una suscripción especial por un año de E° 120,—

Derechos Reservados
Registro Nacional de la Propiedad
Intellectual 202

PORTE PAGADO
Publicaciones Periódicas
Inscripción Nº 107

Valor de este ejemplar: E° 8.—

Santiago, agosto de 1971.

Señor Director:

"En el número 323 de su prestigiosa revista, de julio pasado, hay un artículo titulado "Crisis de Banderas, Acciones y Actitudes", suscrito por el señor Mario Zañartu. Dicho artículo, tiene un gran valor ya que contribuye a alertar a la Democracia Cristiana con el objeto de que ésta no sea inducida a olvidar sus aspectos programáticos y doctrinarios más fundamentales por el hecho de ser hostilizada desde el gobierno o, al menos, desde colectividades políticas que sostienen al Gobierno.

Sin embargo, hay ciertos conceptos vertidos en ese artículo que me merecen reparos y me gustaría que Uds. me dieran su opinión sobre ellos: se afirma, por ejemplo, que "por ley debiera asegurarse a los trabajadores chilenos la autogestión total de las unidades productivas, de cualquier índole que sean, dentro de reglas de juego conducentes a los intereses de la comunidad nacional". Como se ve, esto es muy vago y no se ha hecho distinción alguna entre los diversos tipos de empresas y lo que se afirma en el artículo podría aplicarse indiscriminadamente tanto a empresas estatales, mixtas o privadas. Esto último, reviste un error de gran magnitud, ya que, si establecemos ese sistema a empresas estratégicas (la Gran Minería del Cobre, por ejemplo), ello significa dar una situación privilegiada a los trabajadores empleados en ellas y entrañaría también un factor de peligro potencial sobre la marcha misma de la economía nacional. Las Bases Programáticas de la Candidatura de Radomiro Tomić son bien claras en este punto: además de incluir un avance gigantesco de las empresas de autogestión (Fondo para la Independencia y el Desarrollo Nacional) y un estímulo creciente a las empresas privadas no monopólicas, afirman "que el Estado adquirirá o mantendrá el control directo de las empresas correspondientes a sectores estratégicos o de concentración de gran poder, tales como el acero, la electricidad y las grandes empresas del cobre". También estas mismas bases programáticas adoptan un criterio más flexible con respecto al desarrollo de la autogestión en el área de la economía privada: no se pretende establecerla por ley, según el criterio del señor Zañartu, sino que se deja a los traba-

jadores la tarea de ir ganando grados crecientes de participación a través de la negociación colectiva, aprovechando las condiciones concretas de cada empresa en particular. Como medida complementaria se planteaba, en dichas Bases Programáticas, el estímulo a la extensión del movimiento sindical, continuando y perfeccionando la gran labor realizada durante el gobierno presidido por don Eduardo Frei en este sentido.

Y, para terminar, quisiera también referirme expresamente a un último punto que aparece en el artículo: la parte en que el señor Zañartu trata sobre cuál debe ser un estilo de vida que deben seguir los militantes del Partido Demócrata Cristiano si es que verdaderamente quieren ser consecuentes con sus principios.

Comparto generalmente lo que dice el autor del artículo sobre cuál debe ser la actitud del demócrata cristiano, ya sea en su trabajo, en el ejercicio de su profesión, en las relaciones personales con terceros o bien, en su empresa. Pero me siento inclinado a discrepar profundamente cuando el señor Zañartu, con cierto melodramatismo, se refiere a la situación acomodada de militantes de la Democracia Cristiana. No creo que sea necesario que personas que han llegado a una situación acomodada, muchas veces con sacrificio y trabajo, deban renunciar a ella para que el pueblo crea en la sinceridad de sus planteamientos.

H. F. S.
Santiago

El artículo en referencia sin duda no agota el tema, ni ha sido eso lo que ha pretendido su autor. Por cierto, Mario Zañartu no se coloca en contradicción con el programa Tomić, sino más bien ha querido señalar el tipo de iniciativas que la Democracia Cristiana debiera impulsar en el actual cuadro político. Sobre su segunda observación la intención del autor estimamos que queda suficientemente aclarada en la frase que resume esa parte de su planteamiento y que nos parece correcta; "solamente en la medida que las actuaciones diarias de nuestros militantes y dirigentes avalen su adhesión a nuestras banderas, depositará el pueblo su confianza en nosotros".

Editorial

El Presidente en la región Andina

Quizás sea el caso de repetir la hermosa frase de Radomiro Tomic: "Las ideas tienen un misterioso modo de crecer..."

La idea de que hablamos, en este caso, es la de la integración americana. Durante decenios, ella apareció como una adocenada ideología, cayendo a veces en retórica inútil para sostener, en palabras, el uso del poder oligárquico. Los cambios sociales, portadores de nuevas doctrinas, no trajeron consigo más que algunas tesis románticas y difíciles, como la de un socialismo "indoamericano", fundado en la filosofía del "espacio-tiempo histórico". Los políticos de inspiración marxista, en busca de un Estado al servicio de la causa soviética, limitaron su punto de vista a la repetición monocorde de esquemas generales, enteramente negativos.

En nuestro país, parlamentarios socialistas y comunistas, hace menos de doce meses, se pronunciaron contra el Pacto Andino en general y, específicamente, contra la Corporación de Fomento Andino.

Los Partidos Demócratacristianos, en cambio, plantean otra visión de las cosas. Desde Montevideo, en 1947, pasando por Sao Paulo, diez años más tarde, y en cada oportunidad, diseñaron el porvenir común a los latinoamericanos. Sus juventudes saludaron a los constructores de la unidad europea e impulsaron esos ideales en nuestro continente.

El Gobierno demócratacristiano de Frei elevó la integración a pieza clave de su política internacional. La argumentación antagónica fue ruda y sostenida. Los hechos, sin embargo, se impusieron a las teorías dogmáticas. Ya, en 1969, la ayuda perseverante y enérgica de Lleras Restrepo, Velasco Ibarra, más tarde Velasco Alvarado, el aporte de Cecla y la vigilancia del Gobierno chileno de Frei y Valdés, lograron cristalizar el acuerdo de Cartagena, para un Pacto Andino. Nació más tarde la Corfo Andina, el primer diseño de un Estatuto de Investigaciones Extranjeras y quedó preparado el ámbito sub-regional.

El nuevo Gobierno chileno entendió el valor de estos avances. Ratificó la política seguida. Hoy día, el Presidente Allende puede legítimamente decir en Colombia que habla sobre el Pacto Andino con el respaldo de toda la nación chilena.

Era necesario comprobar estos hechos. No para el mero placer de señalar la importancia de la Administración anterior en este paso histórico, sino porque la integración está vinculada a la tarea de los demócratacristianos, sin proclamar ningún odioso monopolio. Si la llamamos misión debemos exigirnos perseverancia para velar por su desarrollo. Es ade-

cuando recordar con Gabriel Valdés "que no hay un naturalismo integracionista, pues ni los contactos personales, ni el pasado enteramente recordado, ni los vínculos funcionales que se organizan serán capaces por sí mismos, de hacer crecer el sentido de una misión federada. Los intereses comunes pueden aumentar la eficacia, pero no serán capaces de sostener, en definitiva, una experiencia dinámica y de integración pacífica y consensual".

La integración será la obra de la acción política lúcida, en base a presupuestos técnicos, mística real de los pueblos latinoamericanos y una dosis mayor de sabiduría.

Si el Presidente así lo ha entendido, puede disponer de una amplia colaboración.

LUIS JASPARD DA FONSECA

Al asumir el Presidente Frei el Mando Supremo de la Nación, encontró en Luis Jaspard el personero adecuado para representarlo como primera autoridad en la provincia limítrofe de Tarapacá, invitación a la que él respondió abandonando legítimas aspiraciones e intereses personales.

Cuando el extravío de las pasiones pretendió romper en Chile la tradición de la lucha política dentro de la ley, alentando o justificando sistemáticamente la violencia, el Gobierno llamó a Luis Jaspard a asumir la Dirección General de Investigaciones.

En una hora de oscuros contornos para la supervivencia democrática de Chile, los sembradores del odio y de la violencia recibieron a través de él la lección de un gesto patriótico a la altura de los actos más relevantes de nuestra Historia: su renuncia como jefe de la Policía Civil, a fin de que el Ejército, como institución agraviada y herida, tomara sobre sí toda la responsabilidad en el esclarecimiento del crimen perpetrado en la persona de su Comandante en Jefe, el general Schneider. Y Luis Jaspard retornó a su vida privada, al silencio de su hogar, con la misma modestia, sencillez y naturalidad con las que antes había servido tan altas y delicadas responsabilidades. Pero, al despedirse de los que fueron sus subordinados en la institución, al hacer entrega del mando a su sucesor, recibió de ellos la más prolongada ovación de que haya memoria en ese cuerpo policial. ¡Ellos habían podido conocerlo!

Recibamos el testimonio de su vida como un ejemplo, y su ejemplo, como un tesoro digno de ser incorporado al patrimonio moral de nuestro Partido.

Luis Fuente-Alba Zúñiga

Crisis en la coalición de Gobierno

Resulta ilustrativo observar la actual composición de la coalición de Gobierno y cotejarla con lo que fue la Unidad Popular durante la pasada elección presidencial. La plataforma del Senador Allende se componía entonces de tres partidos de larga trayectoria política y de un poderío electoral equiparado, con pequeña ventaja para el partido comunista sobre sus aliados socialista y radical. A estas colectividades históricas se sumaban dos movimientos que hacían su debut en elecciones y el pequeño partido socialdemócrata, que apoyó inicialmente al Senador Tarud. Los "grandes" y los "chicos" estaban claramente diferenciados.

Luego de diez meses de Gobierno ya no hay más grandes que los dos partidos marxistas-leninistas. A mucha distancia los escolta un abigarrado conjunto de partidos disminuidos, mini partidos, movimientos y grupúsculos. Su existencia en el seno de la coalición es indispensable para mantener el empate político con las fuerzas opositoras, pero indudablemente, el núcleo de la gestión gubernativa y las responsabilidades decisorias recaen fundamentalmente en la tensa alianza socialista comunista.

LA FRAGMENTACION DEL PARTIDO RADICAL.

Las elecciones municipales de abril pasado registraron una caída vertical del radicalismo que vio disminuido en una cifra cercana al 40% su

anterior capital electoral. Este insatisfactorio resultado se atribuyó, por los observadores, a la conducción de su Presidente, Carlos Morales Abarzúa, secundado por el comprometedor burocratismo del Comité Ejecutivo Nacional (CEN). Para la opinión pública el Partido Radical aparecía como una fuerza garantizadora de la institucionalidad democrática en el seno de un Gobierno donde tenían papel predominante, colectividades muy ajenas al espíritu y a los métodos operativos de la democracia. El Presidente Allende fue el primero en estar consciente de la importancia que tenía la participación del radicalismo para la imagen pluralista y legal de su Gobierno. Pero, obviamente, esta imagen funcionaría sólo en la medida en que el radicalismo asumiera efectivamente, las responsabilidades inherentes a su especial posición en el seno del bloque gobiernista.

Las primeras actuaciones de algunos funcionarios y autoridades de Gobierno interior, pertenecientes a los partidos estatistas, desvanecieron toda ingenua confianza en que los viejos absolutistas de izquierda se comportarían de manera diferente a la determinada por sus tendencias más definitorias y enraizadas. Frente a la arbitrariedad y los abusos, el Partido Radical guardó un silencio inalterable. Para la ciudadanía se hizo clara, entonces, la condición subordinada del radicalismo frente a los partidos que realmente hacían la política del Gobierno. Quien quisiera apoyar al Presidente Allende podía hacerlo mejor

a través de esos partidos. Quien quisiera protestar contra los abusos, sabía que el apoyo al Partido Radical no era el camino para hacerlo. Por dos vertientes el radicalismo se desaguó hasta juntar apenas un 8% de la votación total.

La XXV Convención del Partido Radical se celebró en este contexto. Para el CEN y los convencionales funcionarios, las ventajas del burocratismo parecieron ser razón suficiente para perseverar en la misma línea confortable, sin enfrentamientos conflictivos con el poder dispensador. La Comisión organizadora se encargó, por su parte, de que llegaran al torneo muchos convencionales de este tipo. A este sector mayoritario pro-marxistas del Senador Hugo Miranda y del grupo Juvenil encabezado por Patricio Valdés. Al redactar el voto político estos últimos pusieron la fundamentación ideológico-revolucionaria a la satisfacción funcionaria de sus correligionarios burocratizados.

El doctrinarismo radical, defendido por los senadores Bossay y Baltra, fue hostilizado duramente. La posición crítica ante procedimientos gubernativos y ante el papel desempeñado por el radicalismo en el Gobierno, careció de oportunidad para formularse claramente y poder configurar una opción de alternativa. A la composición irregular de los convencionales se añadió la irregularidad en el desarrollo de la convención misma y la coactiva agresividad de las facciones pro-marxistas. Cinco senadores, siete diputados y veinte dirigentes provinciales se retiraron de la Convención. Poco más tarde anunciaron su renuncia al partido y la formación del Movimiento Radical de Izquierda Independiente.

El documento en que los doce parlamentarios renunciantes fundamentaron los motivos de su resolución debe estimarse como una respetable prueba de consecuencia política, especialmente valiosa en un momento que ha dado lugar a las mayores confusiones y donde las doctrinas han sido desfiguradas hasta convertirlas, a veces, en la negación de sus principios y programas.

La crisis radical tuvo como efecto un distanciamiento de los renunciantes de la política gubernativa y de los métodos de la Unidad Popular. Aunque el oficialismo ha presentado el incidente como un hecho interno de un Partido que no afecta al conglomerado de Gobierno, la verdad es que la ruptura se produjo como consecuencia de una crítica a los métodos irregulares del Ejecutivo y al silencio mantenido por la directiva frente a la reiterada violación de normas democráticas. Ni siquiera el propósito anunciado por los radicales baltristas de continuar dando apoyo a la Unidad

Popular logra disimular la existencia de esta fisonomía indesmentible. Máxime cuando los radicales del MRIL rechazan categóricamente la orientación promarxista del voto político aprobado en la Convención por su coincidencia con los planteamientos habituales de socialistas y comunistas, ejes indispensables del Gobierno del Presidente Allende.

DEL MAPU A LA IZQUIERDA CRISTIANA

Una experiencia semejante a la de los radicales de Baltra debieron vivir los ex militantes demócratacristianos que hace dos años formaron el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). El grupo fundador y que exhibía el mayor peso político fue rápidamente desbordado en el interior del movimiento por los núcleos juveniles que los siguieron. Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, Julio Silva Solar y Jacques Chonchol aspiraban a una ubicación diferente del Partido Demócrata Cristiano, dentro de la política nacional, pero siempre en el cuadro de una actuación inspirada por los valores humanistas del personalismo cristiano.

El sector juvenil, dirigido por Rodrigo Ambrosio, no hizo posible esta aspiración. Optó resueltamente por adherir al marxismo como método de interpretación social en un movimiento paralelo al de la Juventud Radical Revolucionaria y del sector mirandista del radicalismo adulto. La consecuencia inmediata fue también paralela y el MAPU debió presenciar el alejamiento de sus dos Senadores, su único Diputado y su único Ministro que decidieron incorporarse a la recién nacida Izquierda Cristiana donde podrían disfrutar de un clima ideológico más afín.

Este traslado también es indicador de cierto distanciamiento del Gobierno en la medida en que éste se determina por la política de los partidos "marxista leninistas". En ambos desplazamientos se observa idéntico movimiento defensivo ante la gravitación creciente de aquellos y una búsqueda parecida de una identidad política fundada en valores propios y diferenciada de la teoría y práctica marxistas. A esta altura es imposible no percibir la interrogante que dejan abierta los desplazamientos registrados. Si, por una parte, se busca una identidad política distinta del estatismo y si, por su lado, el Gobierno se define cada vez más por las políticas estatistas ¿a dónde llevará la prolongación de ambas tendencias? El énfasis en una identidad diferenciada puede llevar a un positivo pluralismo en el bloque oficialista. Pero, si por su parte, el Gobierno mismo se define cada vez más por una política estatista, no hay

duda que este pluralismo conducirá más bien al surgimiento de conflictos que a una colaboración multilateral de puntos de vista diferentes. La posibilidad de conflictos sólo podría ser evitada por una política amplia del Presidente Allende que acogiera todas las perspectivas y armonizara en una síntesis las distintas posiciones convergentes en su gestión. En caso de no darse esta política, tanto la Izquierda Cristiana como el Movimiento Radical Independiente se verían abocados a una alternativa inesquivable: apoyar dócilmente una política colectivista o enfrentarla francamente desde una nueva oposición.

En todo caso, resulta un tanto paradójal que el movimiento de ida de la Izquierda Cristiana hacia el Gobierno haya coincidido con cierto movimiento de venida de sectores del MAPU y del Partido Radical.

PREDOMINIO SOCIALISTA - COMUNISTA

Diez meses de Gobierno muestran, pues, a los partidos socialista y comunista como los únicos "grandes" de la coalición, controlando las cuatro

quintas partes de la plataforma electoral del Ejecutivo. El quinto restante deben compartirlo los dos fracciones del Partido Radical, los dos movimientos sucesivamente disidentes de la Democracia Cristiana y los dos pequeños partidos de orientación socialdemócrata. Los Radicales Independientes y los dos partidos que apoyaron al Senador Tarud buscan formar un bloque interno que atenúe en parte los inconvenientes de su demasiada atomizada situación. El Partido Radical, el Mapu y la Izquierda Cristiana permanecen, cada uno, en su actual inconciliable soledad. Pequeños y desunidos, carecen de otra expectativa que la de ser escoltas de cualquiera de los dos grandes partidos marxista-leninista. El Radical ya cumple esta función respecto de los comunistas en tanto que el Mapu milita bajo la hegemonía socialista.

Para quienes ponen en duda que la proximidad de los partidos democráticos a tutelas y políticas totalitarias sólo conducen a su progresiva destrucción, el ejemplo proporcionado por el Gobierno de la Unidad Popular debe constituir, cuando menos, un estímulo a una desprejuiciada y responsable reflexión.

LOS DIALOGOS DE "POLITICA Y ESPIRITU"

EL SOCIALISMO VISTO POR LOS COMUNITARIOS

Patricio Aylwin, Jaime Castillo, Percival Cowley, Claudio Orrego, Raúl Urzúa E° 14.—

DEMOCRACIA Y REVOLUCION

(Los derechos democráticos en un proceso de cambios).

Francisco Cumplido, Fernando Molina, Eduardo Palma 14.—

Próximo a aparecer:

AUTOGESTION Y EMPRESAS DE TRABAJADORES

Ramón Downey, Eugenio Ortega, Mario Zañartu.

Pedidos a Revista "Política y Espíritu".

Alonso Ovalle 766, 4° piso, teléfono 382722, Santiago.
Descuento especial a librerías, estudiantes y trabajadores.

Política Internacional

LA INTROMISION DEL EXIMBANK

El Banco de Exportación e Importación (Eximbank) fue creado en 1934 por el gobierno norteamericano con la finalidad de financiar y promover las exportaciones de los Estados Unidos. Fundamentalmente, por la fuerza misma de las cosas, es decir, por la estructura del comercio internacional, se convirtió, cuando aún no existía la AID, en el principal financiador de las exportaciones a los países subdesarrollados y, por tanto, en un poderoso instrumento de la política exterior de Estados Unidos. Por lo demás, como es obvio, el Banco, con capital y personal norteamericanos, es un organismo de la Administración Pública de ese país, sujeto a la autoridad del Presidente y sus decisiones importantes no pueden sino reflejar la línea política de los Estados Unidos.

Por lo mismo también, y siendo un organismo nacional norteamericano, el Banco es libre de prestarle o no prestarle dinero a quien le dé la gana, sirviendo el interés de Estados Unidos.

Así, cuando Chile solicitó un crédito de hasta 21 millones de dólares para comprar tres aviones Boeing, norteamericanos, para la Línea Aérea Nacional, por discutible que la negativa hubiera sido políticamente, el Eximbank hubiera podido negar el crédito. Hubiera podido decir —como después lo recalcó, como tardía explicación— que Chile era un país que ya no ofrecía las garantías de un buen deudor. Como lo señaló el Banco, las reservas chilenas de dólares han estado bajando con una rapidez inquietante, a un promedio de 35 millones de dólares por mes. Pudo decir —como también lo dijo— que Chile ya está endeudado a Estados Unidos por más de mil millones de dólares. Igualmente pudo decir —y lo dijo— que el actual gobierno chileno había mostrado ser un deudor poco serio frente a sus acreedores norteamericanos, pues tres veces ha fallado en el cumplimiento de sus promesas a la compañía minera Cerro.

Todo eso hubiera mostrado muy mal criterio político en la presente coyuntura de las relaciones chileno-norteamericanas, pero hubiera sido técnicamente aceptable. Pero lo que por ningún motivo podría aceptarse es la primera, verdadera y fundamental razón que tuvo el Eximbank para su negativa: que el préstamo no sería tramitado mientras el gobierno chileno no diera garantías de que las empresas norteamericanas de la gran minería del cobre, expropiadas de acuerdo con las normas señaladas en una reforma constitucional chilena, recibirían una indemnización apropiada (según el juicio de las mismas compañías, naturalmente).

La reforma constitucional, aprobada por la unanimidad del Congreso Pleno, establece el procedimiento y los tribunales para fijar la indemnización a las empresas expropiadas. Por tanto, constitucionalmente, el Ejecutivo chileno no puede adelantarse a dar garantías sobre el resultado de un proceso que escapa a su competencia y resulta absolutamente impertinente —por decir lo menos— hacer la exigencia de esas garantías. Chile, hasta ahora al menos, es un país con un ordenamiento y una tradición

Jurídicos tan respetable como la de cualquier otro, incluso Estados Unidos, y haberlo olvidado en este caso es una torpeza rayana en la insolencia.

Además, desde el punto de vista estrictamente político —de la praxis política— es una decisión contraproducente. Desde luego, ante la opinión pública chilena, la causa de las compañías norteamericanas expropiadas no ha mejorado, precisamente después de la decisión del Eximbank. La reacción así producida puede ser emocional, pero la fría razón muestra a Chile y toda América Latina, cómo, una vez más, el gobierno de Estados Unidos condiciona su política en este continente al trato que se dé a las inversiones privadas de los ciudadanos de ese país. La política anterior del gobierno del Presidente Nixon, puesta a prueba afortunadamente en el caso de la expropiación de la IPC en Perú, parece no haber soportado una segunda prueba y queda en tela de juicio.

Por otro lado, los elementos integrantes del actual gobierno chileno que buscan, a corto o largo plazo un enfrentamiento y ruptura con Estados Unidos como factor de aceleración del proceso revolucionario y su salida del marco legal, han recibido una ayuda quizá inesperada.

Sin embargo de las reacciones de la prensa y los organismos directivos de partidos como el Socialista y el Comunista, la reacción de la Cancillería chilena ha sido moderada y razonable. Pero, si la decisión del Eximbank es la primera muestra de la anunciada "mano dura" de Estados Unidos ante el nacionalismo latinoamericano en general y el gobierno chileno en particular, sería muy imprudente mirar con optimismo el futuro de las relaciones interamericanas. Y mucho menos aún el de las relaciones de nuestro país con Estados Unidos.

LAS CONSECUENCIAS DEL INFANTILISMO REVOLUCIONARIO

En el momento de escribirse este comentario estaba aún indeciso el resultado de la sublevación de la mayor parte del ejército y la aviación bolivianos contra el gobierno del general Juan José Torres. Pero, cualquiera que fuere el resultado, tendrá que producirse en Bolivia un cambio radical. Si la sublevación militar es dominada, sólo podría ser porque, en un gesto desesperado, Torres y el sector minoritario del ejército que aún no lo ha abandonado, se resignan a entregar armas a los numerosos obreros, campesinos y estudiantes que, más que apoyarlo están contra el "fascismo" que para ellos representan los sublevados. Eso significaría, muy probablemente, una sangrienta guerra civil. En todo caso, el resultado sería la supeditación de Torres y sus militares a un gobierno dominado por las varias clases de marxismo que se disputan el predominio en la izquierda boliviana. Y, desde el punto de vista internacional, Bolivia pasaría a convertirse en el origen y centro de una seria tensión en América del Sur. Puede darse por seguro que ni el general Lanusse ni el Dr. Allende desean el surgimiento de esa posibilidad.

Pero, por lo ocurrido hasta este momento, esa posibilidad no tiene visos de probabilidad. La rebelión militar se ha extendido demasiado, la mayoría de las fuerzas armadas se ha plegado a ella y aún la entrega de armas a los civiles en el último momento no serviría para detener a los militares sino para hacer mayor el derramamiento de sangre. Por otro lado, todo el desarrollo de los acontecimientos que han llevado a este estallido —que se suma a unos doscientos golpes de Estado en la historia del país— apunta hacia el triunfo de los sublevados.

Al volver a la presidencia, con el MNR dividido y perdiendo su arrastre popular, Paz Estenssoro se vio prácticamente obligado a restaurar el ejército que la revolución de 1952 había liquidado y reemplazado por milicias obreras. El ejército se hizo rápidamente tan poderoso que, para asumir por tercera vez el mando supremo (previa la consabida reforma constitucional) Paz Estenssoro se vio forzado a aceptar como Vicepresidente a un militar popular y populista, el general Barrientos, que lo derribó, aliado al general Ovando, comandante en jefe del ejército, en noviembre de 1964. Barrientos logró predominar sobre Ovando, menos brillante políticamente, y se hizo elegir Presidente a mediados de 1966. Cuando murió por accidente en abril de 1969, pudo reemplazarlo su sucesor legal, el Vicepresidente Luis A. Siles Salinas, gracias principalmente a que el general Ovando se hallaba en Estados Unidos. Pero Ovando derribó a Siles cinco meses después, para ser depuesto por otro golpe militar, en octubre de 1970.

Este fue un golpe en dos tiempos porque Ovando cayó derribado por los militares de tendencia derechista que encabezaba el general Rogelio Miranda. Mas éste, antes de 24 horas, tuvo que ceder el mando al sector militar de tendencia izquierdista, apoyado por los estudiantes de La Paz y los obreros de la COB. El apoyo de la aviación basada en El Alto de La Paz, fue tácticamente decisivo para el triunfo de Torres.

En enero de este año el nuevo Presidente hizo una purga de militares "contrarrevolucionarios", además de los que, comprometidos con Miranda, ya habían pasado a retiro después del golpe de octubre de 1970. Sin embargo, los rumores de complots en el ejército fueron constantes durante todo este año, alimentados por la indudable división que existía dentro de las fuerzas armadas ante la progresiva radicalización de la situación política.

Para mantenerse en el poder, Torres tenía que tratar de mantener un difícil equilibrio entre los dos sectores del ejército y los variados y divididos sectores de la izquierda que mantenía una agitación constante. El propio Torres lanzó, para tratar de controlarla, la idea de una Asamblea del Pueblo, formada por representantes de obreros industriales y mineros, campesinos y estudiantes. Pero éstos tomaron la idea por su cuenta y la Asamblea se constituyó en La Paz el 22 de junio, en el hecho como un poder paralelo al gobierno, aunque declarara su apoyo a éste. Pero, al mismo tiempo, la Asamblea pedía la organización de milicias populares para enfrentar el inminente golpe del sector contrarrevolucionario del ejército, a lo cual Torres no podía acceder so pena de precipitar el golpe militar.

Entre tanto, la agitación cundía de tal manera, que el diario del gobierno "El Nacional", a fines de julio tuvo que hacer una advertencia: "Ni los más furiosos anarquistas de la historia llegaron a estas aberraciones... Es hora de poner fin a este período carnavalesco e irresponsable. Basta ya de aventuras, de tanto maniático suelto que impone su criterio... Nadie produce, nadie trabaja, todo el mundo exige". No hay duda ninguna de que el infantilismo revolucionario estaba perjudicando el desarrollo del indispensable proceso de cambios en Bolivia.

La causa real —o el pretexto— para la rebelión que se cernía en el aire prácticamente desde el inicio mismo del gobierno de Torres la dio la publicación de un manifiesto de la llamada Vanguardia Militar del Pueblo, organización celular de inspiración marxista infiltrada en las clases y suboficiales del ejército para liquidar la estructura tradicional de éste y reemplazarla por "un ejército popular, al servicio del pueblo".

El manifiesto fue conocido sólo de los jefes militares y políticos desde fines de julio, pero cuando se hizo público, la crisis estalló. El gobier-

no denunció de nuevo un complot, arrestó a unos sesenta militares y civiles y en Santa Cruz se sublevó el primer regimiento. Los demás siguieron.

Pero el triunfo probable de la rebelión no significará, ni mucho menos, la estabilidad política del país. Bolivia, simplemente "volverá a la normalidad".

AVANCES Y RETROCESOS DE LA DIPLOMACIA RUSA

La diplomacia rusa en el Medio Oriente no se había repuesto bien aún del golpe de Estado que consolidó el poder del Presidente egipcio Anwar Sadat a expensas de los amigos declarados del Kremlin, cuando un nuevo golpe se descargó en Sudán. Este no fue sólo dramático por la rápida sucesión de golpe y contragolpe en sólo tres días, sino sangriento. El número de militares y civiles ejecutados sumariamente en Sudán en la segunda quincena de julio último aún no se conoce con exactitud. Es cierta, sí, la ejecución de catorce jefes del golpe contra el Presidente Jaafar Numeiry y que entre ellos se cuenta el Secretario General del Partido Comunista de Sudán. Como otras veces ha tenido que verlo Estados Unidos con los jefes locales que le eran adictos, Rusia tuvo que aceptar en Sudán la ironía de que los comunistas sudaneses fueran ejecutados con las armas soviéticas facilitadas a ese país. Las relaciones entre Sudán y la URSS quedaron prácticamente rotas y el reinstalado Presidente Numeiry declaró enfáticamente: "No aceptaremos la colonización por la Unión Soviética ni por ningún otro país".

Posteriormente a este retroceso ruso en Sudán se produjo otro, tal vez más hiriente aún para el Kremlin: Se han iniciado negociaciones para un tratado de asistencia técnica entre Sudán y China, por el cual este país ayudaría al desarrollo sudanés. Como hay otro tratado semejante entre Sudán y la URSS y un millar de técnicos rusos en territorio sudanés, será interesante ver qué pasa si las negociaciones con China se concretan.

Por otro lado, mediante un pacto firmado en Damasco el 20 de agosto, se ha tratado una vez más de dar forma a la unidad árabe. Egipto, Libia y Siria se han comprometido a formar una federación de Estados a la cual se supone, habría de ingresar también Sudán. No es la primera vez que los países árabes intentan esta empresa confederativa y la experiencia previa no es muy alentadora, de modo que la noticia no ha causado pánico en Israel. Lo interesante de anotar para el caso es que los miembros actuales y posibles de la flamante Confederación, aunque adopten una enérgica y hasta sangrienta actitud contra el comunismo en el plano político interno, mantienen, salvo el mencionado caso de Sudán, buenas relaciones internacionales con la Unión Soviética.

Con todo, los problemas rusos en el inestable mundo árabe son menos serios, en el fondo, que los que se han venido desarrollando con países más cercanos. En julio último, como ocasional reunión de verano en Crimea, tuvo lugar realmente una reunión de los jefes comunistas de los miembros del Pacto de Varsovia, con una excepción significativa: Rumania. Menos aún podía ser invitada Yugoslavia, que no es miembro del Pacto y ha estado estrechando sus lazos con Rumania.

Al cumplirse tres años de la invasión de Checoslovaquia, Rumania se veía expuesta a sufrir la misma suerte. En el hecho, a mediados de agosto, el país estaba práctica, aunque no oficialmente, movilizado para

resistir una posible invasión de las tropas rusas que hacían maniobras en las fronteras rumanas. Por intermedio de un diario de Budapest, Moscú hizo una deliberada advertencia a los "independentistas" de los Balcanes: Rumania y Yugoslavia. "Cualquier acción semejante (a la de formar un eje antirruso en esa región) crearía una situación en extremo peligrosa, primero que todo para la península balcánica".

Chou en Lai ha anunciado para octubre próximo un viaje a Yugoslavia, Albania y Rumania, con lo cual devolvería al rumano Ceaucescu la visita que éste le hizo en Pekín. Ceaucescu no ha dejado de afirmar el derecho de su país a una política independiente. Apenas habían terminado las maniobras del Pacto de Varsovia en Hungría y cuando ya estaban anunciadas las nuevas maniobras en Bulgaria, el jefe del gobierno rumano declaró: "Cada partido tiene el derecho inalienable de elaborar su línea política independiente en materia de estrategia y táctica revolucionarias y de actuar independientemente".

La línea de Ceaucescu en política interna no podría ser acusada de desviacionista por los inquisidores de Moscú que condenaron a Dubcek. El gobernante rumano pone mucho cuidado en ser absolutamente ortodoxo en el plano interno a la vez que trata de ampliar su independencia en materia de política exterior. Para ello ha estado apoyándose en China y es esa intromisión china la que parece exasperar a los rusos. En Sudán, después de todo, no les quedaría sino aceptarla, pero en Rumania, bajo sus narices... Por lo menos, antes, los que trataban de sacudir la hegemonía soviética podían ser acusados de seguir los dictados del imperalismo norteamericano, pero el surgimiento de un segundo polo de poder comunista es un verdadero embrollo.

En compensación de todos estos problemas y sinsabores, la diplomacia soviética ha obtenido en agosto un importante triunfo en Asia. En la inminencia de un conflicto con Pakistán, que se entiende con China, y cuando Estados Unidos trata de entenderse también con China y adopta una actitud complaciente con Pakistán, Indira Gandhi decidió una rápida aproximación a la Unión Soviética para evitar a la India una peligrosa soledad.

En la primera semana de agosto quedó todo negociado. Gromyko voló a Nueva Delhi y firmó un tratado de "cooperación" técnica y financiera con la India. Se entiende que este tratado de "cooperación" incluye el envío de material de guerra aunque no la solidaridad activa contra el agresor en caso de que la India se vea envuelta en un conflicto. Tardíamente el Departamento de Estado vino a comprender el error de no haber cuidado las repercusiones hindúes de la aproximación a China.

Alejandro Magnet

Trinchera Política

Una Impostura Ideológica

Los diputados Luis Maira, Pedro Urra, Pedro Videla, Jaime Concha, Fernando Buzeta y Alberto Jaramillo renunciaron a su calidad de militantes demócratacristianos con una carta cuyo texto completo publicamos en el presente número. Ese documento incluye el siguiente párrafo:

"Hemos luchado con todas nuestras fuerzas para cambiar la situación y llevar al PDC hacia un camino más correcto: así hemos profundizado en la elaboración doctrinaria los fundamentos del socialismo comunitario; también nos ha preocupado que esto se traduzca en planteamientos programáticos, como la vía no capitalista de desarrollo, primero, y la Revolución chilena, democrática y popular del programa Tomic; como asimismo, mediante nuestra proposición de impulsar la Unidad Social del Pueblo. Invariablemente el Partido ha aceptado nuestro puntos de vista en el papel y las declaraciones, a veces incluso por unanimidad, al mismo tiempo que elegía directivas contrarias a estos planteamientos que, por cierto, no aplicaron".

Este pasaje representa una impostura ideológica y política. No merece otro nombre. Dedicaremos esta nota a intentar la demostración clara y franca que se necesita.

I. La "profundización del socialismo comunitario".

1.—La expresión "socialismo comunitario" tiene, en el pasaje citado, una significación especial. No aparece como la pura y simple doctrina demócratacristiana (1). Es, más bien, un cuerpo de ideas que correspondería a la elaboración realizada por el grupo disidente. Hacer tal interpretación no es de ninguna manera inexacto. Ella se deduce de los propios textos que los renunciantes han ido dejando. Citaremos sólo dos casos:

(1) El Congreso de 1966 y los estatutos del Partido emplean la expresión "comunitarismo" o "sociedad comunitaria", para referirse al contenido social de la doctrina demócratacristiana. Algunos han propuesto la fórmula de "socialismo comunitario". No debiera haber discrepancia sobre el significado idéntico de ambos términos. El Plenario reciente de Cartagena usó el último de estos vocablos. El documento aprobado en esa oportunidad no era ideológico y no prima sobre las conclusiones del Congreso Nacional, pero, de todos modos, es evidente que no hay cuestión alguna para usar un vocablo u otro. Su significación es la misma. Y como se prueba, en este trabajo, nunca se ha ofrecido una versión que sobrepase el contenido de las definiciones hechas dentro del Partido.

Uno es el del diputado Pedro Felipe Ramírez, también renunciante, el cual, en colaboración a la revista jesuita "Mensaje", N° 199, junio de 1971, reproducida en "Política y Espíritu", N° 322, junio de 1971, dice:

"Tres grandes realidades llevan a los demócratacristianos a no esperar el Congreso de agosto próximo para... dejar de lado el vocablo "comunitarismo" y tomar el de "socialismo comunitario".

Otro texto es el de Enzo Devoto; "Política y Espíritu", N° 323, julio de 1971, en su artículo "El Partido Demócrata Cristiano en la senda del "socialismo comunitario". Allí, además del título, dice:

"Deseamos saludar en primer lugar con emoción el voto político de Cartagena del 9 de mayo de 1971... No nos extrañaron los escasos votos en contra, cuya significación, por la calidad de quienes los emitieron, no hace sino reafirmar una posición consecuentemente mantenida desde la fundación del Partido; sin embargo, nos preocupa el que exista vitalmente la comprensión y la unidad esencial en el pensamiento y la acción del Partido" (2).

Ambas citas prueban que los autores conciben el "socialismo comunitario", como un avance doctrinario dentro del PDC. Ello coincide con la alusión a dicha fórmula doctrinaria en la carta de los diputados antes citada.

2.—Hay en esto algo de verdad. Es la tentativa de utilizar la fórmula verbal de "socialismo comunitario" como base para una operación interna: en efecto, desde el instante en que algunos representan la fase avanzada de la doctrina, pueden exigir, contra los demás, el derecho a ser los conductores del Partido. Allí mismo, queda planteada la división.

3.—Desde el punto de vista de la elaboración doctrinaria, ninguno de los firmantes de la carta aludida, ninguno de los renunciantes, ninguno de los miembros actuales del Mapu o de la Izquierda Cristiana aportaron jamás nada que significara desarrollar una tesis teórica capaz de superar los ámbitos del acervo comunitario definido en el Congreso de 1966 e impolcito en la doctrina desde siempre. Ha habido aportes de muchos militantes sobre las formas de realización, sobre la significación concreta, sobre aplicaciones o detalles. No ha habido jamás ni una sola palabra que pueda ser entendida como pasos que dejan a unos militantes como más avanzados que otros. A este respecto, —insistimos— los dos textos citados son imaginarios, responden únicamente a la impostura que denunciábamos.

Vamos a examinar brevemente varios ensayos que se toman como doctrina nueva, debida a un progreso teórico traído subrepticamente sólo por algunos (o sea, por los que periódicamente renuncian al PDC), y que les sirven para esta suerte de autoboimbo (3).

(2) La referencia del autor a los que no aceptaron el término de "socialismo comunitario" es distorsionadora. La discusión allí fue solamente para escoger entre los vocablos "socialismo comunitario" y "comunitarismo", acerca de lo cual habían preferencias verbales. El debate mostró con claridad que no existía diferencia alguna sobre el contenido. Tampoco hubo una justificación en base a argumentos doctrinarios para preferir una u otra palabra. El único raciocinio empleado fue el que se refiere a la comprensión mayor o menor de las expresiones por parte de la opinión pública.

En consecuencia, toda deducción doctrinaria hecha a propósito de esa votación forma parte de la estrategia divisionista que culminó con la renuncia de los disidentes mencionados en este artículo.

(3) "Chile, Búsqueda de un nuevo socialismo", ediciones Nueva Universal, Universidad Católica de Chile, 1971.

A. Jacques Chonchol y el camino chileno al socialismo.

Chonchol, Ministro de Agricultura del Mapu en el Gobierno de Allende, hoy militante de la Izquierda Cristiana, desarrolla un pensamiento que no denomina "socialismo comunitario", sino simplemente socialismo.

¿Cuál es su concepto sobre dicho socialismo? Lo define de la siguiente manera:

"Me parece que el modelo tiene que ser un modelo de socialismo desarrollista, que ponga el acento fundamentalmente durante muchos años en el proceso de asimilación, creo que tendríamos que llegar a una tasa de inversión superior al 20%, pero simultáneamente —lo que significa un esfuerzo nacional muy fuerte y duro— ser capaces de mejorar los niveles de ingresos de los sectores más bajos de la población". (4)

Observamos: esto nos señala ciertos propósitos económicos y sociales. Pero no nos dice nada de la estructura de ese socialismo.

Enseguida agrega:

"Por otro lado, creo que es imposible que esto se haga sin un sistema claro de planificación nacional y regional, sin participación de los trabajadores organizados, no solamente en la fijación de metas y prioridades, sino que también en la determinación de los medios". (5)

Concluye que esta participación es un dato esencial, porque sin ella, "Es prácticamente imposible un esquema de desarrollo del tipo que estoy señalando, o sea, un socialismo desarrollista y acumulativo que realmente vaya en un sistema en que se mantenga la democracia política formal o el pluralismo ideológico y cultural". (6)

Cualquiera puede observar que hasta aquí no se ha dicho absolutamente nada que no corresponda a las tesis más tradicionales del PDC. Chonchol está allí repitiendo lo que aprendió dentro de la Democracia Cristiana.

Más adelante, el autor define las formas de propiedad e insiste en la proposición del Gobierno de Allende sobre las tres áreas; social, mixta y privada. Y junto con afirmar que el área social ha de crecer mucho (cosa que en nada se opone al criterio demócratacristiano ni al Programa Tomic), añade la rectificación indispensable:

"Un área social que no signifique un estatismo burocrático, sino, que un área social con participación de los trabajadores". (7)

En materia agrícola, Chonchol afirma la necesidad de sustituir el asentamiento campesino; pero expresamente declara que no se trata de "imitar fórmulas de otros países socialistas" (léase, haciendas estatales). Puntualiza:

"El concepto que se viene desarrollando de empresa regional campesina, que sobrepasa los límites de lo que son los fundos actuales, y que integran una región donde simultáneamente se desarrollan actividades productivas primarias de industrialización y de servicios que permiten asegurar ocupación y servicios a la mayor parte de la gente del campo, me parece una fórmula que nos permite avanzar..." (8)

Este criterio puede ser vago o concreto, bueno o malo, pero no es nuevo. Sigue siendo comunitario, en su intención aparente.

Tenemos pues una teoría que puede ser llamada, al arbitrio de cada uno, socialista o comunitaria; ella es interesante desde un punto de vista práctico. Nada añade sin embargo, en el campo de la teoría.

(4) Ob. Cit. pág. 187.

(5) Id. pág. 187.

(6) Ob. Cit. pág. 187 - 188.

(7) Id. pág. 191.

(8) Id. pág. 191

B. Julio Silva Solar y la pluralidad de fuerzas en la construcción del socialismo.

Julio Silva, diputado del Mapu, hoy de la Izquierda Cristiana, permanente impulsor, cuando era demócratacristiano, de la estrategia pro comunista y pro izquierdista, (cuyo aporte a la elaboración del comunitarismo es tan importante como, más tarde por desgracia, su contribución a las ideas divisionistas) emplea también (¡como todo renunciante de la DC que se precia!) el término "socialismo". La verdad es, sin embargo, que desarrolla única y exclusivamente los criterios aprendidos dentro de la Democracia Cristiana.

El texto pertinente, más agudo, es el que sigue:

"Ahora bien, desde el punto de vista de la Unidad Popular, ¿dónde se produce el corte revolucionario, la ruptura con el viejo sistema? Se produce mediante la expropiación del capital monopolista, del latifundio, de los intereses imperialistas, para construir lo que se ha llamado el área social dominante. Este es el momento del corte revolucionario. En tanto se va construyendo esta área social dominante, de la economía, se establece también, a través de la planificación, el gobierno de la economía de los trabajadores. Tal es el momento del traspaso del poder. El poder de los trabajadores y sus aliados, sustituye al poder de la burguesía y del imperialismo. El curso posterior, hasta llegar al socialismo pleno es gradual y por lo tanto debiera ser menos conflictivo, debiera ser más evolutivo. Este curso hacia el socialismo pleno, o sea hacia la propiedad social de todos los medios de producción, se lleva a efecto en tanto cuanto se expande la conciencia y las fuerzas del socialismo al conjunto de la sociedad" (9).

Lo dicho está prácticamente, tomado del concepto de revolución en libertad, surgido de la estrategia demócratacristiana de 1964. Las tareas económicas allí planteadas estaban contenidas en los documentos oficiales del PDC, con el agregado que ellos fijaron siempre, expresamente un área social comunitaria. El hecho de que tales objetivos se planteen dentro del régimen de Estado de Derecho (líneas anteriores del mismo autor) y se las conciba como adelantos graduales y acordes a la conciencia que la experiencia vaya haciendo surgir, suprime cualquier cuestión doctrinaria entre él y los demócratacristianos. Todo queda resumido a un análisis de oportunidades que es de orden práctico, no ideológico, y donde los socialistas, por ejemplo, tienen a menudo divergencias abismantes.

Silva añade enseguida un párrafo en que el carácter suave y maduro de la transformación propuesta aparece aun más ostensible. No vale ni siquiera la pena reproducirlo. Por lo demás coincide en todo con una tesis comunitaria. (10)

C. Bosco Parra y el socialismo.

Al redactar el presente trabajo, Bosco Parra era militante demócratacristiano. Como sus compañeros de hoy, ni siquiera mencionó la terminología del "socialismo comunitario", todavía en boca de los diputados

(9) Ob. Cit. pág. 223.

(10) Sería inútil aquí recoger las ideas de Julio Silva Solar sobre la colaboración entre cristianos y marxistas. Lo que afirma es más o menos obvio para un demócratacristiano. El único problema podría ofrecerle su incurable optimismo para considerar a ese "marxista" abstracto del que él habla como identificado con los dirigentes de los partidos totalitarios (por lo menos, con tradición totalitaria) los cuales son también, a su juicio, los que van a participar en la colaboración de que se trata.

renunciantes a que aludimos al comienzo. A él bastaba entonces con término de "socialismo".

¿Qué es lo que define con ese nombre?

"Miradas así las cosas, el proceso de construcción del socialismo es aquel por cuyo medio las masas populares exigen una respuesta global a sus diversas demandas de crecimiento en los aspectos económicos, sociales y políticos. La respuesta global exigida consiste en la oportunidad de convertirse en sujetos dirigentes del proceso histórico, tanto en sus expresiones económicas como políticas y sociales" (11).

A lo largo de su trabajo, Parra utiliza casi exclusivamente autores socialistas marxistas. Pero, todos ellos son socialistas antiestatistas, antiburocráticos. Es decir, aquellos que salen de la experiencia totalitaria y se aproximan a la visión comunitaria de la sociedad. No es extraño que, ya en su primera definición, arriba expuesta, no haga sino formular una respuesta clásica dentro del pensamiento democratacristiano: la participación.

El resto de su ensayo, sumamente interesante, significativo, elocuente y prometedor, —verdadera elaboración profundizada de la doctrina democratacristiana— (y no de un "socialismo comunitario" descubierto sólo por algunos) tiene por objeto mostrar los peligros de la falsificación estatizante del orden político y económico de una sociedad solidaria, organizada y dirigida al bien común. Su ensayo coincide pues con lo que un democratacristiano diría. El ha enriquecido y profundizado las ideas que le enseña la Democracia Cristiana, como espíritu y cuerpo, la de hoy y la de ayer. Sin embargo, puso a todo eso el nombre de "socialismo" y lo vinculó a la experiencia del actual Gobierno chileno.

Desde este punto de vista, quiso mostrar un sonrosado optimismo. Disolvió dialécticamente los problemas que el "burocratismo" chileno podrá tener. No podía analizar entonces (diciembre de 1969) la distancia entre el socialismo prometido y el burocratismo sectario del momento actual. Al menos (hagámosle justicia) vio claramente que había un evidente riesgo de que se orientara por la mala vía. Pero, no quiso creer en ello. ¡La realidad desmintió sus esperanzas!

Tampoco supo definir las relaciones entre "el Gobierno que inicia una perspectiva socialista" y los "grupos de vocación socialista que no formarán parte de él" (p. 63). Esto, dice, "lo ignoramos". Con todo, otra vez su optimismo lo salvó de dudas. Mas, cinco meses después, cuando la realidad presentó al burocratismo aterrador, no como posible, sino como actuante, Bosco Parra abandonó sus disquisiciones preventivas... y se pasó sin escozores de conciencia, al bando burocrático. Bebió pues todo su saber en la fuente democratacristiana, pero lo traspasó, con el resto de su alma, al diablo que él mismo quería exorcizar. Tragedias prácticas de un teórico demasiado fino...

El mismo Parra dedicó otro muy interesante trabajo ("Testimonio Hernán Mery", N° 4) a mostrar de que manera la presencia cristiana puede impedir deformaciones y superar deficiencias que pudieran ofrecerse dentro de la perspectiva socialista.

Una vez más los puntos de vista sociales, económicos y políticos constituyen aportes a la elaboración de la clásica doctrina democratacristiana. Una vez más, ellas van contra la corriente del socialismo histórico. Y una vez más recogen las herejías salidas del seno mismo de la sociedad totalitaria. Con mucha agudeza de análisis, muestra cómo la inspiración cristiana podría suministrar un impulso moral, una fuente de generosidad y de entrega total a una sociedad que plantea metas accesibles sólo a

(11) Ob. cit. pag. 46.

base de un supremo esfuerzo de coraje humano. Eso sería el aporte de los cristianos al socialismo construido por un pueblo entero. ¡Observación profunda y sugestiva! Pero, inmersa, por desgracia, en un sentido no crítico de la realidad política. Parra, operando como teórico, puede decir con elocuencia literaria:

“¿Obreros cristianos para disputar el terreno a los obreros marxistas? No. Al contrario, muchos obreros socialistas cristianos junto a los marxistas para que el socialismo sea próximo, eficiente y democrático”.

¿Quién diría otra cosa? ¿Quién postula, dentro de la Democracia Cristiana, que los obreros cristianos se lancen contra los obreros marxistas? ¿Cuándo y dónde se ha visto un espectáculo tal? El problema real, nada tiene que ver con palabras semejantes. Se trata de que el PDC trabaja con una práctica política conocida, donde el respeto a las personas y las ideas es un hecho fundamental. Pero, cuando este partido gobierna o cuando hace oposición, ve levantarse en contra suya una maquinaria cuyos métodos de trabajo consisten en el negativismo, la odiosidad, el sectarismo, el uso del poder del Estado o de la demagogia infinita, según el caso, para evitar que haya un “proyecto demócratacristiano”, para impedir que la colaboración se produzca entre los llamados cristianos y los llamados marxistas. ¡Dejemos las palabras alambicadas! El problema no es de obreros de cualquier signo. Es el de los métodos democráticos elementales que nosotros practicamos y el de los métodos fanatizados que corroen la práctica de los partidos a los cuales Parra da pomposamente el nombre de populares o de marxistas, a pesar de que cada una de sus frases desnuda implacablemente su espíritu totalitario.

D. Eduardo García y la autogestión.

Eduardo García, economista destacado, ex militante demócratacristiano, intervino en el mismo debate para presentar un informe sobre la autogestión (12). No elaboró su tesis para un “socialismo comunitario” que una parte de los demócratacristianos negaran o desconocieran. La tesis de la autogestión está en la base de la organización comunitaria propuesta por el Gobierno de Frei, de acuerdo con la doctrina demócratacristiana. Ella no llegó a implantarse en el terreno de la empresa industrial. Algo se hizo, sin embargo, en materia de empresas agrarias.

El actual Gobierno no es partidario de la autogestión. La está eliminando en la agricultura. No la ha implantado y ni siquiera la consulta en la economía industrial. Tiende en todas partes al estatismo y, por ahora, escámotea a los trabajadores la participación eficaz en las empresas.

Eduardo García escribe sobre viabilidad de la autogestión. Su respuesta es afirmativa. También, dice, para Chile. Al proceder de esa manera, alimenta la doctrina demócratacristiana, impulsa lo esencial del comunismo en la estructura económico social de su concepción. En cambio, se separa del modelo comunista soviético, seguido por el Partido Comunista chileno, y del modelo cubano, seguido por el Partido Socialista. En ambos países, la autogestión es frenada y sustituida por el sistema centralizado. Sin embargo, este destacado economista, se sintió en la obligación, cuando le pidieron en un acto político, a renunciar al PDC. ¿No es pasmoso?

(12) “Chile; búsqueda de un nuevo socialismo” pág. 66 y ss.

II. Los aportes programáticos.

a) La vía no capitalista de desarrollo.

El Informe sobre la vía no capitalista, evacuado en 1967 y aprobado en general por el PDC en una Junta Nacional, fue usado siempre por quienes estaban dispuestos a dividirnos como un aporte que les era propio. Conviene, sin embargo, recordar que fue preparado por una Comisión designada bajo la Presidencia de Patricio Aylwin y que estaba firmado por militantes ubicados en posiciones internas diferentes. También es verdad que por un error táctico se evitó una representación oficial del Gobierno dentro de la citada Comisión. Eso se tradujo en que el informe, a pesar de la presencia extraoficial de funcionarios de la Administración Frei, no apareciera como un trabajo mancomunado de Partido y Gobierno. Todavía más: la Mesa Directiva de Rafael A. Gumucio, compuesta casi totalmente por militantes que hoy no lo son, apareció usando el Informe como un arma contra el Ejecutivo, contra la política del Presidente de la República.

Con todo, nunca hubo un rechazo doctrinario al objetivo de llevar adelante la vía no capitalista de desarrollo (13). Por el contrario, dentro del PDC, se afirmó siempre que esta posición era absolutamente doctrinaria. El nervio de la discusión estuvo en los aspectos prácticos. El Informe sugería una multitud de materias que suscitaban discrepancias de orden práctico. Cualquiera puede pretender haber tenido la razón acerca de ellas (14). Pero, la diferencia de opiniones es legítima. El Gobierno, en definitiva, creyó imposible cumplir con todas las sugerencias hechas. Muchas de ellas fueron reservadas para la segunda etapa. Otras tuvieron un cumplimiento adecuado.

Es, por eso mismo, inaceptable, una nueva impostura, la de pretender que el grupo de parlamentarios o dirigentes renunciando en 1969 o en 1971 eran los dueños de las opiniones sustentadas en el Informe o, por lo menos, los que se inquietaban por su no cumplimiento. Ellos, para decir la verdad, eran los que usaban el Informe con vistas al debate interno, al desprestigio del Gobierno, a la táctica de hacerse pasar por más de izquierda.

El militante democratacristiano no tiene, en general, problema alguno con las proposiciones hechas en el Informe. Hay puntos que merecen discusión. Las relaciones entre la economía estatal y la economía comunitaria pueden haber dado origen a algunos intercambios. Es natural. Pero, en su fondo, el documento expresaba la tendencia hacia las vías comunitarias. Salvaba este aspecto en forma mucho más clara que el Programa de Allende, que no lo salva en manera alguna, y coincidía con el espíritu del programa Tomic. No hay pues asuntos doctrinarios en torno a ésta sólo hay imposturas políticas de quienes no conservaron entonces ni ahora la debida lealtad a su partido.

b) El Programa Tomic: la revolución chilena, democrática y popular.

La revolución chilena, democrática y popular fue un lema de la campaña de Tomic. El documento en que se lo proclama, es el que acordó la Junta Nacional del partido el día en que Radomiro Tomic fue designado

(13) He aquí una cita comprobatoria:

"El Mercurio sabe que en el Segundo Congreso Nacional, el Presidente Frei no discutió la validez ideológica de la "vía no capitalista". Sin embargo, persiste en presentarla como opuesta al contenido básico de su ascenso al poder" (Bosco Parra, carta a "El Mercurio", 23 de enero de 1968).

(14) Conf. la polémica Alwyn-Gumucio, y la exposición de numerosos diputados acerca de la vía no capitalista (Pol. y Esp. Nos. 303 y 304).

candidato a la Presidencia de la República. La decisión tuvo dos votos en contra: uno de ellos, fue el del diputado Pedro Felipe Ramírez, también renunciante y que adhiere a los motivos antes mencionados, en la carta enviada al Partido para presentar esa misma renuncia. Uno puede admirar pues la consecuencia ideológica de algunos... (15).

El documento de bases ideológicas de la campaña, a que nos estamos refiriendo, fue redactado por el propio Radomiro Tomic. Su texto inicial, sometido a la aprobación de la Mesa del Partido, recibió algunas modificaciones. La Mesa pedía una redacción que se refería a la nacionalización del cobre. La Mesa pedía una redacción que no contradijera los compromisos adquiridos por el Gobierno. Aceptaba plenamente que el programa Tomic fuese diferente, ya que se trataba de otra etapa; pero, no deseaba hacer nada que perjudicase la obra del Gobierno de Frei. Así se redactó el texto en definitiva (16).

En lo demás, no hubo discrepancias ni cuestiones que se solucionar por votación. La Mesa pidió también que se dejara constancia del carácter anticapitalista y antiolecionista del programa que se pondría en acción (17). Así se acordó. Se enfatizó asimismo la defensa de los derechos democráticos, para afianzar la distancia respecto de lo que significaban algunos partidos allendistas, ante la opinión; pero el carácter antiderechista y anticapitalista no produjo controversia alguna.

En suma, el lema sobre la revolución chilena, democrática y popular no fue jamás ni podría ser en forma alguna patrimonio de algunos militantes. Usarlo con ese sentido es caer abiertamente en la impostura que estamos denunciando. Es faltar a la verdad de manera inconcebible.

c) La unidad social del Pueblo.

El fraude ideológico llega a su punto culminante cuando se habla, por boca de los parlamentarios antes citados, sobre la "unidad social del pueblo", como posición desarrollada por ellos y no aceptada o discutida o simplemente no aportada por otros.

Todo esto se remonta al debate sobre la "unidad popular" que se decidió en la Junta Nacional de mayo de 1969. Durante mucho tiempo, y

(15) Algunos miembros de la Juventud seguían sosteniendo conceptos desorientadores aun durante la campaña presidencial, cuando el marco político en que se habían apoyado carecía de toda realidad. Así, por ejemplo, una circular interna planteaba reiteradamente lo que sigue: "Tarea de la Juventud es entonces transformar la campaña presidencial en un proceso de doble contenido: lograr la definición y decantación del PDC y evitar la división de la base popular bajo la presión de esquemas electorales, para iniciar un diálogo amplio y diferente que se concrete en la consecución constante y progresiva de hitos de Unidad Popular".

O sea, por una parte, se marchaba hacia una suerte de purga dentro del PDC y por la otra, se postulaba la necesidad de establecer un entendimiento incondicional con los partidos allendistas. El documento responde al pensamiento del Presidente Pedro F. Ramírez.

El concepto de que todos los partidos de Izquierda tradicional, más la Democracia Cristiana, son por igual partidos populares, representantes de los obreros, campesinos, pobladores, etc., sin que haya problemas de contenido ideológico, social o político es la tesis confusionista que permite a tales dirigentes salir de la Democracia Cristiana e ingresar al Gobierno allendista como si tal cosa.

(16) "Por eso, el segundo Gobierno demócratacristiano, continuando el proceso de recuperación de nuestras riquezas básicas iniciado en el actual período completará por ley, si es necesario, la nacionalización de todas las principales empresas productoras de cobre" (conf. Pol. y Esp. N° 313).

(17) "La planificación corresponde al Estado y será obligatoria para todo el sistema productivo de la Nación, pero el Partido declara enfáticamente que el segundo Gobierno demócratacristiano no buscará ni la colectivización ni la estatización general de la economía chilena".

por respeto a las posiciones de otros camaradas, hemos callado. Se ha hecho lo posible por desfigurar las posiciones de quienes estuvimos en esa Junta en posición mayoritaria. Y precisamente quienes difundieron esa imagen fueron aquellos que ahora han renunciado al Partido. Pero, lo que afirman es totalmente inexacto. Vamos a dar los detalles del caso.

La Junta de mayo del 69 giró sobre el concepto de unidad popular. Algunos lo entendían como una alianza política entre el PDC y los partidos opositores de Izquierda, la cual, por sí misma, significaría la unidad social del pueblo. Esto se expresó en el voto derrotado en esa Junta. Dicho voto afirma:

"3º El Partido Demócrata Cristiano afirma el objetivo de la Unidad Popular, entendiéndola como una concertación estrecha de voluntades que integren a todos los sectores del pueblo y la clase media progresista. Una tarea que supone el consenso de las fuerzas sociales y de las fuerzas políticas de avanzada. Para posibilitar este camino, la Democracia Cristiana está convencida de que la Unidad Popular se plantea para servir el bien de Chile y de su pueblo. Ella debe partir de un claro acuerdo programático que defina de manera homogénea la tarea nacional. Solo posteriormente debe abordarse el problema de la designación del candidato presidencial. Con entera lealtad, declaramos que reclamaremos para un hombre de nuestras filas el honor de encabezar esta tarea" (Política y Espíritu, N° 310).

Otros la entendían, de acuerdo con el voto mayoritario, como la reunión de la opinión popular en torno a las doctrinas esenciales, la experiencia de Gobierno y el programa de la Democracia Cristiana. No excluían las alianzas ni llamaban a la Derecha. Sostenían que cualquier alianza tenía que aceptar la validez mínima de la tarea cumplida en el Gobierno, y el papel del PDC en la acción futura. El voto dice:

"7º La Junta Nacional decide llevar candidato propio a la Presidencia de la República y proclamarlo en la oportunidad a que se refiere el número anterior. Rechaza por lo tanto toda estrategia que desconozca la trascendencia de la obra realizada por el Gobierno Demócrata Cristiano y que sirva al propósito de dividir nuestro partido.

"8º El partido Demócrata Cristiano llama a todos los chilenos que están por cambios, a las organizaciones populares, de trabajadores, campesinos, pobladores, mujeres, juventud y a las fuerzas políticas que concuerden con el programa y su estrategia, a unirse en la lucha por el progreso, la democratización y la liberación de los intereses imperialistas.

"9º La Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano rechaza toda posibilidad de entendimiento con el Partido Nacional que realiza una sistemática y creciente oposición a los cambios sociales y económicos puestos en marcha por el actual Gobierno. En el hecho, sólo busca mantener las estructuras capitalistas y constituye un inútil intento de volver atrás el curso de la historia" (Pol. y Esp. N° 310).

Lo dicho prueba en forma clara que la "unidad social del pueblo" está en la esencia de lo que planteaba la mayoría. En el fondo, esta tesis no importaba discrepancia alguna entre militantes. La polémica residía sólo en saber si se la buscaría por la vía de una alianza previa con los opositores de Izquierda o por el trabajo directo del PDC junto al pueblo.

Que ésta es la versión correcta del debate lo demuestra lo siguiente:

Una declaración oficial del Presidente del PDC, de fecha 10 de abril de 1969, dice a propósito de la renuncia presentada por Tomic a su candidatura:

"El camarada Tomic fundamenta su decisión en la convicción que le asiste en el sentido de que no hay base para una estrategia demócrata-

cristiana de unidad popular para 1970, que se traduzca en un acuerdo de todas las fuerzas sociales y políticas comprometidas en la sustitución del régimen capitalista, con inclusión, por cierto, de las fuerzas marxistas, único esquema en que su nombre estará disponible para una eventual candidatura presidencial".

El texto muestra con claridad que, por unidad popular, se entiende allí una alianza política y social, a la vez.

Lo mismo señalaba Luis Maira. Consultado, a raíz de una negativa formal del senador Teitelboim, comunista, a cualquier entendimiento con la Democracia Cristiana y con Tomic, dijo:

"Toda afirmación que se haga en un período preeleccionario tiene un contenido electoralista. Y esto también vale para lo expresado por el senador Teitelboim. Lo importante es no perder la calma ni dejarse arrastrar a desbordes electorales y comprender que, a partir del 3 de marzo, el país deberá abordar definiciones mucho más profundas e importantes de las que van envueltas en una elección parlamentaria. Y en ese proceso, las fuerzas sociales más representativas del país, los sectores del pueblo y clase media progresista, **están exigiendo de los partidos políticos** —y los están rebalsando con sus exigencias—, la definición de un camino propio para el desarrollo y la independencia de Chile. Si no lo recogen, corren el peligro de ser desbordados". (Las Últimas Noticias, 8 de febrero de 1969).

En otras palabras, el diputado Maira, a pesar de la violenta oposición comunista a un entendimiento con el PDC y su posible candidato, seguía insistiendo en que la alianza política era un dato fundamental.

Estas profecías fallaron en los hechos.

La Junta Nacional de agosto del año 1969, hubo de decidir sobre los puntos planteados por la resolución de mayo: designación de candidato, programa fundado en la experiencia anterior continuada en una segunda etapa, búsqueda del apoyo popular con o sin alianzas políticas.

A la fecha de la Junta Nacional de agosto de 1969, el panorama era claro: habría candidaturas de Derecha y de Izquierda. La coalición de los partidos Radical, Comunista, Socialista, Mapu, Api y Social Democracia no aceptaba entenderse con la Democracia Cristiana. Se denominaba a sí misma como "Unidad Popular". El PDC afianzó pues su propia fórmula y levantó por unanimidad la candidatura Tomic. No renunció a ser expresión de la verdadera unidad del pueblo. Así lo afirmó el candidato durante la campaña.

En consecuencia, es del todo inexacto que la plataforma presidencial de 1970 haya correspondido al pensamiento político que los renunciantes habían expuesto. Fue la tesis de la Junta de mayo, en un esfuerzo común de todos los militantes sinceros para dejar atrás la discusión anterior la que se impuso. Las bases ideológicas y el programa sintetizaban lo que los demócratacristianos entienden como suyo y como comunicable a otros sectores. No había en ello discrepancias.

El cuadro político, a tres candidaturas, correspondía también a la tesis de mayo, pues los hechos probaban la imposibilidad de una fusión entre la Izquierda y el PDC. Estas posiciones se jugaron en la campaña (18).

(18) Es un hecho que las posiciones a que nos estamos refiriendo formaban parte del debate interno y eran consideradas legítimas por los militantes. La gran mayoría de ellos permanece dentro del Partido. Rechazaron la solicitud de los renunciantes para que también lo abandonaran. Tenían un punto de vista y lo expresaron con lealtad. Pero, amaban al Partido por encima de las mayorías circunstanciales. Hicieron como otros el esfuerzo para aunar criterios cuando el Partido lo exigió así. En consecuencia, nuestras observaciones se dirigen solamente a aquellos que, en los hechos, demostraron que carecían de fe y que no supieron guardar lealtades básicas.

Ellas llevaron también a reconocer el triunfo de Allende y a votar por él en el Congreso Pleno, previas las garantías constitucionales conocidas, y a formular una línea de oposición a sus actos de tendencia antidemocrática y a su política económica estatizante y perjudicial al país. No hubo diferencias concretas sobre el fondo de todo esto.

En suma, la unidad social del pueblo no es un invento de los renunciantes. Es un hecho lógico del Partido como tal. En cambio, la alianza obligada y abierta con los partidos allendistas era una estrategia imposible. Nunca resultó. Los renunciantes son pues aquellos, que propugnan, no la unidad del pueblo en torno a sus grandes problemas sociales, sino la alianza superestructural de los partidos, bajo el comando socialista-comunista. Esta tesis no se estaba cumpliendo. Por eso, —exactamente como los del Mapu—, renunciaron a su calidad de militantes democratacristianos para servir lo que consideraban una estrategia natural y permanente: estar aliados con los partidos allendistas (19).

Es toda la verdad del asunto.

III. Inconsecuencia del PDC: acepta las tesis avanzadas, pero elige Directivas para no aplicarlas.

Esta afirmación es sorprendente. La verdad de las cosas es que el PDC estimaba legítima y de buena fe la discusión existente entre las diversas estrategias que solían disputar entre sí. Jamás los militantes creyeron que había deslealtad organizada dentro de sus filas. Ese estado de inocencia era lo que los renunciantes constantemente aprovechaban. El equívoco sobre la unidad social del pueblo y la unidad política es característico. Al partido, los renunciantes de 1969 y los de 1970, decían que ellos representaban la parte avanzada de la Democracia Cristiana y que propugnaban, contra los reaccionarios y amigos de la Derecha, la tesis popular: la unidad del pueblo en torno a las fuerzas sociales de avanzada, con la Democracia Cristiana como cabeza. En verdad, como hemos visto, querían entrar en una coalición política con los partidos de Izquierda, antes de saber si ésta era la aspiración del pueblo, y más tarde, colaborar con el Gobierno de Allende a pesar de que se lanzara en una violenta campaña contra el PDC, y se trazara un camino peligroso para la Democracia y para las bases comunitarias de una nueva sociedad.

Debido a esa presentación disimulada de sus tesis, solían tener mucho apoyo dentro del Partido. La circunstancia de que los que no pensaban como ellos y advertían sus tendencias, acostumbraba a atenerse con fidelidad a la organización jerárquica, hacía que sus puntos de vistas fuesen siempre silenciados. Sólo aparecía la voz de los que sobrepasaban los acuerdos y se prestaban a los halagos de los adversarios. Nada más sensacionalista que la actuación de los ex Presidentes de la Juventud;

(19) A fin de mostrar el espíritu de amplitud con que la Mesa Directiva de entonces trató de aunar los criterios y de omitir toda referencia al debate anterior, podemos citar una aclaración oficial a raíz de una versión de prensa. He aquí el texto:

"Hay en el texto aludido un concepto que quisiera esclarecer. No he dicho, en realidad, que "la línea del camino propio aprobada en el último Consejo Plenario es la que debe seguir aplicándose".

El Consejo Plenario aprobó una minuta de cuatro puntos, propuesta por la Directiva, y en cuya virtud se da por superada la polémica interna y se aúnan los criterios para desarrollar una línea fundada en lo siguiente: una plataforma programática; una candidatura democratacristiana y una facultad para la Directiva nacional de moverse políticamente y obtener respaldos a la candidatura que sean necesarios. En consecuencia he omitido expresamente la referencia al aspecto polémico interno, representado por el término "camino propio". Pienso que es necesario avanzar en base a esos acuerdos y decidir el futuro en conformidad con los hechos sobrevinientes" (9 de agosto de 1971, "El Mercurio").

Ambrosio, Ramírez y Badilla. Los diputados; Maira, Jaramillo, Videla, Ramírez, Urra, estaban siempre asumiendo posiciones personales y figurando en la prensa opositora al Partido.

Se vivía pues a la espera de sus amenazas de ruptura. Organizaban fracciones separadas del Partido mismo. Aceptaban todos los cargos posibles, no respetaban los acuerdos que no les favorecían y se les entregaba toda clase de responsabilidades. La campaña presidencial, por ejemplo, estuvo en gran parte en sus manos. Se puede decir que los factores negativos, como la imagen de división interna, la ausencia de una crítica seria a la candidatura de Allende, la tendencia a identificar nuestra candidatura con la de aquel ("no tenemos nada contra Allende, pero preferimos a Tomic" era un slogan de la Juventud, presidida por Pedro Felipe Ramírez), fueron causados por el grupo de disidentes de 1971.

Decir que ellos ganaban las votaciones, pero se elegían Directivas que no cumplían los acuerdos, es una falsedad sin nombre. Las resoluciones han sido siempre entendidas de buena fe. La parte en que no se cumplieron fue por imposibilidad práctica o por responsabilidad compartida de todos los dirigentes. El juicio, a que aludimos, por lo demás, no puede ser mantenido sin una gran dosis de interpretación personalísima de los renunciantes, acerca de lo que ellos entendían por cumplimiento de los acuerdos. Hemos visto que tenían, en el fondo, un concepto político discrepante: no estaban con el Partido Demócrata Cristiano y sus fines, sino con los partidos allendistas y sus fines. Es natural que cada hecho lo mirasen a la luz de lo que convenía a estos últimos. ¿No es acaso claro lo ocurrido en la elección de Valparaíso? Una victoria del PDC les pareció equivalente a una derrota personal y de grupo. Hallaron ahí el pretexto para romper. Si el partido hubiese experimentado una derrota en la elección, la habrían usado para afirmar que ello se debía a que se apartaba de la línea popular. Y habrían exigido una colaboración estrecha con el Gobierno y la entrega del PDC a su propia conducción.

La renuncia descansaba pues en un derrotismo permanente. Los argumentos dados en la carta de los parlamentarios constituyen una imposición adecuada a su falta de fe en el Partido mismo.

J. C. V.

**Lea y suscríbese a
"LA PRENSA"
de Santiago**

Todos los días la más completa y auténtica información nacional e internacional y los comentarios de la página editorial y secciones especializadas.

Para ordenar su nueva suscripción, llame al teléfono 89231 o envíe cheque cruzado a la orden de "La Prensa de Santiago", a Moneda 1158, Santiago.

ANUAL : E° 530.—
SEMESTRAL : E° 280.—
TRIMESTRAL : E° 150.—

El Marxismo: ¿Doctrina o Método? (1)

EDUARDO KINNEN

Para muchos cristianos la construcción del socialismo en nuestro país, plantea un serio problema de conciencia. Por una parte ellos rechazan el marxismo, como doctrina y como sistema político; pero, por otra, están convencidos que no se puede esperar más y que hay que aprovechar la situación concreta que existe y colaborar sinceramente con los actuales dirigentes del país, para reemplazar sin demora el régimen capitalista, por la sociedad socialista, a pesar de la orientación marxista-leninista del equipo gobernante. Y los eventuales escrúpulos que podrían tener, los hacen desaparecer diciendo que, en el fondo y sobre todo en su forma actual, el marxismo no es sino un método de interpretación socio-histórico y de acción política. Siendo así, nada impediría al cristianismo usar este método para conocer mejor la realidad social y para llegar al objetivo común: la construcción de la sociedad socialista. Más aún: según algunos, pensar "doctrinariamente" es pensar según el estilo del siglo pasado; lo que importa hoy día es la acción concreta y la transformación real de la sociedad. Ya no hay "doctrinas", hay al máximo "ideologías" al servicio de un tipo de acción, y que cambian con las situaciones sociológicas.

Quiero mostrar en este breve estudio que, a mi juicio, los que piensan así están equivocados, por lo menos por cuanto al marxismo se refiere. Es cierto que el "marxismo", o sea el pensamiento de Marx, es una "doctrina" que nos viene del siglo pasado, y que ha sido transformada bastante por el marxismo-leninismo de nuestro siglo. Pero si analizamos los regímenes comunistas, tanto en su base "ideológica" como en su práctica,

llegamos a la conclusión, creo, que estamos frente a doctrinas bien definidas, y no sólo frente a métodos de conocimiento o de acción.

Se parte en este estudio del presupuesto que hay que distinguir claramente entre **marxismo** y **comunismo**, que el primero corresponde al pensamiento inicial de Marx, el fundador principal del movimiento, y que por "comunismo" se entiende hoy día el **marxismo-leninismo**. Todos los partidos y regímenes comunistas actuales se autoproclaman marxistas-leninistas. Sin embargo, como la parte medular del comunismo es el llamado "materialismo histórico", y como la mayoría de los teóricos del comunismo basan esta parte de su doctrina esencialmente en los escritos de Marx, conviene analizar en primer lugar el pensamiento de éste al respecto.

En mi "Humanismo Social de Marx" y en el estudio sobre Althusser (2) he tratado de mostrar que el pensamiento de Marx es un "humanismo social", vale decir una antropología filosófica a la vez que una filosofía social. Según esa interpretación, es evidente que el "marxismo" (de Marx), es una visión global del mundo, y que el método, o la "dialéctica", no es para él sino el medio para desarrollar su pensamiento, respectivamente para aplicarlo. Por eso, antes de analizar el método marxiano y el lugar que tiene éste en su pensamiento y en su acción, veamos rápidamente cuáles son los conceptos esenciales de su antropología y de su filosofía social.

El "Humanismo Social" de Marx.

La antropología filosófica es la ciencia que trata de dar una respuesta a la pregunta sobre

(1) El presente estudio comprende dos partes. La segunda será publicada en nuestro próximo número.

(2) El ensayo sobre Althusser está aún inédito.

lo que es el hombre, cuál es su esencia o su naturaleza, cuáles son sus características esenciales.

Ahora bien, en sus escritos de juventud y principalmente en sus "Manuscritos económico-filosóficos de 1844" (nunca publicados por él), Marx desarrolló todo un pensamiento que se puede calificar de antropología filosófica. La primera noción analizada por el joven Marx, y una de las más conocidas en relación con su pensamiento, es la de "enajenación" o "alienación". Lo que el autor expresa con esta noción —tomada de Hegel y de Feuerbach— es que el hombre, y sobre todo el trabajador de su tiempo, no alcanza a "realizarse", o a realizar su naturaleza humana, dadas las condiciones de opresión y de explotación en las cuales vive. El trabajador vive como un "extraño" en su mundo, o más bien en el mundo burgués y capitalista. Para Marx la enajenación básica es la "del trabajo" o la económica, la cual consiste en que el trabajador no es dueño ni de los productos de su trabajo ni de su mismo acto de trabajo; todo eso pertenece al propietario de los medios de producción, al capitalista. La consecuencia de la enajenación del trabajo es que el proletario explotado vive la miseria extrema, miseria que, según el autor, va aumentando a medida que el capitalismo desarrolla más sus fuerzas de producción. Esta alienación básica es la fuente de una serie de otras: la social, la política, la religiosa y la filosófica, las cuales son o bien expresión de la división clasista del cuerpo social o bien manifestaciones de la búsqueda de una felicidad ilusoria, felicidad que el hombre no puede encontrar aquí en la tierra, en las condiciones de la sociedad burguesa. De ahí que desde sus primeros escritos el autor exige la transformación radical de la sociedad. "El hombre, dice en su "Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho hegeliana" (de 1843), es el mundo del hombre, estado, sociedad. Este estado, esta sociedad producen la religión... porque son un mundo falso. (Por consiguiente) la crítica del cielo se transforma en crítica de la tierra; crítica de la religión, en crítica del derecho; la crítica de la teología, en crítica de la política."

Se ve cómo el joven Marx, ya en el momento de sus primeras críticas a su maestro Hegel, se revela como pensador social.

Pero antes de analizar este aspecto del pensamiento marxiano, (3) tratemos de comprender la concepción antropológica implicada en la crítica de las alienaciones. En efecto, ya en el manuscrito

relativo al "trabajo enajenado", el autor muestra que su análisis parte de una perspectiva antropológica positiva. Si comparamos y resumimos todos los textos antropológicos del mismo, constatamos que dicha antropología contiene las siguientes nociones y tesis básicas:

El hombre es, en primer lugar, para Marx un "ser natural", es decir un ser que hace parte de la naturaleza y que, como tal, es un conjunto de fuerzas "vitales" que se manifiestan a través de él. Por eso el hombre es un ser esencialmente activo, y no contemplativo. Esta tesis, escrita bastante tiempo antes de las obras de Darwin, parece ser un anticipo del darwinismo. Sin embargo, más claramente que el sabio inglés, Marx insiste a continuación sobre la originalidad del hombre en relación con el animal. Para él el hombre no sólo es un "ser natural", sino sobre todo un "ser natural humano", que por su conciencia y su manera de actuar se distingue esencialmente del animal. En oposición a la conciencia animal, la conciencia humana es universal (lo que hace del hombre un "ser genérico"), es reflexiva y, por eso, autoconciencia. Por su autoconciencia el hombre tiene una actitud de independencia frente a la naturaleza; o en otros términos la conciencia humana se caracteriza por su libertad. En una palabra: el hombre marxiano es un ser consciente, inteligente y libre.

Se sabe que la idea de la libertad es la idea fundamental que inspira a Marx no sólo su crítica de las alienaciones, sino toda su antropología y su interpretación de la historia, o sea, finalmente, su filosofía social. El hombre dentro del régimen burgués —tanto el capitalista como el mismo trabajador— es un ser "enajenado" porque la sociedad en la cual vive no le permite desarrollar su libertad. Y así toda su crítica de la sociedad burguesa y su concepción de la revolución y de la sociedad comunitarista, tiene como idea rectora y como ideal final la noción de la libertad, o sea del desarrollo pleno de la personalidad humana en cada uno de los hombres.

Pero, en el plano antropológico por lo menos, hay otro factor que para Marx juega un papel fundamental, precisamente en la realización de la libertad así concebida: este factor es el trabajo. Ya sabemos que el hombre marxiano es un ser esencialmente activo. Y este carácter se manifiesta principalmente en el "trabajo", noción que para el autor de los Manuscritos va mucho más allá del trabajo manual y engloba toda la actividad fabricadora y creadora del hombre. Para el autor de los Manuscritos, el "ser genérico" del hombre —su esencia universal— se manifiesta sobre todo en la "vida productiva". "La produc-

(3) Empleamos "marxiano" para referirnos al pensamiento mismo de Marx, y "marxista" para la interpretación de algunos de sus discípulos.

ción práctica de un mundo objetivo, dice, la transformación de la naturaleza inorgánica, es la confirmación del hombre en cuanto ser genérico consciente". Y el objeto del trabajo no es otro que la "objetivación de la vida genérica del hombre, por cuanto ...éste se duplica activa y realmente y **se contempla en un mundo creado por él**". Pero gracias a esta actividad creadora y transformadora, el hombre se realiza cada vez más, o sea se hace cada vez **más libre** (porque el concepto más alto de la libertad es el de un desarrollo pleno de todas las potencias humanas). "El trabajo, dirá Marx en "El Capital" (libro I, cap. V, donde encontramos toda una filosofía del trabajo y la continuación de los conceptos de los Manuscritos) es en primer lugar un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el cual el hombre realiza, regula y controla por su propio acto su asimilación de la naturaleza. El enfrenta la materia misma de la naturaleza como una potencia natural. En cuanto por este movimiento actuó sobre la naturaleza fuera de él y **la transforma, transforma al mismo tiempo su propia naturaleza**".

El trabajo, o la actividad productiva y creadora en general, es por consiguiente el medio más importante del hombre para alcanzar una mayor libertad y para "realizarse" plenamente. En eso consiste todo el proceso de la civilización y de la historia, el cual no es otro que una especie de autocreación del hombre a lo largo de los milenios de los períodos históricos. Tanto es así que toda la historia anterior a la sociedad comunista es, para Marx, en cierto sentido **prehistoria**, y que la verdadera historia del hombre empieza con la sociedad comunista ideal.

Estos son los conceptos básicos de la antropología marxiana. Pero hay que completarlos con otro aspecto, el cual para su autor es tan importante como los anteriores. Como para Aristóteles y S. Tomás, para Marx, el hombre nunca es un individuo particular y aislado, sino un "ser social". Sin embargo, esta tesis tradicional tiene en el autor de los Manuscritos un significado mucho más amplio que para sus predecesores. La "sociabilidad" no es para él una característica entre muchas otras, sino que hace parte de la esencia o de la naturaleza del hombre. Acabamos de ver que el hombre se constituye o **se crea** por el trabajo, a lo largo del desarrollo histórico. Pero es evidente que Marx considera el trabajo como una actividad esencialmente social. "La real, activa actitud del hombre frente a sí mismo como ser genérico... es posible sólo porque él hace surgir en sí todas sus fuerzas genéricas, lo que, a su vez, es posible únicamente **por la colaboración de**

todos los hombres, sólo como resultado de la historia". Así leemos en el Manuscrito III, en el capítulo donde su autor desarrolla con más detalles su antropología. En todo ese texto el autor insiste sobre la íntima relación entre el hombre individual y el social, entre individuo y sociedad, para resumir finalmente su tesis en las siguientes afirmaciones: "El individuo es el **ser social**... El hombre —aún en cuanto es un individuo particular es en el mismo grado la **totalidad** ideal, la **existencia subjetiva de la sociedad** pensada y sentida para sí".

No se puede subrayar con más fuerza la importancia de la sociedad para el individuo. Un poco antes Marx había dicho "La sociedad **produce al hombre en cuanto hombre**". Hay que añadir, sin embargo, que en la continuación de la frase leemos que "ella (la sociedad) también es producida por él". Con eso se ve que Marx nunca cae en el colectivismo. A pesar de la importancia que él atribuye a la sociedad en la formación de los individuos, él mantiene siempre la originalidad de los dos factores, el subjetivo y el objetivo, la sociedad y la persona individual. Afirmar que sólo cuenta el factor "sociedad" es manifestarse colectivista. Pero Marx se puede considerar como un auténtico "personalista", porque frente al factor objetivo de la sociedad él insiste siempre sobre el subjetivo de la persona individual. En una auténtica concepción dialéctica, los dos elementos están en una permanente **relación de interdependencia dialéctica**.

Por eso en Marx la filosofía social es la continuación lógica y natural de su antropología. Si la sociedad "produce al hombre", y si el hombre es alienado a causa de las estructuras sociales imperfectas, "alienantes", hay que transformar la sociedad, hay que superar sus estructuras alienantes para ella, puede producir un hombre "desalienado", realmente libre. De ahí que el autor desarrolla su pensamiento social junto con su antropología. En su primer gran manuscrito, la "Crítica del Derecho constitucional de Hegel" (de 1843), el joven Marx rechaza la concepción hegeliana del Estado por ser un órgano "superordinado" a la sociedad, que está al servicio de la casta de los burócratas y del mismo monarca (absoluto) y no al servicio de la sociedad "civil" entera. Esta va a ser una de las ideas básicas de su filosofía política y reaparecerá **más de treinta años más tarde** en la "Crítica del Programa de Gotha". En ese texto el autor rechazará, por la misma razón, el llamado "Estado libre" exigido por los socialdemócratas alemanes y propondrá **para la futura sociedad comunista**, una "entidad estatal" **totalmente subordinada** al cuerpo social

entero y al servicio de él. Un año después (de haber redactado este primer gran manuscrito), en los "Manuscritos de 1844", insistirá sobre la unión íntima que tiene que existir, según él, entre el "humanismo acabado" y la sociedad comunista ideal. Según estos textos su ideal del hombre podrá ser realizado sólo después de la revolución comunista (destrucción de la propiedad privada de los medios de producción y su reemplazo por la propiedad social), en la sociedad ideal que habrá de ser creada.

Al año siguiente redactará, junto con su amigo, Engels, la "Ideología Alemana", obra que es la exposición más completa de su filosofía social, o del "materialismo histórico". Sin renunciar a sus nociones antropológicas o de filosofía social anteriores, él profundizará aquí su pensamiento social, sobre la base de una visión más científica. Es ahí donde los autores exponen por primera vez las dos tesis esenciales del "materialismo histórico", o sea la teoría de la infraestructura y de la superestructura, y la de la lucha de clases. Contrariamente a la interpretación del marxista francés L. Althusser, no se trata en eso de una concepción radicalmente nueva, sino del desarrollo normal de un pensamiento en contacto con los hechos. Se puede decir que Marx realiza aquí la "crítica de la política" y de la "tierra" que había exigido en uno de sus primeros escritos, de índole más bien antropológica. En efecto, como lo hace notar Engels en diversos de sus prefacios al "Manifiesto Comunista" (el cual es como un resumen popular de la "Ideología Alemana", en su parte teórica por lo menos), las dos tesis nombradas forman el núcleo del "Manifiesto" y se deben **única y exclusivamente** a Marx, en esa forma al menos.

El "Materialismo Histórico".

Con eso nos acercamos al tema en debate, por cuanto a Marx se refiere. En efecto, los que (como Althusser) pretenden que el marxismo es un método, y no una doctrina o una "ideología", se basan en una interpretación peculiar del materialismo histórico, precisamente.

Pero antes de entrar en la discusión, resumamos rápidamente lo esencial de las dos tesis mencionadas.

Por infraestructura se entiende el conjunto de las "fuerzas de producción" y de las "relaciones de producción". Las primeras son los medios de producción (tierra, maquinarias, fábrica) y los trabajadores, por cuanto las relaciones de producción indican las relaciones de propiedad. Las primeras se desarrollan casi necesariamente, por

la continua mayor división del trabajo y las mayores necesidades. Las relaciones de producción, en todos los regímenes anteriores al comunista, se basan en una relación básica de dominación de una minoría —los dueños de los medios de producción—, sobre la mayoría —los trabajadores—, los cuales son dominados y explotados por la minoría de los dueños de los medios de producción. En eso consiste según Marx la injusticia fundamental de todos los regímenes económicos del pasado y del presente (en su tiempo). Pero a lo largo de la evolución histórica y económico-social, es inevitable que los "dominados" en cada régimen económico se den cuenta poco a poco de la injusticia de su situación y traten, por consiguiente, de deshacerse de sus explotadores. Así nace la "lucha de clases", principio motor, según los autores de la "Ideología Alemana" y del "Manifiesto", de la evolución social.

Pero antes de analizar más en detalle esta segunda tesis, completemos el desarrollo de la primera. La infraestructura económico-social es la "base" de todo el edificio social. (Recordemos que el término de "base" es el único empleado por Marx mismo). Sobre esta base se eleva la llamada "superestructura", término que significa en primer lugar las instituciones sociales, y en segundo las llamadas "ideologías". Entre las instituciones la más importante es el Estado, a la vez expresión máxima del poder de la clase dominante e instrumento principal para perpetuar dicha dominación. Una institución "secundaria" es el Derecho, o sea el conjunto de las leyes establecidas por la clase dominante, a través del Estado, para dirigir toda la vida social a su antojo. Pero además la clase dominante crea, en cada régimen social, un conjunto de nociones y concepciones de la más diversa índole, para justificar teóricamente su dominación, para dominar así las mentes y las conciencias y para justificarse delante de su propia conciencia. Estas son las ideologías, en los diversos campos de la "producción espiritual", o sea: la religión, la moral, la filosofía, la "ciencia" jurídica etc.

El problema principal dentro de este aspecto del materialismo histórico es y ha sido, desde los tiempos del mismo Marx, el de la relación entre las dos estructuras sociales. ¿La superestructura, es sólo el "reflejo" más o menos mecánico de la base económico-social, o tiene autonomía frente a esta última? Si uno sigue la historia del pensamiento comunista posterior a Marx, y en Rusia principalmente (como lo hace de manera magistral el P. Gust. Wetter en su obra "El Materialismo dialéctico y su historia en la

Unión Soviética"), se ve que el problema de las relaciones entre infra y superestructura ha sido debatido durante décadas, entre los mismos pensadores comunistas. La tesis oficial que hoy día prevalece es un rechazo de la interpretación "mecanicista", para la cual la superestructura es como el mero reflejo "mecánico" de la infraestructura.

Esta es la interpretación que corresponde, a todo parecer, al verdadero pensamiento de Marx y (de Engels), porque es la única que explica dicha relación de manera "dialéctica", o sea como una interdependencia mutua, en la cual cada uno de los factores actúa y reacciona sobre el otro, dentro de una relativa autonomía de cada uno. Es cierto que Marx nunca presentó las cosas así de manera explícita, pero los términos que emplea sugieren dicha interpretación. Por lo demás, su amigo Engels, el cual puede en eso ser considerado como el "intérprete auténtico" del pensamiento común, insiste repetidas veces en su correspondencia sobre la necesidad de entender de manera dialéctica (en el sentido definido) la relación infra superestructura.

Sin embargo, también insiste muy claramente sobre el hecho que en **última instancia** es la infraestructura que explica la totalidad del "edificio social", con la superestructura y las diversas ideologías. Sin embargo reconoce que los diversos aspectos de la superestructura (la filosofía, la moral, la religión, la historiografía etc.) gozan de una autonomía bastante grande con desarrollos propios. Además pueden reaccionar sobre su causa (sobre todo en el caso del Estado) y modificarla parcialmente.

Ya sabemos que la segunda tesis (del materialismo histórico), o sea la de la lucha de clases, es una consecuencia de la manera como se concibe la infraestructura. Con el desarrollo de las fuerzas de producción, estas entran en contradicción con las relaciones de producción, o concretamente, con los dueños de los medios de producción. Así se produce la lucha de clases, entre clase dominada y clase dominante, lucha que produce inevitablemente después de un cierto tiempo (según los autores de la concepción) una revolución social y política y la sustitución de la antigua clase dominante por la dominada. Según la famosa frase del "Manifiesto Comunista" la "historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es una historia de lucha de clases", afirmación que muestra que según los autores su tesis tiene vigencia universal. Pero para entender con exactitud el alcance de la tesis, hay que completar esta primera frase con las últimas de la primera parte del "Manifiesto", según las cuales la burguesía "produce sus propios sepultureros" y

que su "hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables".

O sea: la tesis de la lucha de clases no trata sólo de explicar la historia del pasado, sino que profetizar el futuro, hasta el establecimiento de la sociedad comunista. Así lo subraya claramente Engels en el prefacio a la edición inglesa del **Manifiesto** (de 1888). Después de haber enunciado la tesis e indicado su significado para el pasado, prosigue textualmente: "La historia de estas luchas de clases constituye una sucesión evolutiva que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la clase explotada y oprimida — el proletariado — no puede ya emanciparse del yugo de las clases explotadoras y dominantes — la burguesía — **sin emancipar al mismo tiempo, y para siempre, a toda la sociedad** de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases".

Es importante tomar en cuenta este aspecto de la tesis, precisamente en la discusión respecto al carácter científico del materialismo histórico. Si para el pasado la "ciencia" marxista tiene algún valor, este es más discutible en sus proyecciones hacia el futuro. Pero en todos sus textos y hasta su madurez y vejez, los dos autores insisten sobre este aspecto "futurista" de su concepción, así que es totalmente arbitrario no tomarlo en cuenta.

El Marxismo. ¿ciencia o "ideología"?

Estamos preparados ahora, creo, para entrar en la discusión con Althusser respecto al significado del pensamiento marxiano. En otro estudio he tratado de mostrar por qué, a mi juicio, la interpretación althusseriana es muy parcial y arbitraria, y no corresponde al verdadero pensamiento del autor de "El Capital". Podemos limitarnos aquí a lo esencial al respecto, para extender después el debate al comunismo en su formas actuales.

Althusser distingue dos aspectos en Marx: el "materialismo dialéctico" y el "materialismo histórico". El primero es, según él, la "nueva filosofía" prometida, y se reduce, de hecho, al método dialéctico para interpretar la historia. El segundo es la aplicación del mismo método a la historia del pasado y del presente. El conjunto es la "ciencia marxista de la historia".

Antes de ver si, realmente, la "filosofía" marxiana se puede reducir al método dialéctico, preguntémosnos hasta qué punto la aplicación de dicho método condujo a la constitución de una "ciencia histórica".

Por "ciencia" se entiende generalmente un conjunto de conceptos y proposiciones que son capaces no sólo de hacernos comprender la realidad del pasado y del presente, sino de hacer previsiones y predicciones para el futuro. Esto es cierto, seguramente, para las "ciencias de la naturaleza". El físico, el químico, el astrónomo, el científico de la "aeronáutica", el biólogo y el fisiólogo pueden predecir, con una certeza más o menos grande (según los casos) lo que va a pasar en la naturaleza o en el cuerpo humano, si se realizan determinadas condiciones. En las "ciencias humanas" o "del espíritu" la certeza es menos grande, generalmente; sin embargo, el psicólogo y el sociólogo son capaces de predecir, en determinadas condiciones, lo que va a pasar, por lo menos con un gran grado de probabilidad. El historiador, por lo general, es más prudente; sin embargo los más grandes historiadores, un Toynbee por ejemplo, pretenden establecer ciertas leyes generales de los acontecimientos históricos e indicar las condiciones en las cuales se verifican dichas leyes.

Como acabamos de ver, de todas maneras esto es lo que pretendió hacer Marx. El no se contentó en desarrollar una ciencia histórica para interpretar el pasado, o una "sociología económica" para entender el presente, sino una "ciencia" que, según él, era capaz de prever y de predecir el futuro.

No se puede negar que la ciencia marxista, la ciencia del materialismo histórico concretamente, han tenido y tienen un gran valor para conocer la realidad presente y para entender gran parte de la historia del pasado. Así la teoría de la lucha de clases con toda la sociología que supone, ha proyectado una luz totalmente nueva sobre el conocimiento de la realidad social. Antes de Marx no se sabía, o se sabía muy poco, de los verdaderos centros de poder social y político, de una clase "dominante" y de otra "dominada", del nexo entre poder económico y poder político etc. También es innegable que hay y que hubo desde la antigüedad, en una forma u otra, "luchas de clases" y que esta lucha origina tensiones y conflictos que muchas veces desembocan en cambios sociales más o menos violentos. Pero de ahí a pretender que la teoría de la lucha de clases nos da una explicación integral de la historia, hay una diferencia considerable. Concedamos al marxismo que no pretende explicar, por lucha de clases, todos los conflictos surgidos en la historia por la ambición de los gobernantes, por la competencia y envidia entre los diversos grupos de las clases dominantes o por los nacionalismos. Pero su tesis tendría que explicar por lo menos

los grandes cambios socio-políticos de la historia, los pasos de una época a otra esencialmente diferente. Sin embargo, ni esa explicación es capaz de darnos.

En efecto, y según el mismo marxismo, las grandes épocas de la historia son las siguientes: sociedades: "tribales" primitivas; antigüedad greco-romana (considerando principalmente los pueblos occidentales); edad media; edad moderna. Según la tesis expuesta, por lo menos los pasos de una de dichas épocas a otra tendría que explicarse por la lucha de clases. Analicemos cada uno de estos casos.

En la sociedad primitiva, por "definición", no hay clases, (principalmente porque, prácticamente, no hay división del trabajo), así que difícilmente el paso de la sociedad primitiva a las sociedades esclavistas de la antigüedad se explicaría por una lucha de elementos inexistentes.

(Entre paréntesis: en ninguno de sus escritos Marx o Engels tratan de dar una explicación del origen de la esclavitud; no les convenía, porque tenían que reconocer que sin una cierta "explotación" de los menos capaces por los más capaces, simplemente no habría habido progreso en la civilización. Recordemos que en la "ideología Alemana" los dos autores reconocen de la manera más explícita que el progreso económico-social es ligado a una división del trabajo cada vez mayor; pero donde hay división del trabajo, hay alienación y, hasta cierto punto, "explotación"...)

El paso de la antigüedad a la edad media (occidental) no encuentra una mejor explicación en la lucha de clases que el anterior. Lo que pasó, de hecho, es que el imperio romano se desmoronó, por razones económicas y políticas, pero sin ninguna "lucha" interna. Los "bárbaros" germanos asaltaron dicho imperio, por dentro y por fuera, y así sustituyeron la sociedad antigua por un nuevo tipo de sociedad. Por otra parte el mismo Engels reconoce (en su famosa obra "El origen de la familia, la propiedad privada y el estado") que la división de la sociedad medioeval en los estamentos de "señores" y "siervos" se debe al hecho que los últimos (los siervos), primitivamente agricultores "francos", tenían que buscar la protección militar de los que tenían armas y que sabían algo de arte militar, así que la división en los dos estamentos corresponde simplemente a una "división del trabajo" necesaria en este momento y **aceptada como un bien** por todos. De todas maneras ni unos ni otros no tienen nada que ver con los antiguos patricios o esclavos.

El caso "clásico" en que se verifica el esquema de "lucha de clases", y el cual probablemente inspiró a Marx, es el paso de la edad media a la

sociedad burguesa moderna. Pero ni aún en ese caso la correspondencia es total. En efecto, la burguesía no es una especie de resultante de la lucha de clases librada en la edad media (como lo exigiría la lógica interna del esquema), sino que se formó más bien al lado de la estructura social medioeval. Los "burgueses" son o bien antiguos artesanos enriquecidos y bien comerciantes, los cuales alcanzaron, **a lo largo de muchos siglos**, a formar los primeros capitales que iban a dar nacimiento al futuro sistema "capitalista". Una vez formada esta nueva clase (al lado de los estamentos), ésta alcanzó un poder económico cada vez mayor, gracias al desarrollo arrollador del sistema económico inventado por ella, y así tomó poco a poco el poder político. Inglaterra ha sido uno de los pocos países en que esta sustitución se hizo por evolución pacífica. La "Gran Revolución Francesa" dio el ejemplo de la sustitución por revolución violenta, ejemplo seguido en la mayoría de los países de Europa occidental y de América Latina. No hay que olvidar, por lo demás, que los hechos de la Revolución Francesa y los cambios que produjo tuvieron un enorme impacto sobre todos los contemporáneos, incluso los filósofos alemanes (de Kant a Hegel). Así se entiende que Marx también se impresionó tanto que se inspiró en ella para su tesis de la lucha de clases.

Pero vimos que la tesis vale, según sus autores, tanto para el futuro como para el pasado. Por eso, la misma incluye la predicción de la sustitución del régimen capitalista por el comunismo. No se trata de una mera exigencia o de un pio anhelo, sino de la afirmación, repetida desde la "Ideología Alemana" hasta "El Capital" y la "Crítica del Programa de Gotha", de que el capitalismo se autodestruirá necesariamente y que la clase dominada, el proletariado, tomará el lugar de la clase dominante, la burguesía. Desgraciadamente, esta parte de la teoría tampoco resultó exacta. Es un hecho demasiado conocido que la revolución comunista no se produjo, y hasta hoy día, en los países que eran los más capitalistas en el tiempo de Marx. Por el contrario se produjo en algunos países menos desarrollados o francamente subdesarrollados. Todo eso es contrario no sólo a la tesis de la lucha de clases, sino a los conceptos y análisis más "científicos" de "El Capital". Con eso no pienso negar que hay una parte de verdad en la tesis marxiana. De hecho, aún en los países más capitalistas, asistimos a un proceso de "socialización" cada vez mayor, y ojalá que lleguemos en todas partes a diversos tipos de sociedades "socialistas". Pero dicha evolución no corresponde a los esquemas

marxianos, ni en los regímenes capitalistas, ni en los regímenes "socialistas" actuales.

Volvamos ahora a la primera tesis de materialismo histórico, la cual afirma la dependencia esencial de la superestructura respecto a la infraestructura. Vimos que según los textos de los mismos autores y según sus intérpretes más autorizados, no hay que concebir dicha dependencia de manera demasiado simplista; se trata de una **interdependencia dialéctica**, en la cual, sin embargo, la infraestructura juega un papel preponderante. Aún en esta forma, ¿la concepción es válida y explica el "edificio social"?

Según los autores el factor más importante de la superestructura "institucional" es el Estado, el cual, según los mismos, es expresión de la clase dominante y al servicio exclusivo de dicha clase. No se puede negar que en eso tienen por gran parte razón y que demasiadas veces, en el curso de la historia, el Estado ha presentado esas características. Sin embargo sabemos que según la tradición **doctrinaria** cristiana, el Estado está al servicio del **Bien Común**, y su función principal es realizar este Bien Común. Sería una ingenuidad afirmar que los estados históricos, aún en el seno de la "cristiandad" occidental, hayan siempre correspondido a este ideal y a estas exigencias doctrinarias. Sin embargo, sería una parcialidad, también, afirmar lo contrario, o sea que los estados, cristianos o no, hayan estado **siempre y únicamente al servicio de la clase dominante**. ¿Por qué, por ejemplo, la "democracia burguesa", introdujo en todos los países dominados por ella, el sufragio universal? Si hubiese pensado sólo en mantener su dominio, no habría dado el derecho de voto a sus "dominados" (según la terminología marxista). De hecho el sufragio universal sirvió, en los países más desarrollados, a sustituir por gran parte el régimen burgués-capitalista por otro socializante, o hasta "socialista" (como en los países escandinavos). El mismo ejemplo chileno, con sus transformaciones bastantes profundas realizadas democráticamente, desde el siglo 19 hasta la ascensión al poder de un gobierno de la "Unidad Popular" es la mejor ilustración de esta aseveración.

Pero hay un testimonio mucho más valioso para confirmar lo mismo, y que proviene de un lado totalmente inesperado. El mismo Engels reconoce implícitamente, hasta explícitamente en algunos textos, que en el pasado el Estado cumplió muchas veces con su función de Bien Común. En su obra ya citada "El Origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado" dice que los Estados griegos y romano nacieron de la desintegración de las antiguas "gentes" o tribus, y que

hacia falta una nueva organización social, correspondiente a la evolución social. Del estado de Solón en particular dice que ha sido el defensor de los deudores empobrecidos contra los ricos "explotadores". Ya vimos cómo para la Edad Media, Engels admite la tesis más tradicional: la estructura feudal se debe a las circunstancias que reinaban en los primeros siglos de este período, y el Estado feudal no vino sino a confirmar una estructura de por sí beneficiosa tanto para los "siervos" como para los señores.

Todo esto no excluye que haya habido explotación en muchos casos. Pero frente a los hechos señalados por el mismo Engels no se puede mantener la tesis que el Estado es, de por sí, únicamente al servicio de la clase dominante explotadora.

En cuanto al otro aspecto de la superestructura, o sea las ideologías, la concepción es igualmente parcial. No se puede negar que en muchos casos "las ideas dominantes son las de la clase dominante", según la fórmula de la "Ideología Alemana". Así en el derecho (o sea la ciencia jurídica), en la filosofía, en la moral y hasta en la religión influyen muchas veces los conceptos "utilitarios" de la clase dominante; en ese sentido las ideologías son falaciosas y no son sino una justificación de los privilegios (a veces fundados, otras veces no) de la clase dominante. En eso consiste también el fundamento de la "sociología del conocimiento", ramo de la sociología que nació precisamente del marxismo y que sirve para purificar las ciencias y doctrinas nombradas de elementos accidentales y adventicios. Pero la concepción marxista es incapaz de explicar toda la cultura o "producción espiritual" de esta manera. El mismo Marx nos da un ejemplo de eso, cuando trata de explicar el valor, permanente y "eterno" hasta cierto punto, de la literatura griega y del arte de Shakespeare ((en la "Introducción a la Crítica de la economía política" de 1857). En los dos casos una "producción espiritual" de alto valor se eleva por encima de infraestructuras más o menos primitivas. ¿Cómo justificar, entonces, el valor "perenne" de dichas producciones culturales e "ideológicas"? Para el caso de la cultura griega, la respuesta de Marx es que se trata de una especie de arte ingenuo, de "niños bien desarrollados", el cual puede procurarnos un placer espiritual, a nosotros "viejos", culturalmente hablando. Pero esta explicación vale al máximo para la epopeya de Homero, no así para el arte dramático y para la escultura y la arquitectura. En cuanto al arte de Shakespeare, Marx nos debe todavía la respuesta, y ninguno de sus sucesores tampoco pudo darnos la explicación satisfactoria...

En mi "Humanismo Social de Marx" he tratado de mostrar, en base a un breve análisis de hechos culturales significativos, que la tesis marxista es insostenible. Hay demasiadas nociones y concepciones —en filosofía, en religión, en moral, en el arte, etc.— que o bien son estrictamente universales o bien, si pertenecen a un pensador particular, no tiene ninguna relación directa con la infraestructura de la sociedad en la cual vivieron. Uno de los ejemplos más claros es Kant. Aunque se pueden discutir muchos conceptos de la epistemología del filósofo de Königsberg y aunque su moral también está sujeta a críticas justificadas, nadie negará, supongo, el alto valor de dicha moral del "imperativo categórico", ni sobre todo la vigencia universal de la mayoría de las nociones morales de este filósofo. Así también lo entendió Kant, que pretendía precisamente construir una moral totalmente objetiva y universal, no sujeta a circunstancias subjetivas o sociales. Ahora bien según el esquema marxiano, Kant sería una especie de portavoz de la burguesía dominante en su tiempo. ¿Cómo se explica, entonces, que al mismo tiempo en que la burguesía europea o los señores todavía feudales prusianos hicieron la más descarada explotación de los proletarios o de sus siervos, respectivamente, el ingenuo filósofo de la "Crítica de la Razón práctica" proclamaba como uno de los principios supremos de su moral —y de toda moral auténtica— el de "considerar al hombre siempre como un fin" y de condenar como uno de los más graves "pecados" el de emplear a un hombre como medio? Se podrá hacer a Kant todo tipo de reproches; un marxista, sobre todo, dirá con toda razón que el filósofo de Königsberg, en su soledad, era el tipo mismo del contemplativo, y que olvidó que había de luchar para la transformación de las estructuras sociales enajenantes etc. Pero nadie podrá dudar de la sinceridad de este filósofo, o llegar seriamente al extremo, como lo hicieron los soldados de Stalin después de la "conquista" de Alemania oriental de la ciudad de Königsberg, de pisotear su tumba, por ser "el exponente del militarismo prusiano"...

Resumamos la conclusión a la cual llegamos hasta ahora: la famosa "ciencia" marxista no tiene el valor universal que le atribuyen sus partidarios y simpatizantes. Sin negar que sirve para el análisis sociológico, económico y político de las sociedades, su valor es muy limitado y muchos de sus conceptos y teorías —principalmente la teoría de la lucha de clases con todas sus implicancias, y la tesis que la "superestructura" cultural es pura "ideología" y reflejo, "en última instancia", de la base económico-social— tienen un valor muy relativo o limitado.

El Cambio Social:

¿Hacia qué objetivos y para qué resultados?

Claudio Orrego Vicuña.

El cambio social se a institucionalizado en las sociedades modernas. Cambiar es lo normal, "lo bueno", lo lógico. Estancarse es morir de alguna manera y quedarse fuera de la historia.

Fundamentalmente, la gran revolución científico-técnica del siglo XX ha llevado a esta situación. Es de tal manera prodigioso el esfuerzo teórico y práctico de la investigación, que cada día surgen más y más aspectos desconocidos del mundo exterior e interior del hombre y más y más aplicaciones prácticas de dichos conocimientos destinados a facilitar la vida del hombre y a disminuir su dependencia de la naturaleza.

El arsenal de conocimientos de la humanidad, se multiplica en progresión geométrica. Sobre cada descubrimiento, brotan centenares de nuevos aportes teóricos y prácticos.

La revista Time, hace algunos años planteaba el problema en relación a la crisis que esta explosión del conocimiento ha producido en las bibliotecas de los Estados Unidos. Cualquier especialización presupone contar con miles de miles de publicaciones en todos los idiomas que hace difícil su manejo bibliográfico y, mucho más difícil aún, su conocimiento y sistematización por parte de los especialistas en cada materia. Entre otros datos, consignaba el hecho de que en la década del 60, estaban en pleno trabajo y producción el 90% de todos los científicos e investigadores que hayan existido en toda la historia de la humanidad.

Esa sola cifra basta para representar la magnitud del fenómeno de la acumulación del conocimiento y las transformaciones que ello lleva implícito. Pero a esto debe agregarse, que si en

toda la anterior historia del hombre sobre la tierra existió sólo un 10% de los recursos humanos dedicados hoy a la investigación, debe agregarse que cualitativamente, tanto desde el punto de vista del instrumental de investigación como del bagaje de conocimientos previos de que se parte, las ventajas de los modernos científicos es infinita sobre sus antecesores del pasado.

Por medio de este proceso, el mundo avanza hacia su "humanización" al decir de Teilhard de Chardin. Esta infraestructura le permite cada día conocerse mejor a sí mismo y al mundo que lo rodea. Pero no por eso queda liberado del Juicio ético acerca del bien y del mal, ni de las opciones ideológicas relativas al sentido en que estos descubrimientos y este nuevo potencial de acción deben ser utilizados.

La pregunta de siempre vuelve a plantearse con nuevo vigor: ¿el cambio para qué? Y ese vigor conceptual está secundado por una trágica urgencia de no equivocarse en la respuesta, dado el costo que cada error tiene hoy cuando se manejan fuerzas infinitas en el ámbito de la física, la economía y la manipulación social.

El mito del progreso, del cambio y de la revolución se plantean hoy con mucho más intensidad que en el pasado. Con la diferencia que cualquier traspies en la apreciación del momento histórico y sus riesgos puede representar un precio humano colectivo, como nunca antes conoció la humanidad.

Ante este cuadro, surge con absoluta legitimidad el derecho a interrogarse acerca del hilo conductor de la Historia que le entrega a los hechos una connotación positiva o negativa. Se trata,

en suma, de discernir, ideológicamente, los elementos humanos y anti-humanos que se encierran en todo proceso de desarrollo. Sólo de esa manera se podrá alcanzar una praxis lo suficientemente adecuada para luchar por la estimulación de los elementos positivos y la contracción de aquellos de signo negativo.

En otras palabras, conceptos tales como revolución, socialismo, desarrollo, progreso, "historia", etc., deben ser analizados a partir de cierta perspectiva que permita determinar el contenido de sus metas y los avances que representan en relación a un punto de partida determinado.

Para los cristianos, como para nadie, un problema de esta naturaleza no puede ser neutro. De la respuesta final a cada una de las interrogantes surge la valoración propiamente espiritual y humana sobre el desarrollo de la civilización.

El Cardenal Arzobispo de Santiago, Mons. Raúl Silva Henríquez, en su discurso inaugural del Claustro Pleno de la Universidad Católica de Chile, sostuvo la vigencia del Evangelio Cristiano como elemento determinante de criterios de humanismo. Si bien, la palabra de Dios no es ni podrá ser un metro de análisis económico-social, de ella se desprenden elementos que configuran una antropología a partir de la cual se pueden determinar criterios acerca de lo que significa avanzar en dirección a una más plena realización del ser humano y aquello que lo lleva a alienarse de sí mismo y de su creador.

A partir de ese hecho, los cristianos encuentran un parámetro que les permite discernir lo humano de lo anti-humano en todas aquellas realidades de la construcción histórica de la humanidad.

Si el cristianismo no es un humanismo, en forma específica, sí se puede afirmar en forma categórica que de él se puede desprender un humanismo que apunte hacia los aspectos esenciales de la dignidad de la persona y su destino trascendente.

A partir de la concepción del ser humano como compuesto de materia y espíritu, nada hay en la existencia temporal que pueda permanecer ajeno a la problemática de su plena realización espiritual que es consustancial a su plena realización humana, aún en aquellas materias en que no necesariamente se llegue al límite de su relación personal con Dios.

No tiene sentido, entonces, hablar de los cambios, si antes no se determina con precisión de cuál es el objetivo que ellos pretenden. Desde estas perspectivas, los cambios pueden estar orientados en una plena y acelerada maduración de la persona, como pueden estar destinados a atropellar en ella no sólo su dignidad sino que

su potencialidad de acelerar el proceso de liberación exterior e interior.

Aclarar este punto de partida tiene una gran importancia porque se pueden evitar múltiples malos entendidos que lleven a la formulación de tesis erróneas sobre el desarrollo de la Historia.

1.—Economicismo y trascendencia: Para una perspectiva espiritualista como la cristiana, el problema del espíritu es algo más que un accidente o un adjetivo. Es la esencia misma de la vocación del individuo como persona y de su proceso de maduración y desarrollo hasta la plena e integral liberación. Su significado no puede quedar reducido a una relación subjetiva y personal con Dios, puesto que responde a ciertas reglas objetivas que constituyen el cuadro exterior en que se pueden desarrollar las potencialidades espirituales.

En la medida en que el hombre-persona trasciende la materia, no puede estar totalmente sometido a sus leyes ni a su lógica. De ahí que todo proceso destinado a reducirlo a su condición de individuo —producto de su sociedad, determinado por sus pertenencias al mundo del trabajo y de la cultura—, sin permitirle ni reconocerle la opción a ser el actor de su propio destino y de superar las limitaciones de su condición material hasta niveles más purificados de comprensión y contemplación, está atentando contra su propia dignidad.

En el debate diario acerca del subdesarrollo y la indignidad a que reduce a millones de seres humanos que viven tan escasos de lo necesario que no alcanzan a levantarse hasta sus mínimas potencialidades, discernir acerca de este componente espiritual es un elemento decisivo.

Un estricto economicismo es algo que plantea el problema a medias verdades. Lo reduce en su perspectiva y por lo tanto abre camino para desviaciones graves, como ha sido la experiencia histórica de las revoluciones socialistas a lo largo de todo este siglo.

Desde Santo Tomás de Aquino, hasta nuestros días, difícilmente haya nadie que no acepte como una verdad el hecho de que una gran escasez de tipo material puede llevar a los hombres a tales niveles de indignidad y miseria que toda expresión espiritual sea imposible. Más no sea desde el solo punto de vista de la preocupación obsesiva por sobrevivir, sin considerar las enormes e irreparables taras que la miseria puede ocasionar en el organismo humano hasta el límite de cercenar facultades fundamentales del espíritu como es la inteligencia, la voluntad y la necesaria perspectiva para juzgar los hechos y las situaciones.

Un cierto nivel de holgura material es la condición fundamental para que se desarrolle la potencialidad de la persona. Pero, ciertamente, no asegura por su sola presencia, que realmente germina la dimensión personal del ser humano hasta hacer de él un hombre propiamente tal.

Por eso, el subdesarrollo y la miseria deben ser combatidos como un paso fundamental hacia la liberación del hombre. Pero siempre manteniendo la conciencia de que es sólo el primer paso hacia formas superiores de vida personal y comunitaria.

Apuntan equivocadamente, entonces, quienes creen encontrar signos progresistas en la superación de los factores de escasez económica, sin preguntarse si ellos han sido, realmente, el elemento necesario para que los hombres alcancen una mayor dignidad o si se han limitado a un economicismo, al cual han terminado por sacrificar todos los demás valores.

El debate sobre el socialismo contemporáneo, pasa por el medio de esa situación. Si el progreso se mide por el número de toneladas de acero producidas, o por el número de divisiones militares sobre las armas, o sobre el número de satélites artificiales que surcan el espacio, ciertamente que la revolución rusa podría ser considerada como un gran paso hacia adelante. Pero si éste se mide, además, por el desarrollo de nuevas y más humanas formas de convivencia, de creación intelectual, de liberación de las energías espirituales de un pueblo por la solidaridad y no por la coacción, la respuesta tiene que ser mucho más matizada si no claramente negativa.

La presencia de los estados totalitarios modernos no puede ser considerada, de ningún modo, como un elemento de progreso en la historia de liberación del hombre. Y quienes se sientan tentados a justificarlas con simpatía, en base a los logros materiales alcanzados, no hacen sino mutilar al ser humano reduciéndolo a una mera dimensión economicista.

Es ese el típico error derivado de aceptar como positivo toda forma de cambio, sin detenerse en la pregunta de ¿cambios para qué?

2.—Progreso y libertad: La existencia del espíritu presupone como condición "sine qua non" la existencia de la libertad.

La Historia de la salvación del hombre es la historia de su libertad. Dotado de libre albedrío, tiene siempre la posibilidad de optar entre el bien y el mal, entre Dios y la nada. La Historia humana, según Teilhard de Chardin no es más que la historia del desarrollo de esta libertad a lo largo de los tiempos.

Mirado de esa manera, no puede concebirse

ninguna forma de progreso que no vaya acompañada de un desarrollo creciente de la libertad del hombre. Mayor libertad frente a su dependencia ante la naturaleza; mayor libertad para comprender su propio destino y avanzar responsablemente hacia él; mayor libertad para crear y expresar su creación en todos los campos del quehacer humano.

Siendo la libertad algo consustancial a la dignidad espiritual del hombre, hasta el límite de que Dios la respetó en la propia crucifixión y muerte de Jesucristo, no se puede prescindir de su existencia en ningún debate sobre la construcción de la historia y los cambios necesarios para alcanzarla.

Puede decirse que la libertad es la llave real del proceso del hombre. Es el límite que marca el proceso del retroceso. Desde el eterno estreñimiento del hombre por la naturaleza hasta la liberación máxima de todas sus potencialidades intelectuales y morales, la autonomía creciente frente a las dependencias externas de la materia van marcando la línea del progreso.

Difícilmente puede concebirse ninguna forma de progreso sin libertad. Pero tampoco puede concebirse la libertad como un simple principio abstracto que existe por sí mismo y que no tiene relación alguna con las condiciones externas que le son necesarias para su florecimiento.

Mucho se ha hablado de la libertad formal, entendida, simplemente, como la posibilidad de ejercer ciertos derechos abstractos que, en definitiva, no alteran las situaciones reales de dependencia en que viven los seres humanos. Es de alguna forma la reivindicación de lo concreto frente a lo abstracto en los juicios sociales. O dicho de otra manera, la reivindicación de la realidad frente a las apariencias, como criterio concreto de determinación de los procesos y las situaciones que van configurando la existencia vital de los seres humanos o de los grupos sociales.

La libertad es de alguna medida fundamental la resultante de procesos que van destruyendo la dependencia exterior e interior de los hombres y les van facultando una autonomía real para el desarrollo de sus potencialidades y vocaciones.

Desde los pensadores escolásticos es un hecho reconocido y aceptado por la filosofía mundial que la libertad no puede limitarse a un mero enunciado de derechos abstractos, si las circunstancias que rodean a las personas, en la práctica, hacen imposible su ejercicio.

Nada se saca con hablar de libertad al margen del contexto social en que se da prácticamente para los hombres de cada época. Ciertamente la libertad de un hombre formado y nacido en la civilización industrial es mayor que la de un hom-

bre nacido en las selvas africanas o de la América Latina. Y, por cierto, muy superior a sus iguales de otras épocas pasadas, aún en la historia de esos mismos pueblos.

Por eso, quienes reivindican la libertad real contra la libertad formal, están en la razón. Siempre que ello vaya acompañado del deseo de perfeccionar la libertad hacia niveles más concretos de existencia y no disminuir el valor de la libertad formal para justificar otras formas de opresión.

Es éste un debate especialmente significativo con los sectores totalitarios del mundo moderno. So pretexto de crear condiciones materiales adecuadas a una más plena liberación del hombre, quienes defienden los modernos sistemas del socialismo totalitario tratan de disminuir la importancia de ciertas libertades espirituales, que en la práctica constituyen el único corolario posible de un proceso de liberación.

Ciertamente que la libertad presupone ciertas exigencias previas para que tenga una presencia real. Pero de ningún modo las condiciones materiales necesarias son en sí mismas la libertad. Ellas pueden existir, conjuntamente, con los más oprobiosos sistemas de opresión intelectual y moral.

En otras palabras es un hecho evidente que la libertad real no existe sin que previamente existan ciertas condiciones materiales mínimas que hagan real la posibilidad de ejercer una autonomía suficiente de los grupos y las personas. Pero la libertad, jamás se agotará en esas condiciones materiales previas. Su esencia trasciende de lejos esa posibilidad material hasta llevarla al ámbito del espíritu y de las más nobles potencialidades intelectuales y morales de los seres humanos.

Mirado en esta perspectiva, resulta que existe una relación dinámica entre progreso y libertad. Sin progreso, las condiciones objetivas para el ejercicio de la libertad no avanzan en una línea de desarrollo y perfeccionamiento. Pero, simultáneamente, sólo puede considerarse como un progreso aquellos avances y transformaciones de la sociedad que vayan destinadas a perfeccionar la potencialidad liberadora de cada hombre.

En otras palabras, mientras más acelerado sea el proceso de desarrollo y evolución de una sociedad, mayores serán las posibilidades del surgimiento y perfeccionamiento de la libertad. Pero, por eso mismo, dichos cambios sociales sólo pueden ser considerados con progreso, en la medida en que vayan destinados a promover las condiciones para un más perfeccionado ejercicio de ésta.

Todo cambio, orientado hacia una disminución de la libertad real de los hombres constituye un retroceso en la evolución humana. Representa la creación de un obstáculo que entorpece el senti-

do profundo del devenir histórico y presupondrá, más adelante, nuevos esfuerzos para lograr su superación.

Como resumen cabría señalar que la libertad es el Norte de todo progreso auténtico pero, que simultáneamente, es imposible concebir cualquier forma de ella si, conjuntamente, no se hace extensible a todos los seres humanos las posibilidades que abre el progreso de su época.

Es ése el gran desafío de los libertarios en la hora de la civilización contemporánea. Su prueba de fuego está en entender, más allá de las sutilezas abstractas, que la libertad es algo concreto para la inmensa mayoría de los seres humanos.

3.—Libertad Real y Libertad Formal: de alguna forma este punto ha sido tratado en el punto anterior, pero él es de tal forma fundamental que merece algunas consideraciones adicionales.

Se dice con frecuencia —y está dentro del rosario de slogans de quienes se creen izquierdistas— que la libertad democrática de las sociedades occidentales es simplemente una libertad formal.

En cambio, se afirma que la libertad existente en los países llamados socialistas es una libertad real. De esa manera la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Cuba y China serían los verdaderos países libres de este mundo. Simplemente, porque han sido capaces de eliminar las libertades formales que favorecen a algunos pocos y se han creado aquellas libertades reales que forman parte de la verdadera liberación del hombre.

Esa afirmación forma parte del deseo deliberado de confundir las condiciones materiales necesarias a la libertad con la libertad en sí misma. Porque en definitiva se pretende afirmar que las libertades reinantes en el occidente, son solo formales porque inciden en el sufragio universal que no afecta los verdaderos centros de poder de dichas sociedades. Igualmente la libertad de expresión es considerada una quimera en la medida en que los grandes centros de poder informativo forman parte del patrimonio de muy pocas personas y responden a los intereses de los grupos dominantes.

Al respecto es evidente la necesidad de reconocer las limitaciones que la libertad sufre en todo instante de la civilización. Nadie podrá negar que ella está determinada en las sociedades capitalistas por una serie de factores materiales que no hacen una realidad la igualdad de derechos de todos los ciudadanos.

Pero, igualmente, dentro de la relatividad de que hablamos, nadie podría dejar de reconocer que esos niveles de libertad representan pasos importantes en la posibilidad de expresión de los

diferentes sectores sociales que compiten con los beneficios y el poder en una sociedad determinada.

Por lo demás, son los propios marxistas totalitarios, los que en sus planteamientos políticos concretos se ven obligados a reconocer los límites de posiciones tan absolutas. La experiencia chilena, contrastada con la de otros Gobiernos de Facto del continente, los ha ido obligando a reconocer, prácticamente, que las libertades formales representan un patrimonio importante de los pueblos en su lucha por la liberación.

De esa manera, y desde el momento en que se distinguen las posibilidades existentes en Chile, Inglaterra, Estados Unidos, de las de Haití, Santo Domingo, Nicaragua y Brasil, se está reconociendo que las libertades llamadas formales tienen un significado práctico que no calza con los postulados de la lucha de clases y del Estado como factor de dominación y opresión de una clase sobre otra.

Ahora bien, la experiencia de los países llamados socialistas tampoco ayuda a resolver el problema a favor de las tesis totalitarias. En la medida en que la supuesta liberación de las "fuerzas productivas" no ha traído consigo, una igual aceleración del proceso de libertad individual y colectiva no se puede concluir de que las afirmaciones a favor de la "libertad real" respondan, concretamente, a las ansias de libertad de los seres humanos concretos que viven en dichas sociedades.

Después de 50 años de revolución socialista, cabría haber esperado que las condiciones materiales capaces de hacer fructificar "verdaderamente" la libertad hubieran ya alcanzado un grado importante de desarrollo. Y en consecuencia, que la "libertad formal" hubiera podido comenzar a florecer dentro del ámbito de esos países.

Sin embargo, la realidad muestra que a pesar de los innegables avances materiales y de la supuesta igualación de los ingresos de los sectores sociales aún no ha llegado el momento en que las "libertades reales" dejen paso directo a las "libertades formales".

Es esto una prueba irrefutable de que la verdad de la distinción flaquea desde su misma base teórica.

Mirado desde un punto de vista más empírico cabría decir que las "libertades formales" en la medida en que existan, forman parte de un contexto en que las desigualdades materiales no son de tal manera trágicas como lo pretendería la teoría marxista.

Llevado el raciocinio hasta sus últimas con-

secuencias se puede señalar que el grado extremo de la dependencia lo constituye, aquel hombre cuya vida depende de la voluntad arbitraria de otro, que tiene en sus manos apretar el gatillo asesino sin que la víctima tenga posibilidad alguna de defenderse. Pero, desde el momento en que existe un conflicto, cabe estar seguro de que las fuerzas en pugna disponen de un mínimo de autonomía, las unas respecto a las otras, como para que haya existido la posibilidad de enfrentamiento.

Es así, como por mucho que se sostenga que en las sociedades capitalistas o neocapitalistas, la libertad es una ficción que no responde a la realidad, en el fondo se está ignorando el hecho de que existen grupos antagónicos con capacidad de expresión y negociación. Porque en la medida en que ellos no existieran, no cabría esperar medios de información respondiendo a diversas concepciones, grupos económicos en disputa por sus intereses, grupos políticos en lucha por el control mayoritario del poder.

Cuando Kruschew sostiene que prefiere la victoria de Johnson a la de Goldwater, está afirmando su reconocimiento de que ambos no son lo mismo y, que en consecuencia en la sociedad capitalista de los Estados Unidos se está dando un conflicto de poderes en que no todo está determinado por fuerzas superiores irresistibles.

Aún las tesis de C. Wright Mills acerca de "La Elite del Poder" cae en el error de no distinguir entre las diversas categorías de grupos a los cuales responden los sectores de poder de su propio país.

Porque no es lícito confundir la desigualdad relativa del poder con el monopolio del poder en manos de grupos homogéneos.

La Unidad Popular en Chile, con su triunfo electoral, ha tenido que reconocer la falsedad de sus supuestos teóricos. Y aún la tesis táctica de que "la burguesía se dividió" entre dos candidatos, presupuso un posterior reconocimiento de que la postulación demócratacristiana de Radomiro Tomić representó un movimiento de izquierda con vasto arrastre en las filas del pueblo organizado.

En la práctica sólo donde el conflicto no se produce bajo ningún aspecto se puede sostener que la libertad es formal. Y eso ocurre sólo en las sociedades monolíticas del socialismo totalitario.

Desde el momento en que el conflicto existe y que existe la confrontación de ideas, sólo cabe reconocer que se está ante formas reales de libertad aun cuando ellas sean susceptibles de perfeccionar y de profundizar.

Es por eso que la historia de los pueblos las "libertades reales" no pueden jamás ser desestimadas en áreas de otras posibilidades más perfectas, pero en un plazo diferido.

De lo que se trata es de perfeccionarlas cada vez más hasta hacerlas extensivas a la totalidad del cuerpo social. Por eso el sustrato material necesario para que la libertad floresca debe ser continuamente promovido para ir abriendo la perspectiva liberadora de la totalidad del pueblo.

Pero jamás es posible aceptar, que dichas "libertades formales" sean sacrificadas en aras de un presunto porvenir paradisiaco. Ello por la sola razón de que las libertades son siempre conquistas de los pueblos a lo largo de sus luchas en la historia.

Jamás será, entonces, aceptable que a una nación que ha conquistado un determinado nivel de libertad, ésta le sea burlada en aras de un mejoramiento de sus condiciones materiales de vida. Por la sola razón de que desde el momento que las alcanzó disponía ya del nivel material de subsistencia, necesario para que ellas florecieran y fueran impuestas a los intereses oligárquicos en boya.

Para resumir, cabría decir que jamás podrá existir un conflicto real entre libertad formal y libertad real. Por la sola razón de que las llamadas libertades formales, siempre responderán a un nivel determinado de sustentación material, intelectual y moral que las hicieron posibles. En consecuencia ellas son el punto de partida mínimo a partir del cual se debe comenzar a construir niveles superiores de libertad individual y colectiva.

Es además necesario señalar que la experiencia histórica ha demostrado que quienes pretenden minimizar las llamadas libertades formales, han terminado, siempre, construyendo sociedades de tal manera opresivas, que el desarrollo de las condiciones materiales ha servido sólo para producir situaciones de opresión como no se conocían antes en la historia humana.

Es por ello necesario que los pueblos sepan distinguir sus propias realidades vitales y existenciales por sobre todas las formas idealistas de nominalismo, por medio de las cuales pueden llegar a confundir deficiencias de grado con carencias absolutas, que sus propias perfecciones se desmienten en cada oportunidad.

Como supremo argumento cabría preguntarle a todos aquellos intelectuales llamados de izquierda que dentro de su rebeldía contra "las libertades formales" que para ellos no son más que formas disfrazadas de opresión, por qué eligen sus lugares de residencias en el mundo capitalista de ocidente y no en el mundo "liberado" del socialismo.

La respuesta es, que más allá de todas sus adquisiciones teóricas, la vivencia práctica de aquellas "libertades formales" le son más fructíferas a su creación que las "libertades reales" de fuerzas productivas liberadas pero cuyo corolario son la censura y los comisarios del pueblo para la cultura.

Tal vez en esta materia, los ratiocinios lógicos no logran primar sobre las constataciones que cada hombre hace en el fondo de su conciencia. Aún aquellos chilenos que por muy marxistas que sean, se sienten difinitivamente partidarios de las libertades formales de la democracia burguesa de su país, ante las libertades formales de algunas dictaduras de derecha.

4.—Libertad y Solidaridad: La libertad no tiene como único elemento limitante, la situación material y cultural en que se desenvuelven los hombres históricos. Tiene además una exigencia de compatibilización con formas superiores del espíritu como es la comprensión, entre todos los hombres, de una auténtica fraternidad.

La libertad concebida como capacidad de cada individuo para desarrollar al máximo sus potencialidades creativas y espirituales, no es un derecho irrestricto que no lleve involucrados numerosos deberes.

El primero de dichos deberes y, por lo demás, condición objetiva de su existencia, es comprender que la vida de ninguna persona individual puede darse al margen del destino colectivo de sus demás semejantes. Nadie jamás ha estado en condiciones de crearse una auténtica libertad individual por sobre la miseria y la opresión de todos sus semejantes. Los que lo han intentado han terminado siendo prisioneros de su propia indignidad.

Desde un punto de vista moral y desde un punto de vista, estrictamente, operacional, la libertad debe ser compatibilizada con la solidaridad si se la quiere construir sobre bases sólidas y humanas.

Ello implica una autorregulación de las libertades individuales, destinadas a hacer posible al ejercicio de las libertades de los demás. Sobre la base de ese principio ha surgido el derecho y los estados que se rinden por normas válidas y obligatorias para todos sus miembros, por igual.

Esta afirmación es, sin duda, de valor universal en el tiempo. Pero lo es, de manera especialmente práctica, en las modernas sociedades industriales donde el llamado proceso de socialización ha creado formas de gran interdependencia entre las personas, los grupos y las naciones.

La solidaridad, comienza a ser cada vez menos, una exigencia estrictamente moral para conver-

tirse en una exigencia instrumental para el buen funcionamiento de las colectividades.

La anarquía, el individualismo, el egoísmo práctico van siendo, cada vez más, elementos de tal manera disfuncionales en las sociedades modernas que quieren no los rechazan desde un punto de vista ético, sí se ven obligados a rechazarlos desde la urgencia de un empiricismo operacional.

No se trata entonces, de ignorar tampoco, que cuando se habla de libertad se está recurriendo al expediente liberal más extremo de considerarla un derecho sin cortapisas. Se debe aclarar el punto ya que ese es otro de los aparentes talones de Aquiles por los cuales los totalitarios comienzan a convertir las libertades en simples nominalismos retóricos.

Podría decirse que la más auténtica y profunda forma de libertad es aquella que se ejerce en la creación solidaria de situaciones comunes. Es allí donde desde un punto de vista formal y moral, la libertad alcanza su mayor grandeza.

Pero tampoco se pueden confundir ambos términos. La libertad puede presuponer —por lo mismo que es libertad— la posibilidad de que muchos hombres realicen de ella un uso éticamente equivocado. De esa manera algunas formas de ejercicio de la libertad estarían contraviniendo las condiciones de una auténtica solidaridad. Es ese otro de los argumentos que utilizan los totalitarios para ir descubriendo la posibilidad de imponer una sola actitud, considerada como socialmente justa y compatible con el bien común.

Sin embargo, aún así no logran llegar al meollo del problema. Porque, en definitiva, en la misma medida en que existen múltiples maneras de entender el bien común y muchos enfoques morales e ideológicos posibles, la solidaridad tampoco se construye mediante la imposición de las ideas de unos sobre los otros. Menos, mediante el uso de la fuerza bruta.

Cuando existe de hecho un pluralismo ético e ideológico, el problema de compatibilizar la libertad con la solidaridad sólo puede ser resuelto mediante la creación de un consenso colectivo, basado en un punto de acuerdo mínimo entre las distintas familias espirituales; entre las mayorías y las minorías.

Sólo así la solidaridad será una actitud propiamente humana y no una respuesta mecánica a un estímulo ciego de la fuerza de quienes detentan el poder. Sólo así, las limitaciones y las sanciones impuestas en nombre del interés colectivo pueden tener el carácter de punto de partida hacia formas más perfectas de libertad y de solidaridad real.

Sólo la creación de un consenso democrático

sobre las obligaciones mínimas de cada persona hacia sus semejantes, es posible ir avanzando hacia la creación de un mundo más humano y abierto a la potencialidad de una mayor fraternidad.

5.—**En torno a la creación de la Nueva Sociedad:** el mundo está dando a luz una nueva civilización cuyos rasgos principales recién comienzan a vislumbrarse. La socialización —entendida siempre como el aumento de la interdependencia social entre personas y grupos—, la tecnificación, y lo que podríamos llamar la cibernización del mundo moderno plantean interrogantes desconocidas hasta ahora.

La nueva civilización y, por ende, las nuevas sociedades que de ella surgirán no son un proceso susceptible de ser aceptado o rechazado. Ella es una realidad inevitable desde el punto de vista histórico. Evadirse de ella será sólo al precio de marginarse del proceso colectivo de la Historia.

Entonces la discusión acerca de la nueva sociedad no es simplemente un debate entre académicos idealistas, o entre revolucionarios profesionales. Es una exigencia imperiosa de la inteligencia humana que se ve enfrentada a definir las reglas normales e institucionales de acuerdo a las cuales se habrá de ir plasmando el porvenir, desde hoy mismo.

Por esto, el tema del cambio social, como veíamos va perdiendo interés ante el tema del tipo de cambio de que se trata y de los objetivos que este debe perseguir. El cambio es inevitable. Aceleradamente inevitable. Sin embargo no es inevitable al tipo de sociedad que de este proceso vaya a surgir.

Para muchos la nueva sociedad será de tipo socialista. Constatando al fenómeno de la socialización creciente y de la dimensión cada vez más gigantesca de la humanidad viva, llegan a la conclusión de que el socialismo es inevitable. De que su realización está en la línea de los tiempos.

No estamos en desacuerdo con el concepto esencial, sin embargo, no quisiéramos adherirnos a un equívoco más, acerca de lo que se entiende realmente por socialismo.

Pareciera ser un hecho comúnmente aceptado que fue el despertar del conocimiento del hombre sobre sí mismo el que fue haciendo de la libertad un valor motriz, de tal fuerza, que en un momento la democracia, como expresión de esa dignidad connatural de los hombres, se hizo inevitable. Con sus avances y retrocesos entre los absolutismos y totalitarismos de los últimos dos siglos, ella ha ido progresando en la conciencia de los hombres hacerse un valor esencial, aun en aquellas sociedades en las cuales su ausencia hace irrespirable el aire moral.

Ninguna razón habría para no pensar que la toma de conciencia de la dimensión de la humanidad, tanto cuantitativa como cualitativamente, no vaya a hacer de las formas comunitarias y solidarias un valor irrenunciable, que haga imposible toda forma de individualismo.

Como veíamos anteriormente, la solidaridad llegará a convertirse en un elemento esencial de la eficacia de los sistemas sociales. De ahí que los egoísmos individuales o de grupo irán resultando cada vez más insoportables a una civilización cuyas dimensiones exigirán una inteligencia lúcida y una voluntad clara en la conducción de los procesos históricos.

Es explicable entonces que muchos piensen en la inevitabilidad del socialismo como expresión del futuro. Desgraciadamente, su análisis responde generalmente a una visión mesiánica y escatológica del proletariado como agente de los cambios, en una civilización donde todo pareciera indicar que los centros de poder, de influencia y de creatividad se orientan en otras direcciones.

Y al confundir el avènement de una nueva forma de civilización, de carácter mucho más socializado, con las predicciones pseudo científicas del marxismo-leninismo, se está deformando el verdadero debate sobre las características que, una sociedad de esa naturaleza, deberá mantener para que responda realmente a las exigencias del humanismo. En otras palabras para que la nueva civilización sea un progreso y no un retroceso.

Hemos visto que la mera acumulación de bienes materiales a disposición de los hombres es una forma de economicismo que de manera alguna resuelve los problemas de fondo del desarrollo y el perfeccionamiento humano. Hemos visto también que no todo cambio es un auténtico progreso, sino aquel que lleva al desarrollo de una libertad más perfeccionada y a grados más elevados de solidaridad.

Entonces se hace necesario delinear algunas de las características principales del espíritu que deberá animar dicha nueva sociedad y así ir señalando de que por mucho que ésta pueda caber dentro de la difamación genérica de socialismo, sus características deberán responder a valores y no a palabras ambiguas.

Al respecto, los Obispos chilenos hicieron un aporte de importancia al debate, al hablar de socialismo, en vez de referirse al socialismo como a una realidad unívoca, clara y precisa que no necesita de mayores precisiones para su aceptación universal.

En primer lugar, cabe señalar que las nuevas sociedades deberán tratar como su más importan-

te problema el de la adaptación de los seres humanos a estas nuevas dimensiones ecológicas, democráticas, psíquicas y burocráticas. El cambio de dimensión del universo humano tradicional está demostrando ya, en las sociedades más avanzadas industrialmente, la desadaptación que se produce en los seres humanos que se ven despersonalizados, manejados por fuerzas ocultas que están fuera del control del común de los mortales, masificados por estructuras administrativas y operacionales gigantescas, manipulado por miles de circuitos de comunicación, de transmisión de valores y de consumo que van haciendo del hombre una simple pieza de un inmenso engranaje impersonal. En algunos casos hasta anti-personal.

Y simultáneamente con este desarrollo dimensional de la sociedad moderna va surgiendo, con creciente lucidez, la capacidad crítica de inteligencias, adiestradas en la ciencia, la técnica, las bellas artes y los valores trascendentes.

Es decir, por una parte, el hombre crece en su propia lucidez espiritual en la misma medida en que se hunde dentro de sistemas sociales cada vez más complejos, difíciles de aprehender y manejar.

Esta tendencia inevitable, si se quiere mantener el ritmo de desarrollo de la civilización industrial, exige entonces, como contraparte, una organización del poder político, económico y social que resuelva dos problemas claves de la adaptación humana: el sentido de la pertenencia y el sentido de la participación.

Es decir, las nuevas estructuras sociales debieran lograr que el hombre se sienta parte integrante y por lo tanto personalizada, de estructuras en las cuales él es un ser humano que cuenta y no una ficha IBM, o un número de orden. Sólo ese sentido de pertenencia es capaz de resolver el problema de la angustia y la soledad del hombre contemporáneo, frente a la impersonalización del mundo en que vive.

Pero, además, esas nuevas estructuras tienen que permitir el surgimiento de una democracia de tal manera real en sus bases, que las personas se sientan formando parte de mecanismos que están bajo su poder real y que son, en consecuencia, simples mecanismos destinados a promover el bienestar general e individual.

Mientras más desarrollada sea la conciencia crítica de un pueblo, por la vía de su formación cultural sistemática, mucho más penosa será la convicción de que se es simplemente un instrumento en manos invisibles y todopoderosas.

De ahí que la democracia y los mecanismos de participación que la hagan real, será progresiva-

mente una fuerza creciente de las colectividades en su lucha contra las oligarquías que detienen al poder.

Mirada desde este punto de vista, la vida política tendrá que ser, cada vez más, la expresión de una democracia orgánica, con canales de participación claros, con mecanismos de control eficientes, con instrumentos de sanción reales.

Desde un punto de vista económico, la constitución de comunidades de trabajo y la tendencia hacia la auto-gestión del colectivo de trabajadores (Incluyen obreros —cada vez más especializados con el correr del tiempo—, técnicos, cuadros técnicos superiores, investigadores y cuadros administrativos y gerenciales) será cada vez más inevitable. Será ella la única forma de compatibilizar la estructura productiva con la necesidad de pertenencia y la exigencia de participación.

Desde un punto de vista social será la constitución de comunidades territoriales y funcionales, donde se logre mantener un mínimo de relación personal entre las personas que la componen.

En otras palabras, el inevitable advenimiento de una nueva civilización y de las nuevas formas de sociedad que de ella surgirán, representa el desafío de ir orientando el cambio social hacia el punto de encuentro de los nuevos problemas, de manera que sea una respuesta creadora a la realidad y una prevención eficiente de los enormes riesgos que el porvenir abre como interrogantes.

Estaremos, dentro de sólo algunas décadas viendo sociedades realmente socializadas. Donde el individualismo, el egoísmo acérrimo y la competencia desenfadada entre personas, grupos y naciones tenderán a desaparecer.

Se trata de que en este mundo socializado siga siendo posible la sobrevivencia de la persona humana con el reconocimiento institucional a su dignidad espiritual, a su trascendencia hacia el infinito y hacia las exigencias de su naturaleza para desarrollar sus talentos y sus potencialidades.

En resumen se trata de hacer de las nuevas sociedades, verdaderas pirámides de comunidades de hombres libres, que vayan asegurando, en cada nivel, en cada actividad, el sentido de la pertenencia del hombre a su grupo y una efectiva participación en los mecanismos de decisión que afectan su destino, el de los suyos y el de su colectividad general.

En otras palabras, se trata de perfilar una sociedad comunitaria donde el hombre y su dignidad espiritual se integre perfectamente a una sociedad altamente socializada.

6.—Ambivalencia de la Historia: Jacques Maritain, en su Filosofía de la Historia, afirma su

convicción de que la historia humana es ambivalente desde el punto de vista moral. Coexisten en ella el bien y el mal, sin que sea posible discernir formas absolutas de uno u otro polo. Ni siquiera la historia de la Iglesia Católica, Cuerpo Místico de Cristo, está liberada de esta ambivalencia.

Los obispos de la Iglesia Católica Chilena, en su reciente documento de trabajo sobre el Evangelio, la política y los socialismos, también reafirman esta verdad consustancial a la antropología cristiana. Ni en el corazón del hombre, ni en el seno de las estructuras sociales que este crea, es posible encontrar el bien en forma pura. Siempre él estará ligado a formas del mal, que lo harán imperfecto.

Por otra parte para los cristianos, la única perfección posible llegará en el instante de la Parusía. Es decir, de la aparición del Hijo de Dios en la tierra, para poner fin a los tiempos.

Es sólo en ese punto Omega de la Historia, donde se consuman los tiempos, que acabarán la ambivalencia del bien y del mal en la historia humana.

Por lo tanto, todos los esfuerzos previos del proceso de desarrollo de la humanidad, están destinados sólo a la creación de aquellas condiciones espirituales y estructurales que vayan haciendo posible la afloración de la conciencia del bien en el alma individual y colectiva de los hombres.

Por eso, para los cristianos no hay utopías. Ni tampoco ilusiones acerca de una realidad, que se sabe, sólo será perfecta al final de la historia.

La filosofía cristiana de la historia y su concepción de la naturaleza humana están ligadas a un cierto realismo cargado de esperanza, pero de un pesimismo empírico sobre la capacidad de los hombres de mantener su fidelidad a la verdad y al bien, tal como ellos son expresados en el mandato evangélico.

Por eso que no cabe asumir la posibilidad de que en una opción temporal se encierren todas las posibilidades de liberación real de la persona humana, ni mucho menos toda la verdad trascendente de un humanismo espiritualista. Las deificaciones de los sistemas históricos no son más que la expresión de una grave ignorancia acerca de la verdadera naturaleza humana y de la presencia de elementos positivos y negativos en el desarrollo de sus potencialidades individuales y colectivas.

De ahí que cuando se postula la existencia futura de una sociedad comunitaria que sea una respuesta adecuada a una civilización socializada, no se está pretendiendo diseñar la perfección del Reino de Dios sobre la tierra. Sólo se está afir-

mando la necesidad de dar determinados pasos para acercar la posibilidad de una auténtica personalización y liberación del hombre.

Aun cuando se llegue a las formas más perfeccionadas de estructuras sociales —desde un punto de vista teórico— nunca se habrá conseguido la justicia y la igualdad perfecta mientras estemos en la historia. De ahí la importancia de una honesta claridad en señalar que, cuando se postula una sociedad comunitaria, se está postulando sólo una respuesta adecuada a lo que parecen ser los desafíos más urgentes y dramáticos de los próximos tiempos. Pero no se está postulando el fin de los problemas y de las contradicciones intrínsecas al alma y a las obras de los seres humanos.

Sólo se está definiendo una opción que es la

más permeable a una auténtica realización de la libertad y la solidaridad dentro de los condicionantes de la época que vivimos y del nivel de conciencia que los hombres han alcanzado en ella.

En todo caso, todo indica que esta opción es aquella que mejor recoge las exigencias presentes de la libertad y de la solidaridad en la construcción del presente y en la formulación de las bases del futuro.

De ahí que pueda afirmarse que dentro de la inevitable tendencia hacia una socialización cada vez más intensa, el comunitarismo sea el camino más eficaz para compatibilizar la eficiencia práctica con las exigencias del despertar de la conciencia y la liberación de las potencialidades individuales y colectivas del género humano, a la vera del siglo XXI.

RODOLFO TORRES DIAZ

Lo conocí por los años 1925, cuando era un muchacho que estudiaba medicina. Eran los tiempos de la Cátedra de Edo. Cruz Coke. Muchos jóvenes de esa época ya no están con nosotros. Formaron, como Torres, entre los primeros que entregaron sus actividades a la lucha social. Ya no están, del mismo grupo: Roberto Marambio Rojo, Manuel Meza González, Raúl Ravanal Márquez de la Plata, Dr. Elías Herane, Carlos Contre-ras y muchos otros.

Rodolfo Torres dedicó su juventud con apasionamiento y desinterés, a las nuevas ideas sociales inspiradas en el Evangelio. La Parroquia Andacollo, foco de actividad social, bajo la dirección de Pbro. Oscar de la Fuente y de su Párroco Pbro. Ladislao Godoy, acogió por años, las ilusiones y esperanzas, en el terreno social del grupo de muchachos, amigos y camaradas. Participó en el Grupo de Estudios "Miguel Claro". Posteriormente ingresó al Grupo "Gérmen", donde por largos años compartió las tareas de estudio y difusión. Fundó el Grupo Social de Estudio y Acción "Ulterius". También actuó como socio y ejecutante en la recordada Sociedad de Canto Coral "Bach".

Todas las grandes manifestaciones de actividad de los hombres de sus ideas, lo encontraron de pie, como centinela de un amanecer de mayor justicia. Cristalizadas las ideas sociales cristianas, en la Falange, estuvo entre los primeros y el Partido Demócrata Cristiano lo contó entre sus asambleístas y dirigentes Comunales más esforzados y activos. El Gobierno del Presidente Frei haciendo justicia a su acendrada militancia, lo nombró Gobernador de Puente Alto. Su ausencia nos ha entristecido con esa resignación producto de haber vivido muchos años y sobre-llevado ya la partida de tantos amigos y compañeros de lucha.

B. R. A.

La autogestión de la empresa económica desde el punto de vista Democratacristiano

JAIME CORTEZO (*)

En la reunión del mes de mayo del Consejo de la Democracia Cristiana de Chile se aprobó, por mayoría abrumadora, el luchar "por una sociedad socialista comunitaria, democrática, popular y pluralista, inspirada en los valores permanentes del cristianismo, y que **no acepta el socialismo estatista** (1). Con ello no hace más que reafirmar, en la lucha política post-electoral lo que tenía sancionado en el programa presidencial de Radomiro Tomic, en el que —junto con empresas a ser nacionalizadas— se patrocinaban otras de trabajadores en las que éstos tendrían la total propiedad de las mismas, así como su poder de decisión y gestión (procediendo la financiación de un Fondo que se crearía con los beneficios de las industrias nacionalizadas, ahorros forzosos, consignaciones en los presupuestos estatales, etc.). Es decir, que se postulaba la **AUTOGESTION** en el programa electoral de la Democracia Cristiana Chilena.

El anterior enfoque chileno se entronca con la Resolución del IV Congreso de la Juventud Demócrata Cristiana de América Latina, celebrado en agosto de 1970, en la que preconizaban tres clases de empresas: a) **de propiedad estatal**, para los sectores básicos de la economía y servicios fundamentales, b) **de propiedad social** en las que la propiedad, gestión y beneficios pertenecen a la comunidad de trabajadores, y c) **de propiedad personal**, en casos de dimensión artesanal o número reducido de trabajadores. Como se apreciará, en la segunda alternativa se perfila la autogestión.

En la citada Resolución latinoamericana se patrocina un "socialismo comunitario" **no estatista**

y sin dictadura de ningún partido político ni de Gobierno. No obstante, en el preámbulo de la resolución, se sale al paso del confusionismo que puede presentar el vocablo "socialismo", y se considera que el bautizar esta doctrina con la frase de "socialismo comunitario no es la más acertada políticamente". En ello coincide —adelantándose en el tiempo— con la Carta Apostólica de Paulo VI Octogésimo Adveniens, ya que en ésta se alerta a los cristianos ante las "atracciones por las corrientes socialistas" para "considerar el grado de compromiso posible". Se constata que se buscan soluciones con un gran cargamento de "socialización", si bien la tendencia democristiana prefiere que la propiedad de las empresas no sea estatal, sino de los propios trabajadores.

Por considerar que la propiedad y la empresa económica son las dos bases fundamentales sobre las que se asienta el orden económico en la actualidad, haré a continuación algunas reflexiones sobre estas instituciones.

Brevísimas consideraciones cristianas sobre el derecho de propiedad.

Basándose en la tesis de Sto. Tomás —de que es lícito, y aún necesario, para la vida humana el que el hombre tenga propiedad de algunos bienes, pues su uso es necesario, para el ejercicio de la virtud— la Iglesia ha considerado como de Derecho Natural al de la propiedad privada de bienes. Las clases sociales económicamente fuertes han procurado ampliar lo más posible esta tesis, dándole un carácter absoluto para llegar a la conclusión errónea de que **toda** propiedad privada es de Derecho Natural, lo que llevaría a situaciones de abuso de las cosas y de otras

(*) El autor es Presidente del Partido Demócrata Cristiano de España.

(1) ABC del 12 de mayo de 1971.

personas al no poder tener éstas ninguna propiedad por haberle adquirido los otros con anterioridad.

A este respecto no está demás recordar algo de la tan olvidada Patrística, en la que encontramos que: lo superfluo es el bien de otros (San Agustín), que repartiendo lo superfluo con los pobres se realiza una **restitución** (San Basilio) y que cuando el rico da al pobre no hace sino **restituir** (San Ambrosio). En Moral la "restitución" entraña una tenencia ilícita, por eso el acierto de la frase de Mounier del "desorden establecido".

Es este concepto de acceso de "todos" a la propiedad privada de bienes el que preside el ideal de la Iglesia, manifestándose en forma muy concreta en el segundo tercio de este siglo. Así Pío XI afirmaba que "para... entender a las necesidades... de la familia, el Creador destinó (todos los bienes de la creación) a **todo** el género humano" (2), Pío XII instaba a "otorgar una propiedad privada en cuanto sea posible, a **todos**" (3), y Juan XXIII en su *Mater et Magistra* decía que "hay que procurar insistentemente la **efectiva** difusión (de la propiedad privada) entre **todas** las clases sociales". Recogiendo esta doctrina pontificia el Vaticano II sanciona que "**todos** los hombres tienen derecho de poseer una parte de bienes suficientes para sí mismos y para sus familias" (4).

Observando en las anteriores citas que el derecho de propiedad privada sobre los bienes deben de disfrutarlo todos los hombres y que esto no se cumple en nuestra sociedad, hemos de llegar a la conclusión de que el orden jurídico establecido para la adquisición, retención y transmisión de la propiedad no es conforme a los principios teológicos que hemos contemplado y por ello no se puede considerar que tal legislación persiga el bien común, según las prescripciones de la *Gaudium et Spes* (Nº 26). Consecuencia ética de ello es que proceda la modificación de esta legislación, ya que nadie podrá afirmar que tal regulación es de Derecho Natural. Al contrario, el Derecho positivo debe de ajustarse a las circunstancias tópicas y crónicas de cada pueblo. Así León XIII decía que "Dios dejó... a legislación de cada pueblo la delimitación de la propiedad privada" (5), Pío XI afirmaba que "la historia demuestra que la propiedad no es una cosa del todo inmutable" (6) y Pío XII, al referirse a esta materia, recalcó que "la Iglesia... de ningún modo pretende sostener... el presente estado de co-

sas" (7). El Vaticano II recoge también esta necesaria modificación legislativa al afirmar que "las modalidades de este dominio o propiedad son hoy diversas y se diversifican cada vez más" siendo "muy importante favorecer el acceso de **todos**, individuos o comunidades, a algún dominio sobre los bienes externos" (8).

El error fundamental del actual Derecho, en este aspecto, estriba en haber perpetuado el concepto quirritario y napoleónico de la propiedad, extendiéndolo a todas las situaciones y bienes de forma indiscriminada.

Esta protección de Derecho Natural que se confiere a la propiedad de bienes nace de la necesidad que tiene el hombre para conseguir su último fin, de donde ha de ser en cantidad proporcionada para cada individuo y sin que ello dificulte el acceso a la propiedad de los restantes miembros, con objeto de hacerles factible el cumplimiento de este fin escatológico. Es obvio que muchos no tienen nada; pero además es que la concentración de riquezas en pocas manos, no sólo impide el fin trascendente de los otros, sino que dificulta el de él (9). Cuando propugnamos el cambio de estructuras económicas no hemos de olvidar este aspecto de la cantidad de bienes en propiedad de una persona, pues normalmente nos fijamos más bien en la naturaleza de esos bienes. Son ambos criterios —la naturaleza del bien y su cantidad en cada persona— los que hay que conjugar.

Evolución de la empresa.

Algo semejante a lo que ha sucedido con el derecho de propiedad lo observamos en la evolución histórica de la empresa. En un principio, bajo la forma de artesanado había una verdadera intermediación entre el propietario del negocio y las cosas objeto del mismo, y, lo que era más importante, con los trabajadores por él empleados; este concepto artesanal —que se mantiene aún en bastantes casos— parece de acuerdo con los principios morales anteriormente expuestos, sobre todo cuando no sobrepasa determinados límites; pero cuando así sucede, es evidente que no puede continuar rigiéndose por la misma normativa jurídica. Y esto es lo que ha sucedido en el devenir histórico.

El siglo XIX y, en parte, lo que llevamos de éste son en los que se desarrolla toda la legisla-

(2) *Quadragesimo Anno*, 16.

(3) Radiomensaje de 24 de diciembre de 1942.

(4) *Gaudium et Spes*, 69.

(5) *Rerum Novarum*, 7.

(6) *Quadragesimo Anno*, 18.

(7) Radiomensaje de 1 septiembre de 1944.

(8) Tmbas citas corresponden a la *Gaudium et Spes*, 69.

(9) S. Mateo 6,20 y 25, mt. 19,23.

ción burguesa fomentadora del capitalismo. Y en cuanto a su influencia en la empresa, hemos de observar como empeora la situación, pues en el XIX la empresa capitalista se basa en el ahorro, pero avanzado el XX tiene su fundamento, más que en el ahorro, en el crédito y en el control de los financieros. Todo ello, unido a las teorías económicas sobre costos, distribución y productividad, alumbró la gran empresa con un número enorme de trabajadores y la configuración de los mismos como proletarios, los cuales nada tienen que ver en la empresa, salvo su trabajo remunerado con el salario. Los marxistas observan el incremento de las plusvalías y nosotros estimamos que durante mucho tiempo el capital se adjudicó **demasiado a sí mismo**" (10).

Capitalismo.

El hecho de que, después de más de un siglo de capitalismo, siga habiendo pobres es una demostración contundente del fracaso de tal sistema económico-social, ya que la pobreza no es una condición, sino una situación que, como tal, es modificable. De contrario se argumenta que en la sociedad capitalista se puede cambiar de clase social, existiendo casos de hombres que han salido de una condición modesta para alcanzar una categoría social muy elevada. Sin embargo, aquí hay "demagogia de derechas" ya que, si bien es cierto, es aún más cierto que se trata de excepciones y la "exceptio firmat regulam in casibus non exceptis" (según reza el aforismo romano aceptado como principio general de nuestro Derecho). Además la verdadera dificultad para que un hombre salga de la clase trabajadora es la falta de cultura que recibe, y este es otro de los defectos del sistema capitalista, si bien en algunos países va siendo ya superado.

Ante la evolución de las empresas y de su deformación, Don José Calvo Sotelo, en su discurso de apertura del curso 1935-1936 de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, hizo un acertado estudio del capitalismo empresarial distinguiéndole del capitalismo financiero, censurando a éste tan acremente como con las siguientes palabras: "La Banca se incrusta en los negocios, los financia, los dirige, los impulsa, los hipertrofia quizá, a veces los aniquila. Porque la Banca no aporta técnica ni especialización... cierta banca subvierte las categorías y hace esencia de la finanza y accidente de la producción".

Queda agravada toda esta problemática con la concentración del poder bancario, acerca de lo

cual tanto y tan bien se ha escrito en esta Revista (11) que sólo me limitaré a robustecer su tesis con unos argumentos.

Calvo Sotelo —en su discurso ya citado— denunciaba la "tendencia oligárquica que se manifiesta en el seno del Capitalismo". En la misma ocasión manifestó que "Marx predijo la concentración del capital. No acertó. Pero hoy existe concentración. No la que anunciaba Marx, sino una concentración oligárquica de poderes económicos. Su tablero es la sociedad anónima. Su efecto el acaparamiento directo en pocas manos de la alta administración plutocrática... El capitalismo contemporáneo está dominado por el empresario financiero... por eso lo dominan los gestores y directores del crédito: los financieros".

En la doctrina pontificia León XIII asegura que "los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de unos pocos, de tal suerte que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la innumerable multitud de proletarios un yugo casi de esclavos" (12), Pío XI relata que "en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino que también se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son éstos ni dueños siquiera, sino sólo depositarios y administradores que rigen el capital a su voluntad y arbitrio. Su poderío llega a hacerse **despótico como ningún otro**, cuando dueños absolutos del dinero, gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto, diríase que administran la sangre de la que vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad" (13), Pío XII se complace de la humanidad porque "padecéis la pasada herencia de los errores de un régimen económico injusto" (14), y Paulo VI remata la condena del capitalismo considerándolo como un "nefasto sistema" (15).

Participación de los trabajadores en la empresa: Autogestión. Estimo que el error básico del sistema capitalista es que el capital y el trabajo son aportados a la empresa por personas diferentes; de ahí vienen las tensiones, movidas por los egoísmos, que se plasman en última instancia en la lucha de clases; la cual se perfila como consecuencia del régimen capitalista. Marx no creó

(11) José Luis García Delgado y Arturo López Muñoz. Número extraordinario sobre "La Banca". abril 1968.

(12) Rerum Novarum, 2.

(13) Quadragésimo Anno, 39.

(14) Divinis Redemptoris, 50.

(15) Populorum Progressio, 26.

(10) Quadragésimo Anno, 23.

la lucha de clase, se limitó a denunciar lo que ya existía.

Se han concebido varios sistemas para sustituir al capitalismo, tales como: 1) nacionalizaciones de todas o de ciertas empresas; 2) creación de un accionariado obrero, dentro de las actuales empresas; 3) cogestión obrera de las mismas; y 4) cooperativas, fundamentalmente rurales, de consumidores y artesanos, pero no de las empresas comerciales o industriales de tamaño medio y grande.

La nacionalización de las empresas no rompería la relación trabajador-empresario, ya que tal concepto no se perdería por ser éste el Estado. Con ello no se alcanzaría plenamente la completa dignidad humana, supeditación del trabajador que puede agravarse en los regímenes totalitarios, debido a la indefensión sindical. El accionario obrero mantiene una compatibilidad con la empresa capitalista, su progreso es muy lento e incluso no deseado por los trabajadores, dada la minoría en que, de hecho, siempre se encuentran. La cogestión se mantiene también dentro de la misma estructura empresarial y el grado de participación de los trabajadores en la dirección no alcanza una proporción importante.

En cuanto a las cooperativas estimo —siguiendo a la Mater et Magistra— que son muy apropiadas en el campo y en los medios artesanales; pero respecto de la empresa —mediana y grande— debe existir también una cooperación entre los que la integran con decisión y propiedad sobre toda ella, es decir: autogestión de los trabajadores, entendiéndose por tal a los manuales e intelectuales. Esta modificación en la estructura no haría más que dar cumplimiento a la citada encíclica de Juan XXIII cuando nos dice que “la justicia ha de ser respetada... en cuanto a la estructura de las empresas en que se cumple la actividad productora... (dando la) posibilidad de empañar la propia responsabilidad y perfeccionar el propio ser” (16) y al continuar refiriéndose a la “legítima... aspiración (de los obreros) a participar activamente en la vida de la empresa” instando a que “se debe tender a que la empresa venga a ser una comunidad de personas en las relaciones, en las funciones, y en la posición de todos los sujetos de ella”. También el Vaticano II se refiere al “estado funesto de cosas (del mundo moderno) que puede y debe ser corregido; por ello son necesarias muchas reformas en la vida económico-social” (17), después sigue la Constitución matizando la participación en la empresa y

propugna que “se ha de promover la **activa participación de todos en la gestión** de la empresa, según formas que habrán de determinar con acierto” (18). Es decir que dentro de estas formas a determinar, y del espíritu de cuanto dicen los anteriores textos, se presenta como muy idónea la autogestión aludida, con lo que se cumplirían los augurios de socialización de la Mater et Magistra; y estando el capital y el trabajo en las mismas personas se evitarían las tensiones a que he aludido, y a la lucha de clases económicas no tendría fundamento.

Desde distintos enfoques económicos se nos puede argumentar que en la empresa es necesaria la existencia de capital. De acuerdo, pero no son necesarios los capitalistas en su forma actual de accionistas, propietarios, etc., que **no aportan más que su capital**. Para el caso de empresas bajo el sistema de autogestión, puede ser su fuente de financiación semejante al Fondo propugnado en el programa de Tomic, citado al principio de este artículo.

La empresa en régimen de autogestión tendría una estructura y personalidad jurídica semejantes a la de una sociedad anónima, en la que los propietarios de las acciones fuesen los propios trabajadores, a los cuales se les adjudicaría mediante un baremo, en el que se tuviese en cuenta la justicia conmutativa y distributiva, teniendo presente también el tiempo de permanencia en la misma. Se respetarían las transmisiones mortis causa de estos títulos dentro de unos límites en el que se conjugarían el estado civil y la edad de los derecho-habientes.

La administración correspondería a la Junta General de Accionistas (que serían, todos y exclusivamente, los trabajadores de la empresa) y a un Consejo de Administración y gerente designados por aquella, siendo responsables ante la misma del mandato recibido.

El cobro de los beneficios (dividendos) no dificultará el que fuesen recibiendo salarios a cuenta de aquellos, si bien el Estado debería controlar estos ingresos con topes mínimos y máximos que impidiesen empresas ruinosas o acumulaciones de capital excesivas.

La autogestión tiene, entre otras, las siguientes ventajas: 1) se cumple la Justicia y la equidad; 2) se respeta la dignidad humana, desapareciendo la subordinación y la alienación; 3) se mantiene un régimen democrático en la empresa que, al realizar la democracia económica, ayuda a una verdadera democracia política; 4) desaparece la duda sobre plusvalía o excesiva participación del

(16) De acuerdo con la tesis personalista del bien común de Juan XXIII.

(17) Gaudium et Spes, 63.

(18) Gaudium et Spes, 68.

capitalista; 5) desaparecen los conflictos de trabajo (huelgas y lock-out); 6) se mejorará la productividad con su repercusión en el producto nacional; 7) establecido este sistema en toda la nación, esta se convierte en una sociedad sin clases económicas y desaparece la lucha de clases.

Es evidente que al lado de esta propiedad en las empresas, los trabajadores deberán tener un régimen de seguridad social, muy amplio, con objeto de garantizar su efectivo patrimonio. Dentro de esta seguridad social se han de tener más valoradas que en la actualidad a las personas desvalidas o con grandes dificultades para el trabajo en el momento de producirse la causa de tal cobertura (huérfanos, viudas, enfermos crónicos, viejos, etc.). No se ha de mirar sólo a la población activa, la otra merece igual consideración y respeto.

Pero en cualquier caso no se puede propugnar la autogestión para cualquier empresa de forma indiscriminada. La empresa familiar, tanto rural como artesanal, tiene una problemática distinta y por consiguiente debe ser exceptuada de la norma general. Tampoco cabe en el caso de empresa

de inmenso capital con pocos trabajadores (caso de las hidroeléctricas, holdings, etc.), ya que estos tendrían excesivo patrimonio personal; ni tampoco en aquellas empresas en las que los "poderes públicos se pueden resolver legítimamente ciertas categorías de bienes, aquellos que lleven consigo tal preponderancia económica que no se podría dejarlos en manos de particulares sin poner en peligro el bien común" (19), como muy en concreto: la Banca. Aquí habría de compaginar el derecho de propiedad y de gestión de los trabajadores bancarios con unas directrices y control estatales que fuera, de hecho, la nacionalización de la Banca.

Veamos que la autogestión de la empresa se encuadra dentro de las soluciones democristianas. Tanto desde el punto de vista de su filosofía —doctrina pontificia citada— como de su ideario político en países —latinoamericanos— cuyas estructuras económicas y sociales guardan más relación con las nuestras que las que tenemos respecto de los países europeos.

(19) *Quadragesimo Anno*, 45.

Publicaciones del Instituto de Estudios Políticos IDEP

INDIVIDUALISMO
COLECTIVISMO
COMUNITARISMO

por Jaime Castillo E° 8.—

EL HUMANISMO COMUNITARIO FRENTE AL TOTALITARISMO

por Claudio Orrego E° 10.—

EL ARTE Y LA POESIA EN EL PENSAMIENTO DE MARITAIN

por Ismael Bustos E° 10.—

Dirigir los pedidos a IDEP, Rancagua 0795 o al teléfono 498031 de Santiago.
Descuentos especiales para librerías, trabajadores y estudiantes.

Sobre la Autogestión

Comentarios a "Autogestión, Participación y Democracia Socialista"
de F. Hinkelammert y H. Vilella en Mensaje N° 199, junio de 1971

TERESA JEANNERET

Estos comentarios obedecen a la necesidad de disipar algunas ambigüedades en torno a lo que "se" entiende por autogestión. Es posible que un sistema de organización social autogestionado no sea lo que más convenga a un país como Chile, por lo menos por defectos inherentes al sistema pero si hemos de rechazarlo de partida que sea por lo menos por defectos inherentes al sistema y no por interpretaciones más o menos personales acerca de las características fundamentales de la autogestión. La gran mayoría, si no todas las críticas que se oyen en torno a la autogestión proviene de un entendimiento fundamentalmente errado (1) o innecesariamente estrecho de lo que es, ya sea en el plano ideológico, coyuntural o de la evidencia empírica (referida ésta al caso yugoslavo). El resultado trágico de esta desinformación que lleva a un análisis poco objetivo puede ser el de vaciar al niño junto con el agua de la tina. Muy pocos de los críticos han tratado seriamente de ver si hay o no un niño en la tina antes de vaciarla.

Definir un sistema de organización social es tarea bien arriesgada. Algunos como F. Hinkelammert y H. Vilella lo hacen en forma negativa o no lo hacen (2), por ignorancia o porque lo dan implícitamente por superconocido. A riesgo de caer en simplificaciones y de dejar quizás en el tintero algunos elementos importantes nos parece que a la luz de los escritos de los autores más serios que han estudiado el sistema, se podría entender que es un sistema socialista que busca la autogestión tanto en la esfera económica,

como social y política. Socialista, es decir, poder en manos de la clase trabajadora, propiedad social de los medios de producción, carácter prioritario del consumo social (educación, salud, etc...) y planificación. Autogestión es decir, participación y control efectivo de los trabajadores en la formulación y ejecución del plan desde la base a nivel de la comuna y las empresas, participación efectiva de los trabajadores en todos los organismos socio-políticos y gestión de las empresas por los trabajadores organizados dentro de los marcos fijados por la planificación social. Con esto debe quedar muy claro que un sistema autogestionado no sólo es compatible sino que **implica necesariamente** una complementación muy íntima entre la autogestión económica y un aparato planificador directamente formulado y **controlado** por los trabajadores desde la base. ¿Es esto posible? En el plano teórico no se ha demostrado hasta la fecha lo contrario.

En cuanto a la experiencia histórica, el caso Yugoslavo con sus escasos 20 años de existencia pionera (y por ende, de ensayos y errores) no permite rechazar su factibilidad. Por el contrario, a pesar de ciertas deficiencias especialmente en lo que se refiere a ocupación, (3) Yugoslavia ha logrado resultados notorios que superan los obtenidos por cualquier país subdesarrollado capitalista y los de varios otros países socialistas. Además, a pesar de la escasez de información, las formas concretas de organización adoptadas por la experiencia china parecen tender a algo semejante aunque en este caso podría decirse más bien que el control de los trabajadores desde

(1) Véase por ejemplo "Concentración Monopolítica en Chile: Participación del Estado y de los Trabajadores en la Gestión Económica" de O. G. Garretón en Cuadernos de la Realidad Nacional, Marzo 1971. El autor identifica allí sin justificación, al sistema de autogestión con un sistema cooperativo. Sus críticas, correctas en general si se aplican al cooperativismo, nada tienen que ver con la autogestión.

(2) Hinkelammert y Vilella, cuando se refieren al socialismo y la autogestión respectivamente.

(3) Tampoco se ha demostrado que esto se deba a contradicciones fundamentales dentro del sistema que impidan que se tomen las decisiones adecuadas de política. La desocupación en Yugoslavia puede deberse más bien a que hasta hace muy poco no existían elaboraciones teóricas sobre el funcionamiento de una economía de ese tipo que permitieran diseñar los instrumentos adecuados de política.

la base implica necesariamente la autogestión económica.

Tesis fundamental de F. Hinkelammert y H. Villela.

Los articulistas sostienen que cualquier sistema de organización social que coordine la división social del trabajo según un criterio de maximización de las ganancias, encierra fatalmente contradicciones fundamentales que impiden e incluso acentúan el subdesarrollo porque la aplicación de dicho criterio excluye la posibilidad de que se tomen en la sociedad ciertas decisiones imprescindibles para avanzar en la vía del desarrollo. Dichas contradicciones se manifiestan básicamente en dos líneas principales: (4)

a) La maximización de la ganancia exige que las empresas produzcan aquellos bienes que satisfacen las necesidades (demanda) de los grupos de altos ingresos en desmedro de aquellos que satisfacen las necesidades de la gran mayoría de trabajadores de bajos ingresos.

b) La maximización de la ganancia lleva necesariamente a que las empresas apliquen en forma indiscriminada tecnologías superdesarrolladas intensivas en el uso de capital en desmedro del empleo de la mano de obra.

El que las empresas maximizan sean las ganancias (utilidades) para los capitalistas dueños del capital o en cierta medida el remanente (valor de las ventas menos costos de insumos y de arriendo del capital social) para el colectivo de trabajadores en un sistema autogestionado, no altera las contradicciones. Las contradicciones no se refieren a la oposición entre mercado (o ganancia) y plan, puesto que incluso un plan centralizado puede teóricamente al menos, basarse también en el criterio de la maximización de la ganancia (5). Además, implícitamente los articulistas rechazan incondicionalmente el uso del mercado para coordinar aunque sólo sea dentro de ciertos límites la división social del trabajo, es decir, rechazan la producción de mercancías. Para ellos, el proceso de desarrollo exige un plan **formulado y controlado** por el poder de los trabajadores en función de sus intereses de clase, como la única forma de evitar que se impongan un criterio de maximización de ganancias (6).

Comentarios.

1.—En primer lugar cabe preguntarse hasta qué punto la maximización del remanente para el

(4) "Mensaje", junio 1971, pág. 224.

(5) Id., pág. 221

(6) Id., pág. 224.

colectivo de trabajadores del sistema autogestionado encierra una contradicción fundamental con la asignación de los recursos (o con la producción) requeridas por el desarrollo.

2.—Si recordamos que en este sistema no hay propiedad privada, que la autogestión socio-política asegura un control sobre el aparato burocrático y que hay democracia real dentro de la empresa inclusive, desde luego, en lo que se refiere a decidir la distribución, se tiene que las desigualdades en la distribución del ingreso son infinitamente menores que en un sistema capitalista. Por lo tanto, la composición de la canasta del consumo de los trabajadores con ingresos un tanto más altos, no puede diferir sustancialmente de la de aquellos con ingresos un tanto inferiores.

a) El carácter de consumo colectivo prioritario de la educación junto con la imposibilidad de heredar riquezas, contribuye a su vez a restringir rápidamente las desigualdades iniciales en la formación intelectual y técnica.

b) La propiedad social de los bienes de producción junto con un aparato planificador efectivamente controlado por los trabajadores, permite que éstos asignen directamente las inversiones (el recurso más escaso del proceso productivo) y por ende, orienten la producción según sus intereses.

c) La participación de los trabajadores en las decisiones de sus empresas y del aparato planificador contribuye a facilitar su comprensión de las necesidades imperiosas del proceso de desarrollo y de las ventajas de la contribución solidaria a la solución de los problemas comunes.

d) La composición diferente de los trabajadores que contribuyen a formular y controlar el plan según que lo hagan como miembros de una empresa o como habitantes de una comuna, asegura a su vez un control de la comunidad sobre el colectivo obrero de empresas específicas para que no maximicen sus ganancias a costas del resto de la comuna ya sea en términos de ingresos, de ocupación o de producción y servicios rendidos.

e) También puede tener cierta relevancia un resultado obtenido de las últimas elaboraciones teóricas sobre el funcionamiento de un sistema autogestionado que indica que en ausencia de imperativos tecnológicos, la estructura productiva monopólica propia de sistemas capitalistas se vuelve poco menos que imposible.

f) La propiedad social de los medios de producción junto con el arriendo de éstos a los colectivos de trabajadores y el control popular del plan aseguren que por lo menos todo el excedente (renta atribuible al factor capital) quede disponi-

ble para la reproducción social ampliada de partida como mínimo, sin perjuicio de otras contribuciones más o menos voluntarias que pueden agregarse a través de diferentes medios de acuerdo social.

g) Finalmente, cabe recalcar, a riesgo de repetir, que de lo mencionado hasta el momento y en particular de los puntos d y e se desprende que el énfasis en la participación de los trabajadores en todos los niveles no tiene otro objetivo en última instancia que el de lograr poco a poco, a medida que la concientización lograda a través de ella lo permita sin perjudicar un grado mínimo de eficiencia imprescindible en países pobres, un consenso popular en todo lo fundamental y una crítica popular consciente, efectiva y permanente en todos los dominios del proceso de evolución social. Esto significa ir supeditando cada vez más el criterio de la maximización de la ganancia para el colectivo de trabajadores al criterio del consenso logrado a partir de los intereses de la masa (7).

3.—En lo que se refiere al "uso indiscriminado de tecnologías superdesarrolladas" propias de sistemas orientados por la ganancia, fuera de los argumentos conocidos que pueden darse en sentido contrario cuando existe un mecanismo planificador y controlado por las bases, se puede señalar que el sistema autogestionado cuenta también con otras fuerzas propias.

a) La Comuna, como agente planificador y asignador de inversiones importantes controlada por sus bases ha de velar porque las nuevas inversiones no creen cesantía entre sus habitantes.

b) El colectivo de trabajadores de cada empresa existente no permitirá que las innovaciones, expansiones o modernizaciones signifiquen dejar sin trabajo una fracción de sus propios miembros si no existen otras oportunidades de ocupación para ellos.

c) El sistema de autogestión favorece más que ningún otro la "creatividad" de los trabajadores para realizar innovaciones que los favorezcan.

d) A la inversa de lo que ocurre en el sistema capitalista, a pesar de que la autogestión permite una cierta orientación por la maximización de la ganancia para el colectivo, ello no conduce necesariamente a disminuir el empleo en períodos de depresión si es que tales depresiones se llegaran a producir.

(7) Independientemente de cuanto se ha avanzado efectivamente en este sentido en Yugoslavia, los trabajos presentados al segundo congreso de Autogestores efectuado en mayo de 1971 en Zagreb, en particular el informe presentado por E. Kardelj, dejan en claro que esta es la meta perseguida.

4.—Como ha sido demostrado por los estudios del sistema hay razones para pensar incluso, que ocurra más bien lo contrario, punto que importa comentar dentro de la tesis de Hinkelammert y Villela se refiere a la afirmación implícita de que los incentivos materiales directos al trabajo se contraponen fundamentalmente a las posibilidades de desarrollo. Como en el fondo el criterio de maximizar la ganancia del colectivo de trabajadores no es más que el dejar actuar incentivos materiales, la autogestión es incapaz de promover el desarrollo.

Suponiendo que esa afirmación sea correcta, al menos para el área subdesarrollada del mundo de hoy, (8) no se puede olvidar nos guste o no, que los trabajadores responden hoy principalmente a ese tipo de incentivos.

Suprimirlos de buenas a primeras sólo puede llevar al pauperismo y al caos, si no se está dispuesto a sustituir los incentivos por el látigo, la represión y el terror. El cambio en la escala de valores de los hombres, de ser posible, ha de ser paulatino (no necesariamente lento) a través de un proceso continuo de concientización. ¿Cuál o cuáles son los caminos más apropiados para ello? Hinkelammert y Villela proponen un plan controlado por el poder de los trabajadores, pero... ¿esto cómo se logra? No bastan el endoctrinamiento prerrevolucionario y la revolución porque cuando ella ocurra ¿cómo operará el sistema sin incentivos? La autogestión "bien entendida" ofrece una alternativa que no podemos darnos el lujo de desechar livianamente por prejuicios más o menos enraizados. Ella parte reconociendo los valores materialistas existentes al mismo tiempo que la capacidad del hombre para actuar en forma solidaria motivado por incentivos sociales no materiales, siempre y cuando la organización social lo invite a ello. La autogestión propone una "socialización" gradual de las motivaciones humanas comenzando por el colectivo de trabajadores a nivel de la empresa y la participación y responsabilidad en la planificación al nivel de la micro-región (la comuna) hasta la integración verdaderamente consciente de cada hombre con la sociedad global. Solidarizar con poder, real y libremente (no a modo de defensa exclusivamente como ocurre en los sindicatos capitalistas), en primer lugar con los compañeros de trabajo y los vecinos es una etapa imposible de omitir. Los trabajadores de la empresa autogestionada no trabajan por su provecho personal directo sino que lo hacen

(8) Aplicada esta afirmación en términos atemporales sería obviamente absurda puesto que existen hoy día países desarrollados a pesar de haber permitido e incluso impulsado ese tipo de incentivos.

en pro del colectivo en su conjunto; además tienen razones para hacerlo también en pro del vecindario en la medida que todos juntos participan en la planificación a través de la comuna.

Hasta hoy día, fuera de algunos seres excepcionales, no se tiene ninguna evidencia de que el ser humano sea capaz de obedecer **exclusivamente** a incentivos no materiales, o dicho con más propiedad, exclusivamente a motivaciones sociales donde la relación entre el propio esfuerzo y el beneficio personal directo está tan diluido que se puede considerar nulo. Cualquier intento de organización social basado en el supuesto de que esto es factible, no sería más que una hermosa ideología.

5.—Por razones de espacio sólo se puede mencionar muy brevemente un tercer aspecto de la tesis de Hinkelammert y Vilella que merecen serios reparos. Como ya se ha dicho, ellos se oponen al funcionamiento de cualquier tipo de mecanismo que se parezca al mercado así como a toda planificación (incluso de tipo centralizado) que pretenda maximizar la ganancia.

Pero, ¿qué entienden los articulistas por planificación en lo económico? Cualquier planificación racional, ¿no ha de tratar acaso de maximizar el rendimiento de los recursos disponibles, o lo que es igual, no ha de tratar de minimizar los recursos necesarios para obtener determinadas metas? (9). Suponiendo que ellos aceptan la racionalidad de la planificación en este sentido, significa que deben aceptar también alguna forma de cálculo económico, aunque sea muy aproximada para poder aplicar dicha racionalidad. A su vez, aplicar el cálculo económico, no significa otra cosa que coordinar la división del trabajo de acuerdo a algunos criterios mínimos de maximización de las metas sociales, de minimización de costos o lo que es igual, de maximización de una cierta ganancia (o minimización de las pérdidas) entendiendo por ganancia todo aquello que signifique obtener metas más altas con el potencial de recursos disponibles o utilizar menos recursos para lograr una misma meta (de lograr menos o gastar más de lo necesario sería pérdida neta para la sociedad). He aquí el punto crucial. Pareciera que lo que ellos debieran rechazar, es la maximización de una "cierta" ganancia para "algunos", determinada bajo "ciertas condiciones" y no, la maximización de la ganancia per sé. ¿Por qué habrían de oponerse a la maximización de la producción

(9) Entendiendo esto en su sentido más amplio, es decir, incluyendo también la maximización de los recursos disponibles y su rendimiento como es el caso cuando se trata de motivar a los trabajadores para que rindan lo mejor de sí mismos, libremente y no para defender su subsistencia frente a una clase dominante.

de lo que satisface las necesidades de los trabajadores y a la minimización del uso de lo que a los trabajadores les duele y les cuesta?

De ser así, ¿por qué rechazar de partida el funcionamiento aunque sea parcial y controlado del mercado en determinadas circunstancias? El espacio no permite desarrollar a fondo este punto en relación al sistema de autogestión, pero debe reconocerse que ya no es tan claro que la maximización de la ganancia que opera en el sistema tal como se ha definido aquí, sea **evidente y fatalmente** un escollo para el desarrollo.

6.—Finalmente, en aras de la objetividad científica, no se puede dejar de mencionar la extrañeza que provoca en quienes han leído detenidamente los escritos de Vanek y Horvat (no Horvitz) las afirmaciones de Hinkelammert y Vilella respecto a ellos. Para clarificar a Vanek dentro de la escuela neoclásica más ingenua, hay que haberlo leído con una preconcepción hermética, no haberlo leído o no haberlo entendido. Cuando se defiende una proposición, especialmente si es nueva, es de la más elemental estrategia recurrir a los argumentos que pueden tener mayor impacto en el interlocutor cuando se sabe que éste se guía por una determinada ideología. Basta haber leído con mediana atención a Vanek para darse cuenta que se está dirigiendo a un auditorio liberal neoclásico con el objeto de interesarlo en su proposición. Por esto, usa primero criterios y categorías de análisis neo-clásicos y destruye luego aspectos fundamentales de ese enfoque que le parecen falsos, limitados u obsoletos. Acúsesele si se quiere de no ir bastante lejos en la demolición, o de omitir consideraciones socio-políticas o históricas importantes, pero no de ser un bastión del neo-clasismo.

Asimismo tachar a Horvat de funcionalista neto, sin decir que es marxista, que apunta fundamentalmente al período centralista stalinista y que se dedica a criticar el burocratismo y a proponer como medio para combatirlo una participación creciente y efectiva de las bases, es querer falsear en forma preconcebida la opinión del lector o no haberlo leído.

En resumen, sin perjuicio de que la tesis de Hinkelammert y Vilella pueda tener mucho de verdad (cosa que está por probarse) su artículo se basa en muchas verdades o falsedades a medias que no justifican destruir otras proposiciones mucho más completas y elaboradas que la proposición elemental que ellos se limitan a ofrecer, esto es, de que el desarrollo exige un plan controlado desde la base por el poder de los obreros. Es posible que esa tina no tenga agua (o no se base en la producción mercantil) pero hasta el momento parece que tampoco tiene niño.

Relaciones Económicas y Políticas en la Sociedad Socialista de Autogestión

Damos a continuación, por su indudable interés, el primer capítulo del informe rendido por Edvard Kardelj en el II Congreso de Autogestores de Yugoslavia.

EL CAMINO RECORRIDO POR LA AUTOGESTION SOCIALISTA EN YUGOSLAVIA

Raíces de la autogestión en nuestra sociedad.

La autogestión socialista de los obreros en el trabajo asociado, entre nosotros, aparte de estar vinculada con las corrientes históricas generales de la lucha de la clase obrera por nuevas relaciones sociales socialistas, por el trabajo libre y la democracia, deriva, entiéndase, del carácter y de las condiciones específicas de desarrollo de nuestra revolución. Ella no surgió inesperada ni casualmente. La autogestión fue establecida y sigue siendo establecida por la misma clase obrera, con su conciencia revolucionaria y su actividad social. Y ella pudo avanzar con éxito en nuestra vida social porque de la clase obrera surgió el Partido Comunista de Yugoslavia, es decir la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, o sea una fuerza socialista revolucionaria que supo sentir y reflejar las tendencias de esta clase en pro de la autogestión, darles las bases teóricas y las formas prácticas, y organizar la lucha por su realización, lo cual iba a ser decisivo para el ulterior desarrollo del sistema autogestionario.

Imposible imaginar entre nosotros el comienzo de la autogestión sin una difícil escuela revolucionaria, a través de la cual pasaron en su historia la masa de trabajadores de la ciudad y del campo, y sobre todo la clase obrera, en lucha con la cruenta subyugación y explotación social, económica y nacional de la vieja Yugoslavia, y sir las experiencias que la clase obrera y los trabajadores en general tan sólo lograron en el trans-

curso de la lucha de liberación de todo el pueblo contra la agresión fascista. Ya que, en esta guerra, el combatiente no fue únicamente un soldado que cumplía las órdenes de su comandante, sino que sin cesar debía él mismo decidir y desarrollar sus propias iniciativas.

En esta lucha, las amplias masas de trabajadores alcanzaron grandes experiencias, gran confianza en sí mismas y un desarrollado sentimiento de responsabilidad para con las tareas y objetivos de la lucha común. Fueron, éstas, importantes coyunturas subjetivas para el desarrollo de la autogestión.

Por esto podemos decir que la autogestión no tiene sus antecedentes en la Ley sobre la autogestión de 1950, cuando ella fue formal y jurídicamente establecida como forma dominante de desarrollo de las relaciones socialistas de producción en nuestra sociedad. Ella deriva de nuestra revolución, y en diferentes formas empezó a penetrar en nuestra sociedad y en nuestra práctica de producción desde, por así decirlo, el primer día de la victoria de nuestra revolución. Apareció primero en forma de participación de los obreros en los Consejos de producción y en otras modalidades parecidas, sobre todo mediante el cometido de los Sindicatos, y ya a fines de 1948, y sobre todo en 1949, empezó a perfilarse la idea de los Consejos obreros, y los primeros inicios de su espontánea existencia.

Claro está que, como toda revolución socialista contemporánea, también nuestra revolución pasó por el período del estatismo revolucionario, es decir por la forma de dictadura del proletariado en la que las organizaciones estatales y la coer-

ción estatal determinan forzosamente las revoluciones armadas. Este período de nuestro desarrollo social es señalado por algunos como período del sistema stalinista, lo cual atestigua su incompreensión frente a las leyes de las revoluciones socialistas contemporáneas, y sobre todo frente a nuestra revolución. El stalinismo, como ideología de vanguardia en el movimiento obrero revolucionario internacional de esa época, influyó por cierto muy fuertemente también en nuestro propio movimiento obrero y en el curso de nuestra revolución. Sin embargo, el estatismo revolucionario fue, asimismo, producto y necesidad de nuestra propia revolución. Ya que el estado de nuestra economía inmediatamente después de la guerra, así como el bajo nivel de su desarrollo general y otras circunstancias parecidas, impusieron la concentración de todas las fuerzas y de todos los medios para poder superar las primeras dificultades y establecer los cimientos básicos de nuestro desarrollo económico y social. Tan sólo sobre estos fundamentos materiales así establecidos para el desarrollo de nuestra sociedad, fue posible introducir paulatinamente formas nuevas y democráticas de gestión de los asuntos sociales y económicos. Evidente es, por lo tanto, que por sus históricas funciones básicas —la creación de un fuerte sector estatal en la economía, como factor capital del desarrollo de toda la economía nacional; el determinante cometido del Estado socialista en el aseguramiento del desarrollo social, económico y político del país en su totalidad, etc.—, ese estatismo revolucionario fue, en nuestras condiciones, inevitable y progresista, independientemente de sus formas de aparición, que hoy significan algo completamente distinto de lo que significaron entonces e, independientemente de sus negativas tendencias concomitantes, que también entonces significaron lo mismo que significan hoy.

Si este desarrollo adquirió ciertas formas stalinistas esto fue influjo del tiempo en que la revolución tuvo lugar. Sin embargo, nuestra revolución fue una revolución autóctona de la clase obrera, de los campesinos y de otras masas de trabajadores de los pueblos de Yugoslavia: una verdadera revolución de masa. Justamente por esto, ni la influencia del stalinismo, ni las distintas formas stalinistas que aparecieron durante la revolución y cuando se establecieron los cimientos de la nueva sociedad, fueron aquello que dio las características básicas del primer período de nuestra revolución. Por el contrario, de cuan profundamente estuvo en contradicción con el dogma stalinista todo el curso de nuestra revolución habla no sólo la historia de las discrepancias de

la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia con Stalin, sino también el mismo hecho de que Stalin rompió con nuestra revolución ya después de tres años no completos de haber terminado la Segunda Guerra Mundial. De ahí que en nuestra revolución, su curso y su ideología, no sean esenciales las influencias ni los elementos stalinistas que pudieron aparecer en ella, sino aquellos cursos que la condujeron al conflicto con el stalinismo y con el mismo Stalin.

Por esto hoy, en este Congreso, en el cual dominan ya las jóvenes generaciones, cuya conciencia se moldeó en las condiciones de la autogestión, no estará de más subrayar otra vez que la autogestión en nuestro país no surgió como consecuencia de nuestro conflicto con Stalin, sino que, por el contrario, ella refleja las aspiraciones elementales de nuestra clase obrera y es obra de su revolución. En realidad, fue justamente la resistencia de Stalin contra tales aspiraciones de nuestra clase obrera, y de la masa de trabajadores en general, uno de los factores capitales de nuestro conflicto con él. Empero, resulta claro que la ruptura definitiva con Stalin y con el dogma stalinista liberó el camino hacia una afirmación cada vez más plena de las aspiraciones elementales de nuestros trabajadores respecto a la autogestión. Porque la liberación del trabajo y del trabajador no consiste únicamente en un pedazo de pan, mayor que ese de ayer y que dependía de un tercero, sino y ante todo en una acción consecuente para construir una posición tal del obrero en el trabajo asociado, con medios sociales para la producción, que cada vez en mayor medida lo haga dueño de su propio destino —tal como otrora dijera Marx de la Comuna de París.

Porque, pronto nos enfrentamos nosotros mismos con los aspectos negativos de tales relaciones económico-sociales y de tal sistema político, en el que el papel dominante correspondía al aparato estatal. La ciega rutina de todos los días dio lugar a intentos de que las acciones centralistas de la revolución fueran cambiadas por un centralismo administrativo estatal-burocrático, y que la gestión de los medios para la producción socializados se convirtiera en una especie de monopolio de propiedad estatal y tecnocrático-administrativo. Sobre esta base aparecieron también intentos de que el sistema político de la revolución y la dictadura del proletariado se identificaran con la política del absolutismo del Estado centralizado.

La resistencia contra tales tendencias estuvo ya presente, entre nuestra clase obrera y en la política de su vanguardia revolucionaria, en el

primer período postbélico. El conflicto con Stalin aún más convenció a las fuerzas progresistas de nuestra sociedad de que justamente en estas tendencias se encontraba la fuente de la ideología, de la política y la práctica que obtuvo su nombre por Stalin, pero que no era sólo propia de Stalin y que no dejó de vivir y reproducirse ni siquiera después de la muerte de Stalin. Ella surgió y sigue surgiendo también en nuestro propio suelo y de nuestras propias fuentes. Quedó demostrado que, contra tales tendencias, únicamente podemos luchar con éxito mediante el decidido desarrollo de aquellas formas autogestionarias y democráticas en la sociedad que hacen posible el empeño económico y político más directo posible y el control de los obreros y demás trabajadores en sus organizaciones laborales y en otras organizaciones sociales, y a través de tales organizaciones, en toda la política social y sobre todo en la reproducción social y de la producción.

Por lo tanto, en la característica del desarrollo de nuestra sociedad, de nuestra revolución, no es esencial si en él se manifestaran más o menos las tendencias estatistas y burocráticas de las cuales he hablado. Pero en esta característica sí que es esencial que nuestra sociedad encontró en sí misma la fuerza para contraponerse a aquellas, con la lucha por la afirmación de la autogestión de los obreros en el trabajo asociado. Tampoco para la característica del futuro desarrollo de nuestra sociedad será esencial ni decisivo si en ella existen diferentes residuos, tendencias y presiones anti-autogestionarios y anti-socialistas, sino si nuestra sociedad luchará contra ellos o si en mayor o menor medida los aceptará; y en esto estriba la lucha por la autogestión.

El sentido histórico del paso de nuestra sociedad a las formas autogestionarias de las relaciones socialistas de producción no consistía en la idea utópica de establecer un sistema estático y sin conflictos de instituciones económico-sociales democráticas y de relaciones ideales entre los hombres. El sentido y el objetivo de este paso residía en el anhelo de las fuerzas socialistas de oponerse a la dominación de ciertas tendencias de monopolio estatal. Porque esta dominación habría paulatina y automáticamente reproducido, en las relaciones de producción y de distribución, elementos en los que —si semejante proceso incontrolado seguía desarrollándose— las funciones administrativo-estatales y las funciones de gestión en el trabajo asociado no sólo habrían empezado a enajenarse del trabajador, sino que, en cada vez mayor medida, se hubieran convertido de un arma a su servicio —tal como debe ser— en amos de él.

Ante este proceso, nuestra sociedad, en la forma de la autogestión, puso en movimiento un proceso tendiente a que las relaciones de producción y de distribución se transformaran gradualmente en relaciones tales en las que el trabajo, como dice Marx, deviene “de verdad libre”, y en las que la función del Estado y del trabajo será ante todo una función para administrar las cosas, y cada vez menos una función para dirigir a los hombres. Y en esto consiste la esencia de las relaciones socialistas entre los hombres.

El punto de partida y el medio para llevar a cabo esta orientación debe ser el empeño para que los hombres que trabajan en todas las formas de trabajo asociado se encuentren, en la mayor medida posible, en la situación de poder dirigir su propio trabajo, y, en base a este trabajo, como algo legítimo, participar en los resultados del trabajo asociado, y, en base a sus derechos económicos y otros fundados en la autogestión, influir en la repartición, empezando por las formas elementales en el proceso directo del trabajo, a través del sistema de la reproducción ampliada y, en general, de la circulación de los medios sociales hasta el plan social y otras formas de vasto significado.

Esta posición económico-social del trabajador constituye al mismo tiempo un imprescindible estímulo material y moral para el rápido desarrollo de las fuerzas de producción y para el crecimiento de la productividad del trabajo. Ya que en la sociedad socialista el portador de este desarrollo no puede ser ninguna coerción desde afuera, sino únicamente el interés del mismo obrero. Y ello es un factor decisivo para el desarrollo de las fuerzas de producción en las condiciones contemporáneas de tan gran adelanto técnico-científico, cuando el hombre —pero no ya como mano de obra, como fuerza física del trabajo, sino cada vez más como fuerza creadora consciente y autónoma—, con sus intereses laborales y creadores y con sus aptitudes creadoras, deviene el promotor y protagonista del desarrollo.

Alcances sociales de la autogestión en la práctica.

Todo esto debe ser tenido en cuenta cuando hoy, después de más de veinte años de práctica autogestionaria, nos preguntemos cuáles son sus resultados. Algunos críticos de la autogestión, que procuran demostrar el fracaso y la inconsistencia de ésta, plantean la pregunta sobre los resultados de la autogestión en la siguiente forma: ¿ha conseguido la autogestión liquidar el estatismo, el burocratismo, el tecnocratismo y las diferencias sociales? A la pregunta así formulada debemos

responder no; no ha liquidado tales tendencias, pero esto no es esencial para la prueba histórica de la autogestión.

Mas, si planteamos la pregunta en otra forma, que —si queremos permanecer en el terreno de las verdaderas leyes sociales— es la única forma posible, entonces debemos interrogarnos: ¿se ha afirmado la autogestión como un verdadero factor para reprimir y limitar estas tendencias, como un factor que recuerda a sus raíces históricas? A la pregunta así formulada debemos hoy responder sin titubeos: sí, ella se ha afirmado justamente como un factor social.

Aparte de esto, de las formas y relaciones autogestionarias empezó en nuestra sociedad a crecer desde la base, como una creación directa suya, un sistema global de democracia socialista y de relaciones sociales y políticas fundadas en la autogestión, que exige y hace posible sobrepasar el sistema político estatal, como una institución aparte y separada del trabajo asociado.

Indudable es que la autogestión, justamente con sus funciones, triunfó, en estos veinte años pasados, en la lucha frontal por el sentido de nuestro ulterior desarrollo, en la lucha contra distintas tendencias contrarias, criterios opuestos, etc. Por lo demás, de no haberse la autogestión confirmado en la práctica, no se habría ella podido mantener, ya que la historia no ha sustentado ni una sola forma de relaciones entre los hombres —por más humanas y fervientes a la libertad que fuera ella, como idea y como aspiración—, si al mismo tiempo no hubieran sido estimulativas para el desarrollo de las fuerzas de producción en las condiciones objetivas dadas.

No obstante las muchas dificultades, y sobre todo la no desarrollada base material, la práctica del socialismo autogestionario ha demostrado sin ambigüedades, con sus resultados, que esta es la única posibilidad, la única orientación real y progresista de nuestra sociedad socialista, para que el socialismo y la libertad del trabajador sean dos aspectos inseparables del adelanto social.

La conquista más importante de nuestro desarrollo autogestionario es la permanente y cada vez más plena democratización y humanización de la sociedad, en base a cambios revolucionarios tanto en las relaciones económico-sociales, como en el aspecto de las formas políticas democráticas, a los efectos de hacer efectiva la participación de los trabajadores en la toma de decisiones que se refieren a los asuntos sociales. La autogestión se afirma también cada vez más como factor para superar la alienación del trabajador respecto a las condiciones y a los resultados de su trabajo, y sobrepasar la desintegración de la per-

sonalidad humana, que aumenta en las condiciones de la moderna división del trabajo.

En esos veinte años pasados la autogestión ha penetrado, en mayor o menor medida, con mayor o menor éxito, en todas las esferas del trabajo y de la actividad social. En esta forma se realiza paulatinamente el anhelo de formar una autogestión como sistema global que abarca todas las esferas de las relaciones, y como camino para liberar lo más plenamente posible al hombre, no sólo en la base del trabajo social, sino también en las comunidades locales, en los municipios y en otros medios sociales en los cuales él vive y satisface sus distintas necesidades como consumidor, como sujeto y creador en el plano de la cultura, realiza sus más amplios intereses políticos y sociales, etc.

Sobre esta base, la autogestión se ha desarrollado hoy en un sistema compacto, verdaderamente democrático, de gestión social, y se ha afirmado como la escuela de mayor éxito y más rápida para la conciencia y la responsabilidad social. De esto habla convincentemente el dato de que, desde que fueran introducidos los primeros Consejos obreros en 1950 hasta hoy, por los distintos órganos de la autogestión en las organizaciones laborales han pasado unas dos terceras partes de todos los trabajadores. Progresando en esta forma, la autogestión ha demostrado hasta ahora ser capaz no sólo de reemplazar el viejo sistema burgués de representación política, sino también de sobrepasarlo de lejos con su democracia, eliminando cada vez más las diferencias entre los llamados trabajadores político-sociales profesionales y no profesionales, entre el trabajo y la política.

Los esfuerzos de nuestra sociedad en el dominio del desarrollo de las relaciones económico-sociales y del sistema, en los pasados veinte años fueron encauzados, ante todo, a que los productores directos pasaran a ser, en la mayor medida posible, los factores más importantes en la producción y en la sociedad en general; a reforzar la base material de la autogestión; a lograr el mayor interés material posible por parte de los trabajadores y de los colectivos obreros, a los efectos de incrementar la eficacia en el sistema de la actividad económica, elevar el nivel de vida y garantizar la seguridad social del trabajador, estabilizando y reproduciendo cada vez en mayor medida sobre esta base las relaciones sociales autogestionarias.

A este respecto, el desarrollo de nuestra autogestión podría ser dividido en dos fases. En la primera, la autogestión se limitó, en general o principalmente, a la esfera de la reproducción simple, es decir a la producción y al trabajo

corriente. Los réditos de las organizaciones laborales, en principio, eran tratados en base a la reproducción simple. Desde la Constitución de 1963 en adelante, y sobre todo desde la reforma de 1965, el punto de gravedad de la lucha por la autogestión se amplió a toda la esfera de la reproducción social, es decir a todos los movimientos del capital social y del intercambio de los productos del trabajo. Empleo aquí el término de capital social, a falta de otro mejor, para designar aquella parte de la renta del trabajo asociado que, en nuestra sociedad socialista, constituye la base de la reproducción ampliada. De todos modos, resulta claro que aquí se trata de las funciones económicas del "capital" en el dominio de la reproducción ampliada, y no del capital en el sentido de fuerza social que reproduce las relaciones sociales capitalistas, es decir las relaciones de propiedad. No podemos, de todos modos, asegurar que en la práctica hayamos avanzado mucho en la consecución de esta histórica tarea, en la construcción y estabilización del sistema de autogestión socialista, y de que hayamos hallado una verdadera solución para todo. Empero, si bien los resultados alcanzados hasta ahora en este plano siguen siendo iniciales y modestos, ellos de todos modos confirman nuestra orientación hacia el desarrollo de un sistema integral de autogestión social, empezando desde las unidades laborales hasta las grandes y complejas integraciones en conjuntos, incluyendo la estructura político-social en su totalidad, desde las comunidades de intereses y locales hasta los municipios, las repúblicas constituyentes y la Federación, desde las formas básicas de la democracia directa en el trabajo autogestionario en el municipio hasta las asambleas de las repúblicas, de las provincias autónomas, de la Federación.

Dentro del marco de la autogestión se han logrado también serios resultados en la consecución de que los beneficios se distribuyan de acuerdo al trabajo. Los primeros pasos en la realización del principio de que los trabajadores dispongan, autónoma y directamente, de una parte cada vez mayor de la renta obtenida, es decir que efectúen la correspondiente distribución en ingresos personales y acumulación, y de que dispongan de los medios para la reproducción ampliada, abren a la vez el camino para superar definitivamente los restos de las relaciones asalariadas y la mentalidad de asalariado, en nuestra sociedad socialista y en la conciencia de los trabajadores. Los resultados conseguidos hasta ahora con la reforma económica de 1965 significan un importante paso adelante a este respecto. En la actualidad, los productores directos disponen

directamente de más del 60% de los resultados de su trabajo, es decir de la renta del trabajo social.

Con ello se ha asentado una nueva base económico-social para consolidar relaciones democráticas e iguales en derechos entre las naciones y las nacionalidades de Yugoslavia. La autogestión se ha revelado, a este propósito, como la más importante garantía para la libertad nacional y la igualdad en derechos en nuestro país multinacional. Ya que, esto, en cada vez mayor medida asegura que la renta del trabajo, es decir el trabajo excedente socializado, esté en manos de los mismos trabajadores asociados y organizados sobre las bases de la autogestión, dentro del marco de cada nación, es decir de cada república y de cada provincia. Y ello al mismo tiempo quiere decir que cada pueblo dispone en forma autónoma de la plusvalía del trabajo que representa la base material de su economía nacional, de su cultura y de su superestructura, así como el punto de partida para la colaboración y la unificación con otros pueblos.

El principio de la renta y de su distribución de acuerdo a los resultados del trabajo realizado se encuentra también, en sus formas iniciales, en todas las actividades sociales llamadas no económicas. Con ello se crean las condiciones para que, por una parte, la posición económico-social de los trabajadores de esta esfera se iguale básicamente a la de quienes trabajan en la producción directa, y, por otra parte, para que se acelere el proceso de integración del trabajo social y se realice también el principio del control y de la influencia de los trabajadores asociados en aquella parte de la renta que se invierte en estas actividades.

En las condiciones económico-sociales y políticas de la autogestión ha surgido una nueva clase obrera, joven, cambiada por su estructura, porque en ella se ha integrado la totalidad del trabajo social, y porque cada vez es más consciente de su fuerza, de su papel de vanguardia en el desarrollo de las condiciones materiales y sociales de su trabajo y de su vida. Ella se libera con esto, y cada vez más, de la mentalidad del obrero asalariado, pero deviene al mismo tiempo cada vez más consciente de su responsabilidad social, es decir de su responsabilidad frente a todas las capas de trabajadores del campo y de la ciudad y frente a su propio pueblo. Creo que esta es una de las conquistas más importantes en esos veinte años de desarrollo autogestionario de nuestra sociedad.

Representó la base de todos estos cambios autogestionarios, económico-sociales y políticos,

el proceso de paulatina transformación de la propiedad social, como forma de monopolio de la propiedad estatal, en una verdadera propiedad común, que pertenece a todos los hombres que trabajan, y según la cual cada uno tiene los mismos derechos económicos y otros, en la medida en que con su trabajo y sus creaciones contribuye a reforzar la eficacia de los medios sociales de producción, así como la productividad del trabajo social. Y por más lentos que sean los pasos que damos en este sentido, podemos decir que éstos son los históricos pasos de la autogestión, ya que el proceso de liberación del trabajador y de sus iniciativas creadoras deviene verdaderamente con esto un asunto de la misma clase obrera, de los mismos hombres que trabajan.

LA AUTOGESTION Y EL DESARROLLO ECONOMICO

Desarrollándose sobre la base de la iniciativa muy amplia y democrática de millones de trabajadores-autogestores, la autogestión se ha convertido en un vigoroso impulso para el adelanto de las fuerzas productoras y se ha revelado, al respecto, como un sistema vital y muy racional desde el punto de vista económico. La mejor prueba de ello son los resultados materiales conseguidos en los veinte años de desarrollo de la autogestión.

Además de los grandes esfuerzos e inversiones hechos por toda la comunidad en el desarrollo de nuestra economía, no cabe duda alguna de que el sistema de la autogestión ha contribuido esencialmente, por su parte, a que Yugoslavia se convirtiera, en un período relativamente breve, de país agrario, atrasado y subdesarrollado, en país medianamente desarrollado en el aspecto industrial. En el período 1950-1970, es decir precisamente en el período cuando la autogestión comenzó a desarrollarse como sistema, el producto social del país, calculado según los precios de 1966, aumentó más de tres veces y media, o sea que fue creciendo según la tasa anual en más del 7%. En el mismo período, la producción industrial aumentó más de seis veces, creciendo según la tasa media anual de alrededor del 10%. Esa tasa de crecimiento significa, en realidad, que la producción industrial se duplicó cada siete años. Como resultado de la más rápida industrialización, también cambió esencialmente la estructura económico-social de la población, y una prueba de ello es el hecho de que el porcentaje de la población no agrícola en el número total de los habitantes del país aumentó del 35%, a principios de los años cincuenta, a alrededor del 55% en 1970.

También en el desarrollo de la agricultura hemos conseguido resultados importantes. Respecto al promedio del período 1951-1955, la producción agrícola en 1969 aumentó casi dos veces (índice 190), y la tasa media anual de crecimiento de la misma es en nuestro país notablemente superior a las tasas medias que registran en esta producción la mayoría de los demás países. En cuanto al rendimiento por hectárea de los productos agrícolas más importantes, particularmente en las granjas sociales, hemos alcanzado e incluso superado a algunos de los países capitalistas más adelantados, y a todos los países socialistas.

En los veinte años pasados, también aumentó en medida significativa el nivel de vida real de la población. El volumen efectivo del consumo total (personal y social) por habitante aumentó, siempre según los precios de 1966, más de 3,7 veces desde el año 1952 hasta el año 1969.

Gracias al rápido y dinámico ritmo de adelanto económico y social, Yugoslavia es uno de los países insuficientemente desarrollado que ha logrado reducir la diferencia en el grado de desarrollo económico respecto a la parte adelantada del mundo. Yugoslavia ha logrado disminuir también más rápidamente que los países socialistas europeos, tomando su promedio común, la diferencia entre su propio grado de desarrollo económico y el nivel de desarrollo de los países de Europa Occidental.

Los datos aducidos muestran, indudable e inequívocamente, que el adelanto material y social de Yugoslavia fue en dicho período más rápido respecto a la tasa media de crecimiento en ámbito mundial, y es eso, precisamente, una confirmación y la mejor prueba de la eficacia del sistema de autogestión. La práctica ha mostrado, en efecto, que en nuestro país la autogestión y la productividad social del trabajo guardan firme correlación recíproca. En la medida en que la autogestión fue desarrollándose como sistema integral de relaciones socialistas y democráticas en la sociedad, también fue aumentando la productividad del trabajo social. Por ejemplo, en el período 1953-1956, es decir en los años inmediatamente posteriores a la introducción del sistema autogestionario, la productividad del trabajo concurría al aumento de la producción social con alrededor del 10%, en 1957 con el 43%, en 1961 con el 53%, mientras que en el período quinquenal pasado (1966-1970) ese aporte ascendió a cerca del 87%. A decir verdad, tal influencia dominante de la productividad del trabajo en el crecimiento económico se debe a la situación económica específica en los años de realización de la reforma económica (detención relativa del empleo, etc.).

y no ya solamente al grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productoras de nuestra sociedad.

Estos éxitos desmienten, evidentemente, todas las dudas y afirmaciones escépticas según las cuales la autogestión es contraria al adelanto técnico contemporáneo y que ella pone en peligro la productividad del trabajo. Naturalmente, sería irreal afirmar que el único factor de esos procesos económicos y del adelanto es la autogestión, y no ya los grandes esfuerzos materiales, y aún los sacrificios materiales de nuestros trabajadores, que han posibilitado mantener casi permanentemente muy alto el nivel de las inversiones. No podemos sobre todo afirmarlo por ser evidente que ciertos defectos e inestabilidad del sistema de las relaciones económicas de autogestión han sido y siguen siendo también en la actualidad uno de los motivos por los cuales nuestro desarrollo económico no es más estable y armonioso, ni los éxitos económicos mayores. Pero, al mismo tiempo podemos mostrar la otra cara de la medalla. Los análisis revelan, en efecto, que el desarrollo económico de la sociedad yugoslava experimentó su mayor expansión precisamente en los períodos cuando desarrollábamos más rápida y eficazmente las relaciones socialistas de autogestión, y que en la esfera económica se produjeron estancamientos justamente cuando el desarrollo de la autogestión tropezó con dificultades y cuando se vio en peligro o incluso quedó parado por cierto tiempo, bajo la presión de diferentes problemas económicos y otros problemas de orden social.

Por consiguiente, lo menos que podemos decir, firmemente persuadidos, al referirnos al vigor de la autogestión en la práctica económica, es que ella no sólo no es un obstáculo, sino que, por el contrario, constituye un estímulo para el desarrollo más rápido de las fuerzas productoras y para el aumento continuo de la productividad del trabajo social. Si eso es cierto, entonces podemos decir que la autogestión ha salido aprobada del examen de la historia.

Por eso, debemos oponernos decididamente a todas aquellas "teorías" según las cuales la autogestión es la causa principal de nuestras actuales dificultades en el desarrollo, tanto en la esfera de la economía, donde se reflejan en la insolvencia y falta de liquidez, en la desocupación, en las desproporciones estructurales, en la inestabilidad del mercado, etc., como en otras esferas y sectores. Al formular tales teorías, los críticos que incriminan la autogestión como fuente única o principal de los problemas económicos y otras dificultades en nuestro país proceden como si en las sociedades donde no hay autogestión no hubiesen tales y aún mayores dificultades y problemas.

Por consiguiente, debemos atribuir a la autogestión la justa medida de responsabilidad por las dificultades presentes. La autogestión es en parte responsable de tales dificultades, pero no por sí sola, sino por el hecho de no haberla desarrollado nosotros más rápida y consecuentemente, por no haberse buscado con suficiente decisión y energía las soluciones correspondientes en el sistema económico de acuerdo con los principios de la autogestión, es decir por no haberse convertido todavía la autogestión en sistema integral de relaciones sociales, económicas y políticas. Por una parte, aún existen determinados elementos estatistas en el ordenamiento económico y social, tales como rezagos del capital estatal, diferentes formas de enajenar los medios a los trabajadores, etc., mientras que, por otra parte, allí donde se eliminaron o redujeron los elementos estatistas aún no se han edificado los elementos e instituciones de autogestión (por ejemplo, la consultación y el acuerdo social autogestionario, etc.), ni el mecanismo estatal se ha adecuado, en la medida en que aún es indispensable, a las necesidades y al sistema de la autogestión. Por este motivo, y así también por exigir la economía moderna la integración autónoma de los medios financieros, de la ciencia, de la instrucción, etc., en condiciones en que en nuestro país aún se mantienen vigorosas en esta esfera las viejas relaciones, acompañan a estos procesos tendencias relativamente acentuadas que pugnan por la tecnocracia, que detiene la afirmación decidida de la autogestión en dichos sectores del trabajo asociado. Y, finalmente —aunque por lo que se refiere al grado de responsabilidad de la autogestión podría, por las dificultades, ocupar incluso el primer puesto— el sistema inacabado de relaciones en la esfera del rédito crea problemas que se reflejan en la insuficiente responsabilidad y en desconformidades, así como en una serie de conflictos económicos y sociales, que igualmente ahondan las dificultades. Por esto, cuando en este Informe hago uso de la expresión "relaciones en la renta" me refiero, en realidad, a las relaciones económicas que en nuestra sociedad se establecen en la esfera de la consecución y distribución de los réditos, de los ingresos.

Pero, de todo lo aducido resulta que no vamos a contribuir a la superación de las dificultades económicas debilitando la autogestión y fortaleciendo el monopolio burocrático-tecnocrático en el gobierno de los hombres, sino, al contrario, edificando más consecuente y rápidamente el sistema integral de relaciones de autogestión, tanto en la producción y en la reproducción social, como en la esfera de las relaciones del rédito y de la repartición según el trabajo.

Reflexiones acerca de la Educación

JOSE EDUARDO JARA V. (*)

Un desafío corre, en todo Chile, golpeando a la juventud, a los maestros, a los padres, a toda la comunidad.

Se despierta —justificadamente— la inquietud, la duda, la preocupación, el interés y el deseo de participar en la discusión del problema educacional en la hora actual.

Deseamos saber más. No basta el conocimiento superficial, que no es conocimiento sino falsa imagen. Queremos encontrar una respuesta completa y en profundidad para un problema que nos es común.

¿Qué es, hoy en día, la educación? ¿Cómo educamos? ¿Quién educa a quién? ¿Para qué? ¿Cómo se relacionan y actúan educador, educando, contenido, método? ¿Qué es, en educación, más importante?...

Sería vano tratar de decir, en cuatro páginas, lo que quisiéramos responder a esas preguntas. En esta oportunidad sólo queremos esbozar algunas ideas que son como un marco general destinado a establecer el campo del debate.

Cada una de ellas necesitará, más adelante, un examen detenido, riguroso y exigente. Deberá definir, de algún modo, un fundamento, un hito, una experiencia válida y creadora, una verdad actual, una necesidad, un valor en vigencia o la esperanza de un "deber ser" que todos aceptamos.

Los hechos sociales, los problemas, las alternativas de la hora actual no son producto sólo de 1971: nacen antes. Ya en 1964 se abrió, para toda la comunidad chilena, una vía de cambio; un camino diferente. Se inició un proceso rectificador de la injusticia social y económica que afecta

a los trabajadores y ha creado el submundo de los marginados.

El desafío fue entonces —y continúa siéndolo— el producir un incontenible proceso de desarrollo integral, capaz de liberar y de dignificar al hombre y de crear una nueva sociedad más justa, solidaria, libre y pluralista. Un desarrollo que se define como el desarrollo del hombre todo y de todos los hombres. Un desarrollo con verdadero sentido humano, con sentido de comunidad física y espiritual, fundamentado en valores nuevos, identificado por una nueva conducta individual y social, concretado en nuevas instituciones y en empresas comunitarias, con sentido de promoción de los postergados y oprimidos, cuyos derechos a la participación e incorporación a la vida económica, social, política y cultural del país ya no es posible seguir desconociendo.

A esta empresa la llamamos —en 1964— la "Revolución en Libertad". Frente a quienes quisieron, siempre, destacar una presunta incompatibilidad conceptual entre los términos revolución y desarrollo, nosotros sostuvimos que toda revolución pretende —en el fondo— un desarrollo pleno del hombre y de la sociedad. Desarrollo que no se detiene en el simple objetivo de dar a cada uno más de lo que actualmente tiene. No basta al hombre el tener. Lo que en el fondo importa es abrir a cada uno las posibilidades de crecer en su dignidad, en su condición humana, en su libertad.

Pensar y hacer una revolución no es —en consecuencia— una tarea de consignas apriorísticas o de activismo rebelde. No es más revolucionario quien se muestra más agresivo, disconforme o indomable. Es verdaderamente revolucionario aquel que pone su capacidad de reflexión,

(*) Director del Departamento de Educación del Partido Demócrata Cristiano.

su juicio crítico, su decisión y su voluntad de acción al servicio de la comunidad, con sentido solidario y en permanente búsqueda del bien común.

La revolución no la hacen unos pocos para salvar a los demás. En la sociedad moderna nadie puede —legítimamente— asumir el papel de reductor.

Quien pretenda ser el dispensador de bienes y de gracias, por sí, por su solo nombre o presencia, está enajenando la conciencia de quienes no examinan a fondo cuál es la responsabilidad social que cada chileno tiene en este instante. Está buscando una nueva forma de dominación del pueblo. Está mixtificando una vez más.

Dentro del pensamiento revolucionario, el hombre es un ser concreto, comprometido en su diario existir, atado a una realidad que le condiciona y le limita y —al mismo tiempo— es un ser que se hermana históricamente y se identifica con todos los hombres, sin reconocer otras fronteras que aquellas que tiene la humanidad entera.

El destino del proletario, el poblador, el profesional, el intelectual de cualquier rincón de Chile está —por esta última razón y en alguna manera— ligado y hermanado al del proletario, poblador, profesional o intelectual de todos los puntos de América y del mundo.

El pensamiento y la acción revolucionaria no se encasillan en un grupo, ni en la comunidad pequeña, ni siquiera en la comunidad nacional. Se fundamenta, se nutre y se proyecta en una diferente concepción del hombre y de la sociedad toda. Busca una relación nueva y justa entre los hombres. Quiere realizar el cambio cultural, social, económico y político.

Quienes trabajamos en educación entendemos que sólo se podrá construir una sociedad más perfecta cuando el hombre que la integre encuentre y tenga acceso a las oportunidades de su propia superación y perfeccionamiento.

Educar no es conservar, sino transformar.

El hombre no es una cosa estática. No es objeto que yace. Es sujeto dinámico y en proceso de cambio, en búsqueda permanente, en desequilibrio creador.

Su condición de "ser social" le permite crear la sociedad y hacerse —dentro de ella— trascendente. Descubre allí el sentido histórico de su existencia y la solidaridad y en el ejercicio de ellas, busca la justicia y el bien.

La conciencia de sí mismo, de su libertad, de su condición de sujeto creador, del significado y valor de su quehacer, le permiten adherir y participar en el quehacer social con un sentido de

responsabilidad que le imponen los nuevos valores, ideales, principios, normas de una sociedad en transformación.

En esta dimensión, HOMBRE, SOCIEDAD, EDUCACION, CAMBIO SOCIAL, son conceptos que se implican y se influyen recíprocamente y no hay reflexión alguna que sobre cualquiera de ellos se haga, que no deba tener —como marco de referencia—, a todos los demás.

Por eso, los maestros demócratacristianos —al igual que muchos otros maestros independientes— señalamos hoy al país la dramática urgencia de definir mejor al HOMBRE y sus valores; de examinar críticamente la SOCIEDAD en sus funciones y estructuras, para hacerla más eficaz, abierta, democrática, libre y humanizadora; de introyectar en el espíritu de la ciudadanía la voluntad de CAMBIO; de encontrar en la EDUCACION —empresa comunitaria— el más poderoso impulso para las transformaciones.

La educación es la esencia de la revolución.

El hombre sumergido en el submundo de la indigencia cultural, económica y política surge a través de ella como una clara conciencia de sí mismo y de su mundo. Se pone de pie y crea —con sus iguales— los hechos sociales y políticos que le incorporan, como un nuevo sujeto, en el cauce histórico de su época.

Por eso sostenemos que —en Chile— la revolución no es de sangre, sino de conciencia. Que implica una reivindicación de los valores cristianos verdaderos. Que procuramos hacerla en libertad y en solidaridad de los pueblos y de las comunidades.

La participación del maestro está, pues, en el diálogo que debe acentuarse para la educación permanente del pueblo.

Crear la nueva sociedad, fijar las nuevas normas, abrir paso a las nuevas instituciones que emergen como representación de un pueblo que se pone de pie y participa, no es tarea de una campaña ni un trabajo accidental y pasajero. Debe ser, para el maestro, la vocación que permanece, el norte orientador, la guía, el fin más alto.

Un gobierno revolucionario debe ser un gobierno de integración y participación del pueblo en la transformación de Chile.

La educación es —en este contexto— no un derecho, sino un deber que recae sobre la comunidad entera: niños, jóvenes, adultos. La educación es para todos los chilenos. Ella significa formación, capacitación, perfeccionamiento de las juventudes y de los adultos para el cambio integral, para el avance acelerado.

Sólo la COMUNIDAD EDUCATIVA puede hacer realidad las oportunidades educacionales que

cada chileno necesita. La comunidad educativa —integrada por todos los organismos encargados de la promoción social y humana, por los trabajadores de la educación, por los organismos de base del pueblo, por los educandos y sus padres o apoderados— deben acentuar el proceso de democratización de la enseñanza.

No basta, para ello, construir más escuelas o nombrar más profesores. La calidad de la educación debe ser cada vez superior y extendida a todos los colegios.

Todos los niños de Chile tienen derecho a formarse en locales adecuados, bajo la guía técnica de los mejores maestros, con recursos didácticos adecuados y suficientes, realizando experiencias educativas seleccionadas y organizadas de tal modo que conduzcan —por un científico y ordenado proceso— a la formación de las conductas deseables en el hombre de la sociedad comunitaria.

Los adultos necesitan incorporarse ahora mismo al proceso de cambio cultural que asegure —de modo real— su participación en el cambio impuesto por el desarrollo científico y tecnológico del que, hasta la iniciación de la Reforma Educativa del año 1965, hemos estado marginados.

Necesitan la oportunidad de recalificarse profesionalmente, de ampliar su marco cultural, de perfeccionarse permanentemente en un sistema adecuado a las necesidades y requerimientos de recursos humanos para el desarrollo socio-económico en marcha, pues ninguna meta de avance o mejoramiento material es concebible sin la presencia del hombre preparado, creador, de inteligencia entrenada, en resumen, PARTICIPANTE.

Queremos que sea la COMUNIDAD EDUCATIVA la que abra las puertas a un sistema educacional verdaderamente nacional, integrador del espíritu y la fuerza del pueblo en torno a lo que es su aspiración auténtica y su auténtico modo de expresarse.

La unidad nacional sólo se consigue haciendo del vivir unido y del quehacer solidario una práctica constante y una tarea de fe.

Necesitamos asegurar los mejores niveles de excelencia educativa para los talentos de la juventud y de los trabajadores chilenos, haciendo de la asistencia escolar un proceso consubstancial a la educación y asegurador de la permanencia de cada niño, joven o trabajador en el sistema, hasta el sólo límite de su capacidad y vocación.

El país requiere que todo este proceso —dentro del SISTEMA NACIONAL DE EDUCACION— esté conducido y orientado por maestros que estén en condiciones de ofrecer su mayor capacidad profesional, libres de cualquiera presión o tutelaje.

El perfeccionamiento del magisterio es base primaria y esencial en esta empresa. Debe ser el maestro quien permanentemente, como mandato de su condición docente, esté renovando su experiencia y calificándose en el quehacer profesional.

Con claridad ya lo hemos dicho. La liberación del pueblo la hace el propio pueblo. La hacemos todos.

La primera condición de la educación es aquella de ser liberadora. Liberadora y humanizadora. Por eso, el imperativo de la nueva educación y del cambio cultural, en Chile, es que se haga pensando en el hombre todo y en todos los hombres. Allí se fundamenta la sentencia aleccionadora dicha —en más de una oportunidad— durante la última campaña: "Sin justicia para todos, no habrá seguridad para nadie".

En razón de lo anterior, los maestros buscamos —dentro del pueblo mismo— la integración y el diálogo. Buscamos la identificación de aspiraciones y de metas, en un proceso hermanador, profundo, positivo y fecundo que tenga como fundamento la acción con sentido de comunidad.

Queremos coger la solidaridad humana en su mejor sentido y lograr —a través de la unidad de los chilenos— que nuestro país muestre su ardiente y voluntariosa decisión de alzar su voz y sacudir su realidad en revolucionario gesto frente al mundo.

La educación y el educar son los pilares primeros y fundamentales en la tarea que esbozamos.

Ha de ser en las fuentes de la educación en donde la injusticia se transforme en justicia, la opresión en libertad, el odio en amor, la desesperanza en fe, la inanición y la abulia en creación y lucha, la agresión en respeto, la minimización del hombre en dignificación y humanización de cada ser.

Los maestros —trabajadores sociales ubicados en la médula misma del principal quehacer social— hemos definido nuestra responsabilidad, desde el punto de vista de cristianos, y en esa perspectiva, estamos dispuestos a cumplirla.

Juventud, Tecnología y Libertad

Sergio Palacios

La unanimidad observada hasta ayer entre los autores marxistas, para atribuir a los obreros el carácter de vanguardia revolucionaria, ha dejado ya de existir. André Gorz, entre otros, ha dicho: **“a partir del momento en que el capitalismo puede conceder a la clase obrera derechos y libertades, por limitados que sean, en que los trabajadores pueden procurarse lo necesario y aún algo de superfluo, ya no es evidente que la necesidad de vivir mejor exija trastornos revolucionarios”** (1). Las reivindicaciones salariales han originado, en la moderna sociedad industrial, una dependencia entre los sectores laborales y el sistema económico, que se opone a la sustitución del régimen establecido.

Válida o no esta observación, es innegable que otros sectores sociales han tomado en sus manos las banderas de la revolución, no sólo en Europa sino en todo el mundo.

La nueva **vanguardia** la integran los jóvenes, puesto que no tienen con el orden vigente **“intereses arraigados, ni en el sentido económico, ni en el sentido de los hábitos y valoraciones”** (2). Esto y no únicamente el volumen de su masa electoral, hace de la juventud un factor dinámico que no se puede ignorar, en la perspectiva política de nuestra democracia.

A menos que los adultos nos resignemos a un papel pasivo, deberemos hacer un esfuerzo para compartir las aspiraciones de nuestros jóvenes en la gestación de la sociedad futura.

Hay, desde luego, un fenómeno en marcha destinado a precipitar las cosas, que acaso por nuestro carácter de país económicamente subdesarrollado, no hemos logrado aún advertir.

Una verdadera revolución tecnológica se ha iniciado en la sociedad avanzada y está golpeando nuestras puertas.

Las consecuencias que de ella se derivan, para el futuro de las nuevas generaciones, deben comenzar a ser dilucidadas.

Productividad y bienestar.

Estamos una vez más amenazados por el hambre (3). Además del peligro de exterminio que significa la posibilidad de una guerra atómica,

(1) Varios autores: LA SOCIEDAD INDUSTRIAL CONTEMPORANEA SIGLO XXI, 1969 “Sindicalismo y Política” Pág. 100.

(2) Karl Mannheim: DIAGNOSTICO DE NUESTRO TIEMPO. Fondo de Cultura Económica 1969. Véase Pág. 54.

(3) Asociación de Científicos Alemanes: LA AMENAZA MUNDIAL DEL HAMBRE. Alianza Editorial 1970, Págs. 11 y 35.

nuestro crecimiento demográfico es explosivo (4). Paradojalmente, el avance tecnológico podría hacer viable la dorada "autarquía", de que hablara el viejo Aristóteles (5). Disponer del mínimo necesario para nuestra existencia requiere de más trabajo, pero, cosa extraña, no de que los hombres trabajen más.

Entre los siglos X y XVIII, la humanidad pudo perecer también de hambre. La tierra, en la Europa occidental, no fue capaz de alimentar una población que había crecido casi al doble. Cultivos rudimentarios, escaso progreso en la metalurgia del hierro, ignorancia técnica en general (6) fueron la causa de este peligro.

En Francia, tan solo "a partir de 1709 ya no se vende carne humana en el mercado de Tournus" (7). Práctica que se había venido produciendo frecuentemente durante las diversas hambrunas que azotaron al mundo "civilizado" (8).

No fue el uso de una mayor mano de obra disponible, ni la extensa duración de la jornada laboral (9), lo que permitió elevar la producción de bienes económicos hasta alejar la amenaza. Innovaciones científicas y técnicas, mejoras en la genética agrícola y pecuaria, más adecuada rotación de los cultivos, liberaron de las hambrunas al mundo occidental (10).

Es decir, fue el incremento de la **productividad** del trabajo lo que salvó del exterminio a la humanidad.

El maquinismo y la Revolución Industrial que desató, fueron, a pesar de los trastornos sociales, factores de progreso. El uso de fuentes naturales de energía, agua, vapor, electricidad, relevó al **músculo** humano, del trabajo. La fuerza y la habilidad del artesano ya no fueron necesarias.

La racionalización del trabajo y la mecanización de la industria, han permitido gozar de la abundancia y del bienestar a la moderna sociedad avanzada.

Con todo, esto ya está siendo superado y los países en desarrollo no podrán sustraerse al progreso.

La automatización industrial.

Desde el tercer decenio de nuestro siglo un nuevo avance tecnológico se ha venido gestando. Los progresos de la electrónica han logrado finalmente sustituir la inteligencia humana, en las tareas rutinarias de control. Ahora la máquina conduce a la máquina y el hombre es apenas algo más que un testigo.

Las calculadoras electrónicas han permitido la "automación" (11) o automatización de la industria y, de este modo, han hecho dar a la productividad un nuevo salto adelante.

No obstante, la mitad del género humano sigue recibiendo menos de las 2.800 calorías necesarias para sobrevivir (12).

(4) En 1960 había 2.998 millones de hombres. Se calcula un total de 7.500 para el año 2.000 Véase Ibid. Pág. 13.

(5) ETICA A NICOMACO. Libro X, 7.

(6) Shepard B. Clough: LA EVOLUCION ECONOMICA DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL. Omega 1962, Pág. 77.

(7) Jean Fourastié: MAQUINISMO Y BIENESTAR. Argos 1955, Pág. 89.

(8) Ibid. Pág. 85.

(9) S. B. Clough: Op. Cit. Pág. 271 y Fourastié: Op. Cit. Págs. 222 y ss.

(10) S. B. Clough: Op. Cit. Pág. 316.

(11) El neologismo "automación" fue propuesto por D. S. Harder y John Diebold para reemplazar el de automatización. Para más detalles véase la obra de Friedrich Pollock: LA AUTOMACION, SUS CONSECUENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES. Sudamericana 1959. notas de la Pág. 19.

(12) Fourastié: Op. Cit. Pág. 137.

Se tiene derecho a preguntar ¿por qué no se ha conseguido derrotar definitivamente el hambre?...

Si la nueva tecnología no se empleara con tanta frecuencia en satisfacer necesidades superfluas, si no se derrochara tanto esfuerzo en alcanzar el predominio bélico o en ganar la competencia espacial, el mundo que hoy heredan los jóvenes, sería más humano y más feliz.

La automatización puede contribuir eficazmente a solucionar el problema de la nutrición de los pueblos pobres. **"Se ha demostrado que, aún en la agricultura, las grandes granjas que entregan el 85% de los productos agrícolas ofrecidos en el mercado pueden utilizar la automación gracias, sobre todo, a las "investigaciones operacionales" (13).**

La producción automática ya no es sólo un tema para novelas de "ciencia-ficción". Se aplica desde hace años en acerías, fábricas de aparatos electrónicos, de automóviles, de aviones, de armamentos, de máquinas de oficina, de muebles, de conservas, de alimentos, de cigarrillos, de vidrio, de productos químicos y de caucho, en panaderías, molinos harineros, industria textil, de confección, petroquímica, producción de cemento, petróleo, etc. En las más disímiles y variadas industrias o funciones para la paz y para la guerra.

Los Estados Unidos, la Unión Soviética, Inglaterra, Francia, Alemania Federal, Italia y otros países de la sociedad industrial avanzada, han adoptado rápidamente el nuevo proceso. Si los países pequeños no adoptan la nueva tecnología no podrán competir jamás en el mercado internacional.

La imagen de aquella fábrica mecanizada en donde el artefacto por construir, circula sobre una cinta transportadora frente a una fila de operarios que repiten un mismo movimiento, sin enterarse jamás del proceso total en que participan, está ahora desapareciendo (14).

Por cierto que la adopción de la nueva tecnología no está exenta de problemas. **"Si no se tomaran contramedidas eficaces, la desocupación tecnológica podría acarrear la repetición de los estragos provocados en el mercado de trabajo por la primera revolución industrial y por el movimiento de racionalización" (15).** Este, empero, no es el único peligro que es necesario conjurar.

Temores y cuidados frente a la automatización.

Una encuesta Gallup realizada en Detroit hace dieciséis años demostró que entre los temores del norteamericano, la automatización ocupaba el segundo lugar después del miedo a la URSS (16). Se informó entonces al Congreso de los EE. UU. que existía **"miedo al cambio, miedo a la tecnología, miedo al despido, miedo a la cesantía, miedo a las máquinas, miedo a la ciencia en general"** (17). Fueron necesarias numerosas conferencias y reuniones nacionales e internacionales para ponderar adecuadamente la validez de esos temores. Por último, los trabajadores se pronunciaron favorablemente por la automatización. El dirigente Walter Reuther declaró: **"La ciencia y la técnica nos dan los instrumentos para promover una economía de abundancia. Queremos hacer todo lo que esté**

(13) Pollock: Op. Cit. Pág. 47.

(14) Una moderna máquina transporte que se emplea para fabricar bloques de motor para automóviles, ejecuta 555 operaciones distintas. Tiene la forma de una herradura de 117 metros de largo. Las piezas le son llevadas por dispositivos mecánicos y trabajadas automáticamente en cada estación en la posición que conviene a cada máquina herramienta. Cumplidas las 555 operaciones, un aparato de verificación electrónica da el visto bueno y una cardena transportadora la conduce a la sección montaje. Sólo tres operarios intervienen en la faena. Se ocupan del reemplazo de las herramientas desgastadas. Ver, Pollock, Op. cit. Pág. 56.

(15) Ibid. Pág. 201.

(16) Ibid. Pág. 26.

(17) Loc. Cit.

a nuestro alcance para que esos instrumentos concedan a toda la humanidad mejores condiciones de vida, una mayor seguridad, libertad y más tiempo disponible para sus ocios" (18).

En los años que han transcurrido, la temida desocupación masiva no se ha producido en los EE. UU., pero, otras amenazas se ciernen sobre la sociedad tecnológica. Algunos autores creen ver en ella una intesificación del autoritarismo y la aparición de una oligarquía tecnocrática. La mayoría depende de una minoría, pues, como lo señalara Marx Weber: "mientras más racional y tecnológica llega a ser la administración de la sociedad moderna, más se depende de las decisiones que toman unas cuantas personas..." (19).

Evidentemente, si unos pocos técnicos manejan grandes complejos industriales capaces de producir enormes cantidades de mercancías, la huelga puede ser una catástrofe nacional.

A la inversa, el reemplazo o la coerción policial de pequeños grupos renuentes, puede invalidar el derecho de huelga.

Ante tal peligro "sólo una economía planificada puede superar en forma racional los problemas nacidos de la automatización" (20). Mantener el régimen de "libre empresa" puede significar el fortalecimiento de los grandes monopolios y oligopolios propios del neo-capitalismo. Esto no debe interpretarse como un alegato en contra del sistema democrático.

Por el contrario, como lo señalara Mannheim a fines de la Segunda Guerra Mundial, no habrá contraposición entre planificación y democracia si se asegura la debida participación popular en la toma de decisiones (21).

Finalmente, es posible considerar impracticable la automatización para los países en vías de desarrollo, a causa del elevado costo de los equipos necesarios (22). Aclaremos que el diseño y construcción de la pieza fundamental de los equipos automáticos, esto es, la computadora electrónica, no está fuera del alcance de los conocimientos, inventiva y recursos de cualquier particular con formación universitaria.

La Fisher-Price Company, de Nueva York, montó su fábrica automática con "materiales comunes de ferretería" (23) y en Inglaterra la firma Lyons Tea Shops, construyó su propia computadora con elementos tan simples que se la describía como "sujeta con alambre de fardo y cinta aisladora" (24).

Con todo, como lo ha dicho J. Diebold (25), la automatización no es sólo un nuevo modo de producir, sino, "antes que nada, cierto estado de espíritu, una 'filosofía', por así decirlo, de la producción, mucho más que una tecnología especial (...) Es una especie de idea-fuerza, tan revolucionaria, a su manera, como la idea del trabajo en cadena de H. Ford" (26).

Producción y tiempo libre.

La reducción de la jornada laboral, la creación de nuevas empresas en el sector económico de los "servicios", pueden detener momentáneamente la desocupación pero no hay duda que: "Cuando las máquinas se

(18) Ibid. Pág. 194 (Ref. The CIO News, 4-Julio-1955).

(19) LA SOC. INDUSTRIAL... Op. Cit. Pág. 65. Cit. por H. Marcuse.

(20) Pollock: Op. Cit. Pág. 222.

(21) Op. Cit. Véase Pág. 15.

(22) Entre 200 mil y 10 millones de dólares, según Walter Buckingham: EL IMPACTO DE LA AUTOMATIZACION EN LA GENTE Y EN LOS NEGOCIOS. Hobbs S. Americana 1964, Pág. 96.

(23) Buckingham: Op. Cit. Pág. 105.

(24) Ibid. Pág. 107.

(25) Pollock: Op. Cit. Pág. 24.

(26) Sobre el trabajo "en cadena" véase, Georges Friedmann: ¿A DONDE VA EL TRABAJO HUMANO? Sudamericana 1961, Pág. 153.

encargan del trabajo, las firmas no necesitan efectuar numerosos despidos; se conforman con no tomar ningún nuevo empleado para los puestos vacantes. En realidad los despidos perjudican al joven que termina sus estudios al año siguiente" (27). Una investigación de la Universidad de Chicago en doce casos de automatización, reveló una reducción de requerimientos de mano de obra en un promedio del 63,4 por ciento (28). Por lo demás, se ha señalado entre 1953 y 1960 una reducción de 13 mil obreros en la industria química norteamericana, en circunstancias de que la producción en este rubro, creció un 80% en el mismo período (29). Es decir, se puede lograr un considerable aumento de la producción a pesar de reducir el empleo de mano de obra.

Nuestra actual civilización burguesa perpetúa un prejuicio puritano. Estima que el cobro de un salario, por un trabajo no efectuado, es inmoral. El capitalismo se hizo éticamente admisible, cuando Calvino rompió con la doctrina canónica de la Iglesia sobre la "usura", autorizando el cobro de intereses y el enriquecimiento con fines de producción (30). Esta manera de pensar es insostenible en la nueva sociedad tecnológica.

Tenemos que aceptar, cuando la sociedad es capaz de producir la abundancia, que el hombre puede legítimamente recibir un salario, aún cuando no participe directamente de la producción. Así como hoy día nadie suele acusar de inmorales al rentista o al inversionista que vive sin trabajar, de los intereses de su capital, no se debe anatematizar a los que viven del fruto del **capital social** acumulado por la civilización. Se ha dicho: **"... desde hace más de un siglo la sociedad comete este crimen imperdonable: infligir a millones de seres un oficio que no pueden amar, al que no pueden sino habituarse"** (31). Ahora es posible reparar esta grave falta. Dejemos que los jóvenes puedan realizar sus auténticas vocaciones. No les obliguemos a seguir atados a la **producción**, permitámosles dedicarse a la **creación**. En el arte, la ciencia y la invención la juventud puede auto-realizarse. Hasta el cultivo de la propia perfección moral y espiritual necesita de tiempo libre.

"La técnica" —ha dicho Monseñor Höffner— **"procura al hombre un asueto antes desconocido. El asueto es el origen de toda civilización, siempre que el hombre sepa dirigirlo bien. Sólo una educación del espíritu y del corazón, fundada en la religión y en la moral, puede conjurar el peligro propio de la era atómica: el error fatal del materialismo"** (32).

Nuestros jóvenes no son viciosos ni holgazanes **"desean participar en la formación del hombre nuevo para un mayor bien comunitario. Anhelan construir un mañana lleno de fraternidad.**

Muchos desean terminar con el materialismo y humanizar la sociedad... Los jóvenes esperan lograr la libertad y la justicia, llevar la cultura al pueblo, tomar parte en los problemas, en los grupos de decisión" (33).

Hemos construido un mundo en donde la espiritualidad, los valores morales, la solidaridad nada valen frente a la posesión de la riqueza. Se nos ofrece la oportunidad de cambiar el **orden establecido**. La técnica aplicada a la satisfacción de las necesidades más apremiantes y un acendrado ascetismo de lo superfluo harán posible la verdadera libertad.

El joven quiere ser alguien: **"Busca en la vida, con todas sus energías, la libertad"** (34). Hoy podemos brindársela.

(27) Pollock: Op. Cit. Pág. 128.

(28) Buckingham: Op. Cit. Pág. 140 (Estudio de G. Osborn).

(29) Ibid. Pág. 145.

(30) Véase S. B. Clough: Op. Cit. Págs. 140-141.

(31) Morvan Lebesque: JANUS. Oct. Dic. 1966, Pág. 13.

(32) Colaborador de Adenauer, véase: PROBLEMAS ETICOS DE LA EPOCA INDUSTRIAL. Rialp. 1962, Pág. 30.

(33) y (34) Informe de la Secretaría Nacional del Episcopado de Abril de 1971. Pub. Revista "IGLESIA". Junio, Págs. 8-15.

¿Inutilidad del Arte en la Sociedad Moderna?

Mientras durante el Renacimiento se consideraban las artes como la suma de la actividad humana y el artista como un ser a quien Dios había investido de una gracia especial, en nuestro siglo obviamente dominado por el materialismo, la tecnología se ha colocado en primer lugar. En los últimos años, en la enseñanza media, se ha venido suprimiendo horas de clases a todas las materias relacionadas con el arte. Poco a poco se está filtrando la pregunta: ¿para qué sirve el arte?

Planteando esta pregunta a boca de jarro, así de buenas a primeras, se debería contestar: el arte no sirve para nada, porque la primera condición de la obra de arte es precisamente carecer de una finalidad práctica, ser algo gratuito. Pero en el momento en que se lanza semejante afirmación, de una plumada, se ha borrado la historia del hombre en los últimos quince mil años. Y entonces es posible darnos cuenta que el asunto no es tan simple como parece. Siendo el arte una actividad totalmente inútil para una sociedad de hombres-robots, puede llegar a ser la meta principal de una sociedad humanista.

Entre estas alternativas es necesario ser consciente y darse cuenta que un libro más o un libro menos, un cuadro más o un cuadro menos, no es cosa tan indiferente. A veces un libro ha significado el principio de una era y el estilo barroco sirvió como pieza de convicción en todo el proceso de la Contrarreforma. Pero hay más. Nos podemos preguntar: ¿por qué el hombre ha sentido inclinación hacia el arte? Aparentemente es un misterio, pues parece difícil llegar alguna vez a una investigación de orden histórico que permita esclarecer los orígenes del arte. Existe una certeza: las primeras manifestaciones se encuentran en las cavernas prehistóricas y representan

simplemente impresas de manos. Más tarde hubo dibujos de animales, luego alguna que otra figura humana y el arte paleolítico cerró su ciclo con enigmáticos signos de puntos y enrejados. ¿Fue la idea de una estética —o sea de lo bello— lo que movió al hombre de Neanderthal a decorar las cavernas? Evidentemente que no. Esas cavernas, cuyo uso no se sabe si estuvo dedicado a la magia o a la habitación, en sus "decorados" efectuados a veces hasta en las partes más profundas, tuvieron obviamente un significado para aquellos que los realizaron.

Aquí ya tenemos un valor y un elemento de juicio. Aquellos signos trazados por seres en un incipiente estado de cultura, ya tienen un significado para él y para los hombres que le rodean. Pero a la vez, cuando miles de años después de haber sido realizados aquellos signos, otros hombres los han encontrado (aunque se desconozca el por qué del asunto) el signo o el dibujo de un animal despierta en los descubridores una nueva e inquietante emoción. Estamos nuevamente ante un significado, que ahora se vuelve enigmático.

No hemos de analizar toda la historia del arte en un breve espacio. La referencia al paleolítico, como el menos teórico ejemplo de arte, sirve como base no sólo para demostrar intención y significado, sino todavía algo más importante: que en la prehistoria de la cultura, cuando el hombre sólo conocía la piedra o los huesos del animal como utensilios cuando no era capaz de imaginar una escritura ni un habitáculo para sí, ya era capaz de dejar constancia de su paso por la vida a través de sus dibujos. ¿Qué duda cabe que las cuevas de Altamira, Isturritz, Les Deux Frères, Lascaux y otras tantas, son el principio no sólo de la historia consciente del hombre, sino tam-

blén de la historia del arte? De lo cual se desprende también que en el momento cuando el ser humano empezó a actuar realmente como homo sapiens y miles de años antes de llegar a actuar en una sociedad organizada (lo cual ocurrió sólo en el neolítico) ya empezó a plasmar el arte. Entonces se puede llegar a la conclusión que la actividad mental consciente del hombre y el arte van estrechamente unidos de la mano y que desde que el hombre tiene una historia, ésta se ha encontrado en la historia del arte.

Parece una verdad de perogrullo, porque se ha hablado mucho de todo cuanto queda como testimonio del pasado es aquello que está consignado en la historia del arte. Pero cuando nos encontramos ante la inminente amenaza de que el arte desaparezca por "inútil" o "por artículo de lujo dedicado a una élite", es necesario volver a las demostraciones simples, que a la postre son las más eficientes.

EL ARTE COMO EXPRESION DE LA CULTURA

El hombre fue evolucionando e inventó la escritura. Pero ello no ha impedido que siguiera dibujando y tampoco esculpiendo. Más aún, al nacer la escritura, nació también una nueva forma de arte: la literatura. Así, a medida que el hombre iba descubriendo las propias formas de su inteligencia, iba dando curso a través de manifestaciones en las cuales dejaba en claro su actividad espiritual. La actividad espiritual es por lo tanto una consecuencia del desarrollo mental del hombre.

El mundo se fue poblando de significados. Si para el hombre de las cavernas el animal tenía en primer lugar el valor de alimento —y tal vez para conseguir cazarlo fijaba sobre las paredes su imagen— si se supone por lo tanto que todos los ejemplos de animales en las cavernas tuvieron un fin mágico de una humanidad cazadora, ya transportados a la época histórica, el animal no perdió su evocación mágica, sino perdió aquella netamente alimenticia, y se encumbró a una jerarquía superior, la de ídolo, y luego de símbolo de lo sagrado. Desde el escarabajo y el buey Apis en Egipto, los toros alados de Babilonia, el becerro de oro del Antiguo Testamento, hasta el pez, símbolo del primitivo cristianismo y luego de Agnus Dei, nos da en rápida secuencia de cómo pudo evolucionar la idea al redentor de la representación de un animal simbólico.

No interesa en este momento analizar la evolución mágico-religiosa del ser humano, sino sólo demostrar que en su evolución, como homo sapiens, el hombre fue cargando de significados a los entes que le rodean, dándoles a estos signi-

ficados toda una simbología que a su vez se expresa en forma y colores como dibujos, pinturas, esculturas o arquitectura.

No podemos desprendernos de esta evolución del intelecto que es la evolución misma de la cultura. Somos una resultante del pasado y descendientes directos de aquellos que imaginaron al héroe Gilgamesh, la esfinge de Egipto, aquellos que recibieron las tablas de la Ley dictadas en el Monte Sinaí, aquellos que imaginaron a Zeus en el Olimpo, a Quetzalcoatl alejándose en una barca trenzada de serpientes y así sucesivamente. La capacidad de imaginar la esfinge o a Zeus y de transformar la imaginación en imagen es la gran aventura del espíritu humano.

La Biblia nos dice en el Génesis que Dios creó el mundo en siete días y que primero dijo que se hiciera la luz y se hizo la luz, y Dios vio que eso era bueno. Parafraseando esta idea, ¿no podríamos decir también que el hombre creó las pirámides de Egipto y vio que eso era bueno y siguió creando hasta conseguir un artefacto que lo trasladara a la luna?

Algunos filósofos hacen una relación entre el arte y la teoría del conocimiento. Indudablemente que el arte, forma tan compleja de expresión del hombre como el hombre mismo, tiene alguna relación con la teoría del conocimiento, los contactos son a veces notorios. Por ejemplo: los niños de corta edad suelen dibujar. Algunos padres se imaginan que sus vástagos van a resultar futuros Miguel Anjel o Picasso. Luego resulta que a los doce o trece años el niño olvida los lápices que antes tanto le fascinaban. Hubo pedagogos que pusieron el grito en el cielo hablando de los malos sistemas de enseñanza que impedían el desarrollo de los futuros genios del arte. Sólo olvidaron una cosa: que para el niño el dibujo es una manera de "conocer" las cosas, dibujarlas es como apoderarse mentalmente de ellas. Y cuando ese niño ya conoce el mundo que le rodea, entonces desecha el dibujo que no le sirve y sólo lo empleará en el caso que realmente haya nacido con una sensibilidad apta para comunicarse con el resto del mundo por medio de las formas y los colores; o sea por medio del arte.

Ahora bien, ya producida la obra de arte, ¿de qué sirve?

"La cultura—arte, ciencia o política— es el comentario, es aquel modo de la vida en que, refractándose ésta dentro de sí misma, adquiere pulimento y ordenación", dice Ortega y Gasset.

Existen muchas definiciones del arte, pero Ortega, ¡aunque personalmente pretendía no entender nada de arte! con aquella claridad que le

caracterizaba, puntualiza bien: pulimento y ordenación.

En la naturaleza no existe el caos y tampoco en el universo. Pero la perfección de la mente humana es imperfecta —para utilizar una imagen del hombre muy “humanista”—. Percibimos la realidad entre parpadeo y parpadeo. Entre uno y otro instante queda un lapso de vacío. Así la imagen del mundo que percibimos nos llega en forma fragmentada y caótica. La ordenación es necesaria. Colocando en orden contrario a Ortega, diríamos que después viene el pulimento.

Si el arte es una forma vital de la expresión del hombre, si es parte de su cultura, al igual que la ciencia o la política, según Ortega, se empieza a vislumbrar ya el enorme alcance de este “hacer” humano. Adentrarse en el conocimiento del arte significa adentrarse en el conocimiento del hombre mismo. Toda la variada gama de las emociones y pensamientos están encerrados entre los pinceles de los pintores y los cincelos de los escultores.

Herbert Read dice: “El cultivo del arte constituye una educación de los sentidos, y si no se nos da una educación de esta índole, si nuestras manos permanecen vacías y nuestra percepción de la forma sin ejercitarse, en el ocio y la vaciedad nos volcamos en la violencia y el delito. Cuando no existe una creación, el instinto de muerte toma la delantera y dispone la destrucción sin finalidad, gratuita”. Y luego Read añade: “La educación de los sentidos... no es en la actualidad preocupación de nuestras escuelas ni de la educación del adulto”.

Enseñar el arte, significa dar al ser humano una nueva dimensión de las cosas que no encontrará en ninguna de las ramas de las ciencias exactas que se le pretenda enseñar. Es posible que un hombre cansado por ocho o diez horas de trabajo en una fábrica o en una oficina no pueda leer a Kant, Hegel o Heidegger. Pero ese mismo hombre se renovará a sí mismo frente a la contemplación de la obra de arte.

En nuestra época nos encontramos ante un extraño fenómeno producido por la sociedad de consumo: el hacer creer que la cultura es cosa aburrida. Lo estamos palpando constantemente en los “productos” que se ofrecen al público, desde diarios y revistas, hasta obras de teatro, vestimenta y toda una variada gama de otros objetos al alcance de la masa consumidora. Existe casi una cierta consigna que para alcanzar la amplia difusión en el “mercado consumidor” es necesario un coeficiente cultural bastante bajo. Informar sin

profundizar, demostrar conocimientos sin convicciones, producir efectos sin demostrar talento, vestir sin tratar de mejorar el aspecto físico personal, en fin de cuentas todo aquello que significa cultura y depuración, educación de los sentidos, ha sido declarado obsoleto.

Y sin embargo en épocas como la Edad Media por ejemplo, cuando el analfabetismo era casi general en el pueblo, éste tenía acceso a las magníficas catedrales, que no sólo eran —y siguen siendo— monumentos de la religión, sino también templos del arte. Todo el arte medieval es heredero de aquella época oscura que invadió a Europa a la caída del imperio Romano. La cultura se refugió en los conventos y de allí volvió a surgir y a resplandecer. Los hombres cultos de entonces, generalmente hombres de religión, no tuvieron miedo de parecer “aburridos” al construir las magníficas iglesias románicas ni las catedrales góticas. Ellos supieron dar al pueblo una cultura, una educación visual espiritual y que nuestra época, tan embuída de teorías y tecnicismo, les está negando.

Lo que Herbert Read llamó la educación por el arte, ha pasado a ser en la urbe moderna realmente sólo entretenimiento para unos cuantos ociosos. La apreciación del arte es hoy por hoy materia de especialización. Y no se trata de la apreciación crítica, que obviamente ya necesita de una formación especial, sino de la apreciación por el deleite de la cual no participan ni el profesional, ni el comerciante, ni el industrial, ni el empleado, ni el obrero. En personas con formación universitaria, es pasmoso a veces notar la desconexión existente entre la técnica y el arte. Y eso es grave, muy grave. Cuando se pierde la posibilidad del deleite en las cosas espirituales, naturalmente la humanidad vuelca sus energías en los bienes materiales y se produce una saturación de ellas y un trastocamiento de la escala de valores.

Se comprenderá entonces que el arte tiene más importancia que la que se le da en nuestra época. Aparentemente se tiene la convicción que será posible la creación del “hombre nuevo” —del cual habla la juventud de nuestro tiempo con tanta impaciencia— por medio de la ciencia y de la técnica. Pero suelen olvidar que el hombre no es un aparato, sujeto a ajustes mecánicos. Podríamos decir que el hombre contiene un potencial emotivo y sensible, que está siendo descuidado, y que necesita urgentemente de una educación o por lo menos una orientación.

Ana Helfant

LA SITUACION DE LA PEQUEÑA Y MEDIANA MINERIA (1)

Alejandro Noemi

El terremoto del 8 de julio.

Como expresa el dicho popular "en la vejez, viruela", esta horrible sequía, que ha destruido la agricultura, dado muerte a decenas de miles de animales caprinos en la provincia de Coquimbo, dejando en la miseria más absoluta a más de sesenta mil comuneros que vivían de esta actividad, se viene a sumar el terremoto ocurrido el 8 de julio recién pasado, que azotó a tres departamentos del sur de Coquimbo: Ovalle, Combarbalá e Illapel. En ellos quedaron destruidos escuelas, hospitales, edificios, establecimientos comerciales, mineros, industriales, etcétera. Principalmente en las comunas de Illapel y Salamanca dejó prácticamente en el suelo e inhabitables un ochenta por ciento de las casas.

La minería, el camino más rápido para salir de esta emergencia.

Ante este cuadro tan desalentador y que puede traer muy graves consecuencias, hay un solo camino rápido para salir de esta emergencia: la actividad minera. Esta, por su fuerte demanda de trabajo, por su volumen de producción, está en condiciones de absorber la cesantía, dar trabajo remunerativo, crear riqueza, recuperar aceleradamente el ingreso y, lo que es más importante, entregar al país una apreciable partida de divisas, que tanto necesita para importar alimentos, maquinarias y elementos para el desarrollo nacional. Reconozco que no es el mejor camino continuar como productor de materias primas entregando divisas para que progresen otras zonas e irse quedando con los hoyos y sin destino. Pero, sin perjuicio que el Norte Chico debe buscar diversificar

su producción y entregarla más adelante con trabajo incorporado mediante un progreso industrial y tecnológico, no tenemos por ahora qué elegir y debemos seguir trabajando y produciendo, más que en beneficio de las provincias productoras, al servicio general del país.

Para destacar la importancia que la pequeña y mediana minería tienen en la producción de cobre, que el Gobierno anterior llamó "la viga maestra de la economía" y el actual "el sueldo de Chile", he confeccionado un cuadro, con los datos que me ha proporcionado la Oficina de Informaciones del Senado, de la producción chilena en los últimos diez años (1961 a 1970), separando lo que corresponde a la grande, a la mediana y a la pequeña minería.

Producción total de cobre en los 10 últimos años (Toneladas métricas de cobre fino)

Año	Gran Minería	Pequeña y Mediana	Total
1961	481.000	50.000	546.000
1962	510.000	76.000	586.000
1963	507.000	94.000	601.000
1964	528.000	94.000	622.000
1965	479.000	105.000	584.000
1966	537.000	100.000	637.000
1967	536.000	124.000	660.000
1968	520.000	137.000	657.000
1969	540.000	148.000	688.000
1970	535.000	151.000	686.000

En dicho cuadro puede observarse que mientras la gran minería, de 481.000 toneladas métricas de cobre fino producidas el año 1961, subió en 1970 a 535.000 toneladas métricas, vale decir, en 11%, la pequeña y mediana minería, de 65.000 tonela-

(1) Discurso pronunciado en el Senado el 4 de agosto de 1971.

das métricas de cobre fino producidas el año 1961, aumentó en 1970 a 151.000 toneladas métricas, creciendo en ese mismo lapso en 132%. Otro dato importante es advertir que el año 1970 la gran minería alcanza al 78% del total de la producción nacional de cobre y la pequeña y mediana minerías llegan a la importante cifra del 22% de toda la producción.

He confeccionado también un cuadro que detalla el origen de la producción de la pequeña y mediana minería en los tres últimos años (1968 a 1970).

Detalle de la producción de la pequeña y mediana minería.

(Toneladas métricas de cobre fino).

	1968	1969	1970
Mantos Blancos	30.400	31.000	32.900
Otros productos	23.100	29.500	26.400
Disputada	33.200	33.600	38.400
ENAMI	50.600	53.600	53.500
SUMA	137.300	147.700	151.100

Como puede apreciarse, la sola compra de ENAMI a los pequeños alcanza una producción anual de 53.400 toneladas métricas de cobre fino, que equivale a 10% de toda la producción de la gran minería.

Política minera errada está destruyendo esta actividad.

Los antecedentes que he entregado prueban en forma irrefutable la importancia de esta actividad tan auténtica. Sin embargo, este camino tan claro de la minería no ha podido ser usado. Por el contrario, por razones que explico a continuación, las actuales explotaciones mineras están viviendo difíciles momentos, porque el Gobierno no ha tomado las medidas conducentes a su solución.

La baja del precio del cobre en el mercado mundial, que por cierto no es de responsabilidad del Gobierno, y la estabilización del precio del dólar bancario en E° 12,22 desde hace diez meses, y que sí es de exclusiva resolución del Ejecutivo, ha obligado a la Empresa Nacional de Minería a fijar tarifas de compra de minerales muy por debajo del costo de producción.

Fijar el dólar con que se liquidan las exportaciones en la mitad del valor que realmente debe tener, significa, en este caso, categóricamente gravar en forma directa el valor de venta de la

producción minera en E° 12 por cada dólar de retorno, medida imposible de resistir por la pequeña y mediana minerías.

Un sistema parecido, que conviene recordar, fue impuesto por el Gobierno del señor Alessandri cuando congeló el valor del dólar en \$ 1.051 durante los años 1959, 1960 y 1961. Esa estabilización llevó a la minería nacional a una de las situaciones más caóticas de los últimos tiempos. Para tratar de paliar esa crisis, el Gobierno de entonces, en vez de pagar las tarifas reales, ofreció a los mineros créditos en dólares que éstos, en su desesperación para no quebrar, recibieron en el equivalente en escudos y más tarde —cuando reventó el precio del dólar— debieron pagar el doble y triple de los escudos que habían recibido.

De ahí que en años posteriores, cuando los mineros disfrutaron de un mejor precio del cobre y muchos se preguntaban qué estaban haciendo con esa utilidad, muchos de ellos apenas si pudieron, en ese lapso de bonanza, cancelar la fuerte deuda que habían contraído, sin poder en innumerables casos invertir lo necesario para racionalizar su producción.

Ahora están viviendo exactamente la misma experiencia y, de no tomar el Gobierno medidas inmediatas, las consecuencias de esta crisis inminente serán fatales.

Por qué los mineros siguen produciendo.

Muchos se preguntarán: ¿y por qué, entonces, los mineros siguen produciendo en una situación tan desmedrada?

La respuesta es simple. No todos siguen; ya hay muchas pequeñas minas que han paralizado.

Los que continúan trabajando no reponen sus maquinarias, han agotado su existencia de repuestos y otros elementos de trabajo. No pagan las imposiciones al Servicio de Seguro Social ni a la Caja de Empleados Particulares, contrayendo con esas instituciones inmensas deudas. Tienen fuertes deudas con el comercio y documentos bancarios impagos.

Pero lo que es peor y muy grave para Chile, es que simplemente están consumiendo sus reservas de mineral. La minería, como la agricultura, necesita de un proceso para producir. En la agricultura, hay que regar, arar, tirar la semilla y esperar que la planta crezca para cosechar. En la minería hay que reconocer, preparar y explotar; cuando se termina de explotar un block de minerales, necesariamente debe estar preparado otro. No puede pedirse a los mineros que cumplan este proceso, ya que si solamente explotando sus

reservas tienen fuertes pérdidas, éstas serían gigantescas si, además, reconocieran y prepararan.

Así, sin que nadie lo quiera, en el hecho, se destruyen las minas y los daños para el país son incalculables, y muy pronto, si el Gobierno no toma urgentes medidas, empezarán a sufrirse las consecuencias.

Entendemos la necesidad social de bonificar con un dólar barato las importaciones de alimentos para evitar el alza del costo de la vida; pero nada justifica bonificar importaciones de elementos no tan necesarios y suntuarios a expensas de la producción exportable. En el caso de la pequeña y mediana minerías, se está matando la gallina de los huevos de oro.

La creciente alza del dólar de corredores, de E° 14,35, a E° 28,03, está demostrando claramente que no puede mantenerse un dólar bancario a E° 12,22. Los mineros no interfieren la política cambiaria del Gobierno, pero piden una compensación que reemplace el deterioro que sufren con esta congelación del dólar.

En el proyecto de ley que modifica la ley N° 16.282 y establece nuevas normas para la reconstrucción de las zonas afectadas por el sismo del 8 de julio pasado, la Cámara de Diputados aprobó el artículo 5°, que destina los mayores ingresos que gravan la venta de dólares y otras monedas extranjeras en el mercado de corredores, a partir del 26 de julio de 1971, al financiamiento de la ley de reconstrucción. Asimismo, destina a igual fin todos los mayores recursos y sumas que obtengan el Banco del Estado y el Banco Central de Chile por el aumento de precio del dólar y de

otras monedas extranjeras en el mercado de corredores.

Pienso que la mejor medida para servir a las zonas afectadas es proporcionarles fuentes de trabajo. En consecuencia, creo que una parte importante de esos ingresos debiera ser entregada a la Empresa Nacional de Minería, para que disponga de los fondos que le permitan pagar a los mineros una tarifa de compra de minerales y de productos que sea justa. Así, no sólo se permitirá un desarrollo de la minería, sino que se evitará su paralización total, librando al Norte de una nueva catástrofe.

Por tal motivo, cuando se discuta el proyecto de reconstrucción en el Senado presentaré indicación para que una parte importante de estos mayores ingresos sea entregada a ENAMI para mejorar las tarifas.

Los días 17, 18 y 19 de junio pasado, los mineros representados por todas las asociaciones mineras, pequeños mineros, pirquineros y camioneros, realizaron un Congreso Nacional de la Pequeña y Mediana Minerías, durante el cual adoptaron resoluciones que fueron puestas en conocimiento del Gobierno. A la sesión inaugural de ese torneo asistieron el señor Presidente de la República y el Ministro de Minería, estando presentes en todas las sesiones de trabajo funcionarios de ENAMI, Banco Central y otros organismos. Sin embargo, hasta ahora no se han tomado medidas para alzar las tarifas en conformidad a los estudios que allí se realizaron, y los mineros siguen viviendo una verdadera tragedia que puede llevarlos a todos a la quiebra y a muchos, a la cárcel.

Publicamos a continuación, tres declaraciones emitidas por Departamentos del Partido Demócrata Cristiano, a raíz de la deserción de algunos parlamentarios y militantes.

I

DECLARACION DEL DEPARTAMENTO DE EDUCACION

El Consejo Directivo Nacional del Departamento de Educación, reunido para considerar el hecho político que constituye la renuncia de algunos militantes al Partido Demócrata Cristiano, acordó formular la siguiente declaración pública:

1.—El profesorado demócratacristiano organizado reconoce como acertada la conducción política

que la Mesa Directiva ha dado al Partido en las acciones concretas que ha debido enfrentar, en los últimos meses.

2.—Entrega su total respaldo a la Declaración emitida por el Consejo Nacional del Partido y declara su adhesión a la posición que ella sustenta.

3.—Expresa su respeto profundo por las opiniones o conceptos políticos de quienes hoy se alejan del partido, pero con igual claridad manifiesta que la vocación del magisterio DC es revolucionaria, combatiente y unitaria y en consecuencia estima que la lucha por los cambios con sentido cristiano debe darse dentro del marco ideológico que nos es común, buscando la unidad creadora y no el fraccionamiento estéril.

4.—Enfatiza la importancia de la participación plena e informada de las bases, en la formulación y en la conducción del pensamiento y de la acción política de la democracia cristiana, como el principal medio de evitar todo desviacionismo caudillista.

5.—Llama a los profesores DC y simpatizantes a organizarse con nueva y más fuerte voluntad de orientar y conducir el proceso de transforma-

ciones, para demostrar de modo tajante y claro, que no estamos sujetos a la contingencia de ser más o menos numerosos, sino que por el contrario, vivimos en función de nuestro aporte y testimonio en la búsqueda de una sociedad socialista, comunitaria, pluralista y democrática.

Dentro de ella el rol ciudadano adquiere una nueva dimensión basada esencialmente en un nuevo sentido y cumplimiento de la responsabilidad social exigible a todos los individuos y los grupos, cualesquiera que sean los aportes que ellos estén dando a la vida nacional.

6.—Finalmente, reiteramos que tenemos derecho a exigir —tanto a los directivos como a los militantes del Partido— el permanente examen y adecuación de nuestra conducta política para garantizar el cumplimiento irrestricto de nuestra doctrina en cada una de las instancias del proceso revolucionario que está en marcha.

II

DECLARACION DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DE PERIODISTAS

"El Departamento de Periodistas Demócratas cristianos en reunión celebrada hoy jueves 29 de julio acordó por unanimidad formular la siguiente declaración pública en relación con la renuncia presentada por un grupo minoritario de dirigentes de la JDC y algunos adultos:

1.—Que constituye uno de los elementos fundamentales de nuestro partido la libre discusión interna de posiciones estratégicas y actitudes dentro de su filosofía humanista, cristiana y revolucionaria.

2.—Que es inaceptable que cualquier militante de base o dirigente trate de imponer su pensamiento por la presión o la amenaza de su retiro, lo que implica caer en un sectarismo contrario a nuestros principios.

3.—Que constituye un motivo de íntima satisfacción comprobar que la gran masa de la juventud, de los trabajadores, de los campesinos, de

los pobladores, de los profesionales y en particular de las mujeres se mantienen resueltamente unidos en torno a ideales y valores que inspiran el socialismo comunitario.

4.—Que como periodistas profesionales nos hacemos un deber denunciar a la opinión pública, la campaña que sostiene la prensa oficialista, que tiende mañosamente a crear conflictos internos al PDC y mostrar una imagen que no corresponde a la realidad.

5.—Que reitera su más decidido apoyo a la Directiva Nacional, al Consejo Nacional y demás organismos directivos por la actitud responsable y consecuente con que ha orientado y conducido a nuestra colectividad que está llamada, en razón del apoyo que se le dispensa como primera fuerza política del país a cumplir los postulados de un proceso de cambios, democrático, pluralista y de mayor justicia social.

III

DECLARACION DEL CONSEJO NACIONAL DE LA JUVENTUD

Ante la renuncia de algunos dirigentes de la JDC, los abajo firmantes, en representación de las bases que nos eligieron, nos hacemos un deber declarar a la opinión pública lo que sigue:

1.—Respetamos la decisión personal de algunos militantes al marginarse de la DC, pero creemos honestamente que se han equivocado de camino, puesto que si luchamos por sustituir la sociedad existente, caracterizada por ser capitalista en su estructura, liberal en su ideología y burguesa en su ética, tenemos la herramienta fundamental para hacerlo y ésta no es otra que el PDC.

Es nuestra tarea hoy robustecer este instrumento para hacer cada día a más chilenos partícipes de la tesis de los cristianos revolucionarios, principios indispensables para la construcción en Chile de una nueva sociedad más justa y solidaria.

2.—La DC es una fuerza que se inspira en los valores permanentes de la persona humana, que nace y orienta su acción a la destrucción del sistema capitalista y a su sustitución por una nueva sociedad socialista y comunitaria, a través de una vía pluralista y democrática.

3.—Coincidimos en todas aquellas iniciativas que tienden a destruir el orden existente, pero también tenemos claro que existen en la realidad chilena dos modelos alternativos de socialismo que se enfrentan cuando se trata de hechar las bases de la nueva sociedad.

He aquí para la JDC una definición que estimamos fundamental; estamos con la construcción del socialismo, pero no de cualquiera, sino que estamos por el socialismo comunitario, que se traduce en que la tierra es para el campesino y no para el Estado y que la gestión de las empresas es para los trabajadores y no para los burócratas, en definitiva una sociedad en la cual los trabajadores sean los gestores y directores del proceso revolucionario.

4.—Construir la nueva sociedad requiere, de quienes tienen la responsabilidad de construirla, lo hagan inspirados en un modelo de sociedad, que interprete fielmente la idiosincrasia, los valores y la realidad propia de nuestro país y de los chilenos. Hoy, como dirigentes de la mayor juventud política de Chile, tenemos la obligación de analizar la conducción que el Gobierno y los partidos que lo componen le han impuesto a los cambios que todos anhelamos y deseamos. Observamos con preocupación, el manejo económico del país, que ha llegado a límites imponderables, en el daño que, producto de la ineficacia y del burocratismo, se está causando a la economía nacional.

5.—Estamos absolutamente conscientes de que hemos hecho, como jóvenes y como demócratacristianos, todo lo lealmente posible para que

el Gobierno no fracase, pues entendemos que se está jugando el interés supremo de Chile y de su pueblo. Nunca en la historia del país, un Partido que estaba en el Gobierno ha sido más consecuente con sus principios, al posibilitar el ascenso al Poder de una fuerza política distinta y combatiente de sus personas y postulados.

Nunca tampoco, un Partido de oposición ha sido tan leal, en la forma de enfrentar a Gobierno alguno; hemos otorgado el respaldo a medidas básicas para la transformación de la sociedad chilena, tal como la nacionalización del cobre y otras.

Pero también queremos ser claros, porque nuestro interés no es otro que el de Chile y su pueblo, todo aquello que tienda a malograrlo, merecerá nuestro más fuerte y enérgico rechazo y su denuncia en la base social misma.

6.—Porque entendemos que la única posibilidad de realizar la revolución en nuestro país es logrando la unidad social del pueblo, a través de la acción concertada de las fuerzas sociales y políticas, representantes legítimos de los trabajadores, campesinos, juventud y otros sectores progresistas del país, es que ratificamos la línea política seguida por la JDC, definida en su último Consejo Plenario celebrado en La Florida en el mes de abril pasado.

7.—Los jóvenes democratacristianos, reafirmamos nuestra fe en lo que significa nuestro Partido; en su línea ideológica y política planteada en los últimos eventos en la conducta consecuente con ello observada por parte de la Directiva Nacional del Partido y principalmente por los miles y miles de trabajadores, campesinos, mujeres y jóvenes que con valentía y serenidad adhieren a estos planteamientos. Creemos que Chile necesita de un Partido como el nuestro, realmente popular y revolucionario, realmente democrático y pluralista, para destruir el Capitalismo y construir el verdadero Socialismo, en cuyo seno el hombre sea libre en una comunidad libre.

Entendemos que nuestro camino es difícil, sabemos de los múltiples obstáculos que surgirán, que con decisión enfrentaremos, con la vista fija en nuestro ideal y con pasos firmes marcharemos seguros que la victoria será nuestra, si somos capaces y la merecemos.

POR UNA SOCIEDAD SOCIALISTA Y COMUNITARIA JUVENTUD CHILENA ADELANTE

POR EL CONSEJO JDC:

ALFREDO LACOSTE CORTES

JORGE BERAZALUCE

HUMBERTO VERDUGO

JOSE MIGUEL FRITIS

JOSE PEREZ

JUAN C. VIVANCO

WALDO MORA

RENATO AHUMADA

MANUEL INSUNZA

JOSE AMBUCHI

GUILLERMO YUNGE

JUAN CARLOS LATORRE

CRISTIAN GAZMURI

FRANCISCO LARENAS

Santiago, 29 de julio de 1971.

Presidente Nacional JDC. Interino

Consejero Nacional JDC.

Jefe Comisión Política JDC.

Jefe Depto. Profesionales y Técnicos JDC.

Jefe Depto. Campesinos JDC.

Jefe Depto. Enseñanza Media JDC.

Jefe Nacional Secundaria JDC.

Jefe DCU. Universidad de Chile

"

"

Católica

Técnica.

DECLARACION DEL CONSEJO DE LA JUVENTUD AL TERCER DISTRITO DE SANTIAGO

"La Juventud Demócrata Cristiana del Tercer Distrito de Santiago, ante la renuncia de algunos militantes del Partido Demócrata Cristiano, declara:

1.—Que no se sorprende ante este hecho. Hay hombres que creen poder, con su sola voluntad, cambiar el mundo, el curso de los acontecimientos, la orientación del pueblo. Motivados por su Inmediatismo, van confundiendo progresivamente lo que el pueblo necesita y quiere. Entonces, bruscamente, deciden saltar de una posición a otra, o bien, crear constantemente nuevas posiciones políticas que no reflejan los intereses de las comunidades que constituyen la sociedad.

2.—No nos sorprende que se vayan: ellos han dicho que las bases de la Democracia Cristiana se han derechizado. Esto no significa nada. ¿Quiénes son las bases demócratacristianas? Los pobladores, los campesinos, las mujeres, los jóvenes, miles de trabajadores, miles de familias de nuestra patria.

¿Quiénes se equivocan, entonces?

3.—Los acontecimientos demuestran que el pueblo se decide por la alternativa de la Democracia Cristiana. Las elecciones últimas revelan cuáles son los intereses del pueblo, más allá de los esquemas, las tácticas y, en general, más allá de los izquierdismos teóricos y románticos que se predicán y no se practican. Bueno es recordar los resonantes triunfos sindicales obtenidos por la Democracia Cristiana en estos últimos días. Estos hechos hablan por sí solos.

4.—Queremos destacar el siguiente hecho: La Democracia Cristiana es la fuerza mayoritaria de nuestro país, porque una gran parte de la comunidad nacional cree en su doctrina, en sus tácticas y en sus criterios; en sus acuerdos nacionales; en sus puntos de vista adoptados de acuerdo a cada circunstancia. La Democracia Cristiana no pierde adherentes cuando algunos se van.

Se van los que no creen en ella, los que, en resumen, no son demócratacristianos.

5.—Las bases de nuestro partido, pueblo genuino, no siguen a estas personas confundidas. Ellas son tales porque las interpreta una doctrina, una conducta política y un compromiso con Chile y con su historia. Hoy más que nunca, la unidad férrea y la firme voluntad de luchar por nuestros ideales es la característica más señera de nuestro partido. Hoy más que nunca renovamos nuestra fe en la vía que hemos elegido para luchar por las transformaciones globales de nuestra sociedad. Hoy más que nunca el partido se hace acción, compromiso con Chile.

6.—La Juventud Demócrata Cristiana del Tercer Distrito entrega su más amplio apoyo al Consejo Nacional del Partido y a nuestro presidente nacional, senador Narciso Irureta, quien ha cumplido con su deber y ha sabido dirigir con valor a la Democracia Cristiana. Saludamos a nuestro presidente y al Consejo Nacional del Partido, en nombre de las bases juveniles".

Iván Navarro Abarzúa, presidente provincial, Andrés Echeverría Bunster, secretario general, Tercer Distrito.

Santiago, 29 de julio de 1971.

Con el objeto de que los lectores tengan antecedentes suficientes sobre los problemas ideológicos y políticos que afectaron a la Democracia Cristiana, publicamos dos documentos: a) el texto completo de la renuncia de varios parlamentarios al PDC y la carta en que, a su vez, los parlamentarios Gumucio, Jerez, Silva y el Ministro Chonchol, renuncian al Mapu.

I

RENUNCIA AL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO

Cuando ingresamos al Partido Demócrata Cristiano, hace ya muchos años lo hicimos buscando un camino que diera sentido a nuestras vidas. Intentábamos expresar de una manera concreta nuestra visión cristiana del hombre y del mundo. Al hacerlo rechazábamos de una manera explícita colaborar con otros movimientos tradicionales o conservadores que, inspirados también en el pensamiento católico, asumían la defensa del capitalismo y sus estructuras. Para nosotros, comprometernos en la actividad política, era una forma de servir la tarea del pueblo y de trabajar por su liberación. En consecuencia, nos identificamos con el proyecto de hacer compatible el cristianismo y sus valores con el socialismo en cuanto a fórmula de organización social. En el curso de los años, pudimos comprobar que lo que era al comienzo, una intuición, encontraba sólido apoyo en las manifestaciones más avanzadas del pensamiento contemporáneo hasta constituir el definitivo planteamiento que hoy se conoce como socialismo comunitario.

Ingresamos a la Democracia Cristiana o a la Falange Nacional desde sus comienzos, cuando ellas constituían un movimiento idealista y estaba dirigido a enraizarse profundamente en las luchas de nuestro pueblo. Como usted bien sabe esta causa ha representado un aspecto esencial de nuestras existencias. Nos sentimos parte de lo que fuera el espíritu de su fundación, y con ese aliento luchamos y aportamos para construir la alternativa de poder que el PDC materializó en 1964, con Eduardo Frei. Los años vividos en el Partido nos han permitido ser también testigos de un proceso: la transformación del partido en un movimiento cada vez más desligado de su raíz doctrinaria, cada vez más diversificada por grupos de procedencia variada e incluso contradictoria, en su composición social y su formación ideológica; pero, sobre todo, cada vez menos resuelto a encarnar su doctrina día a día en la realidad chilena. La Democracia Cristiana se ha transformado en un movimiento multitudinario pero elec-

toralista; de raigambre popular pero deformado en la existencia estéril de las asambleas. El efecto más dramático de esta pérdida de vitalidad se mide comparando la actitud del PDC frente a la asumida por la Iglesia chilena: hace veinte años los falangistas eran la minoría más audaz y avanzada de entre los cristianos que realizaban acción política; hace 10 años aparecían identificados con las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia; hoy día, ¿quién podría negar que la posición asumida por los jefes de la Iglesia Católica y sus planteamientos doctrinales resultan más avanzados y consecuentes que los mantenidos por la dirección superior de la Democracia Cristiana ante las perspectivas de construcción de una sociedad socialista en Chile?

Por nuestra parte hemos luchado con todas nuestras fuerzas para cambiar esta situación y llevar al PDC hacia un camino más correcto; así hemos profundizado en la elaboración doctrinaria los fundamentos del socialismo comunitario; también nos ha preocupado que esto se traduzca en planteamientos programáticos, como la vía no capitalista de desarrollo primero y la Revolución Chilena, democrática y popular del programa Tomic, como asimismo mediante nuestra proposición de impulsar la Unidad Social del Pueblo. Invariablemente el Partido ha aceptado nuestros puntos de vista en el papel y las declaraciones —a veces incluso por unanimidad— al mismo tiempo que elegía directivas contrarias a estos planteamientos que, por cierto, no aplicaron.

Tenemos la conciencia tranquila de haber sido más que respetuosos en materia de democracia interna: cuando perdimos seguimos luchando y acatamos la disciplina a pesar de que muchas conductas políticas representaban una franca alteración del patrimonio ideológico de la Democracia Cristiana. Muchas cosas que hoy día se ha visto que eran posibles nos fueron denegadas durante el gobierno anterior, en base a argumento que el país no resistiría una transformación tan profunda. A este respecto, nos basta con recordar

nuestra petición en favor de la Reforma Bancaria, de la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas, del reconocimiento legal de la CUT o la nacionalización del cobre.

Creemos que a fines de 1969, el Partido tenía la sensación de que estaba cerrando todo un ciclo, realizado en torno de la persona del Presidente de la República, y que era indispensable definir un nuevo destino, una segunda etapa, mucho más profunda y revolucionaria. La campaña presidencial de ese año y la decisión correcta del PDC en la votación del Congreso Pleno, representaron alentadoras esperanzas de que así ocurriría. Sin embargo, bastó que el Partido dejara el Gobierno y enfrentara una elección Municipal para que el estilo, los símbolos y aún las consignas de la etapa anterior fueran restauradas sin que quedara nada del planteamiento de la campaña presidencial. Es decir, ante las primeras dificultades para poner en práctica el esquema de la Unidad Social del Pueblo, la respuesta del Partido es el retorno en los hechos al ciclo de la Revolución en Libertad que, inevitablemente, conduce a una alianza directa o indirecta con la Derecha.

Los hechos posteriores han reafirmado en forma cotidiana esta disposición: desde la Universidad de Chile hasta las elecciones sindicales, desde los enfrentamientos en las Juntas de Vecinos hasta la elección complementaria de Valparaíso. Siempre la solución ha consistido en obtener los votos de los sectores reaccionarios o "gremialistas". Todo esto calurosamente orquestado y respaldado por una prensa y personeros oficiosos en los medios de comunicación que, sin representar la opinión oficial del Partido aparecen ante la opinión pública hablando en su nombre con una fuerza que excedía a la del propio Consejo Nacional.

Llegamos así a un momento en el cual la persistencia y fuerza de esta línea de acción política amenazaba con restar todo carácter definitivo al próximo Congreso Nacional del Partido; en los hechos el Congreso se estaba adelantando todos los días al consolidarse un enfrentamiento en que nuestro aliado natural eran las fuerzas reaccionarias. Es cierto que esta tendencia se veía favorecida en las bases demócratacristianas, por el innecesario y torpe sectarismo con que algunos personeros y mandos medios de la Unidad Popular han enfrentado sus relaciones con los trabajadores, pobladores y campesinos del PDC.

Ante este cuadro, nos pareció que la única salida consistía en que la Dirección del Partido, por intermedio de su Consejo Nacional, colocara luz roja, hasta las definiciones del Congreso, a

esta tendencia desnaturalizadora del destino popular del Partido. Después de un debate cordial, claro y profundo, nuestra proposición fue rechazada, con lo cual se cierra toda posibilidad de que el Congreso Nacional sirva para definir de verdad las cuestiones doctrinarias, programáticas y de línea política controvertidas.

A nuestro juicio, esta determinación tiene un significado muy claro: si bien el PDC continuará siendo una fuerza democrática integrada por sectores populares y de clase media, ha renunciado a la posibilidad de ser el instrumento para llevar adelante una política cristiana de izquierda, que es la única que interpreta nuestra propia vocación.

Estamos convencidos que la única actitud consecuente para buscar en plenitud la realización de nuestros ideales de vida consiste en separarnos del Partido, para desde fuera servirlos sin limitación alguna.

Al constituir una organización de izquierda Cristiana ayudaremos a crear un instrumento político que el país necesita. El pensamiento cristiano de avanzada es uno de los polos más vivos del debate y la construcción social contemporánea. En este movimiento tendrán lugar muchos hombres y mujeres que en la base del pueblo hoy día no encuentran un camino claro. Desde ahí intentaremos realizar el destino no cumplido por la Democracia Cristiana. No nos vamos del PDC para postular a una cuota de poder dentro de la Unidad Popular sino para comprometernos con el proceso de cambios en Chile y en el mundo desde una perspectiva enteramente cristiana y enteramente socialista. Por eso nos reservamos todo el derecho de expresar nuestras críticas y observaciones ante el contenido y la ejecución del programa de la Unidad Popular. La diferencia estará en que nuestras críticas se harán dentro del proceso de cambios y para perfeccionarlo; se harán en función de la sustitución de las estructuras capitalistas y no en alianzas o coincidencias con quienes las defienden.

Creemos que ésta es la decisión más conveniente para todos. Deseamos expresarle nuestra satisfacción por la forma como se desarrolló el debate del Consejo Nacional y por la claridad de su resolución. En su persona queremos agradecer las manifestaciones de amistad y camaradería que hicieron de nuestros largos años de militancia una escuela que permitió la maduración de nuestro pensamiento y en el contacto estrecho con el pueblo y los trabajadores de su auténtico camino de liberación.

Señor Presidente, le rogamos acepte nuestras renuncias al Partido Demócrata Cristiano.

RENUNCIA AL MAPU

Santiago, 6 de agosto de 1971.

Señor

Rodrigo Ambrosio B.

Secretario General del MAPU

Presente

Compañero Secretario General:

En estos días, 8 parlamentarios y numerosos dirigentes y militantes de la DC, antiguos camaradas nuestros, han dado un paso de trascendencia para nuestro país y de vasta repercusión política. Han renunciado al PDC para poder hacer, fuera de él, lo que ya no podían hacer desde dentro, esto es, trabajar como cristianos de avanzada por la unidad social y política de los trabajadores y por la construcción del socialismo en Chile.

Esta decisión nos ha alegrado profundamente puesto que, por las mismas razones, nosotros dejamos también las filas del PDC hace poco más de dos años.

Estimamos que la actitud asumida por ellos tiene gran importancia para el movimiento popular, para el cambio revolucionario de la sociedad y para el carácter pluralista y democrático del proceso chileno hacia el socialismo. Tiene también para nosotros una implicancia que no vamos a eludir y a la que nos referiremos aquí a fin de dar a conocer y explicar la resolución que hemos adoptado.

Sabe Ud., muy bien, compañero Ambrosio, que nosotros siempre concebimos el MAPU como una fuerza de izquierda que inspirada en los valores de la cultura cristiana y humanista, luchará por el socialismo. Ello corresponde a nuestra posición permanente. Nuestro trabajo político e ideológico, antes y después de la formación del MAPU, se ha orientado al desarrollo de esa línea. Sería inútil y alargaría demasiado esta carta que recordáramos todas las manifestaciones nuestras en tal sentido, siendo la última de ellas la carta que dirigimos con fecha 25 de mayo último, que Ud. nos respondió solo hace una semana y que lamentablemente no fue conocida por las bases del MAPU, lo que hace explicable que muchos militantes ignoren nuestras discrepancias.

Entendemos aquí, el cristianismo como una fuerza inspiradora. No le pedimos respuesta para los problemas técnicos ni buscamos en él un modelo de sociedad, de economía, o de Estado. Sabemos que no puede dar nada de eso. Pero sí, es para nosotros, reiteramos, una fuerza inspiradora,

una fuerza histórica y cultural de sentido liberador para el pueblo, en su expresión más profunda, y pese a las deformaciones de que ha sido objeto por las clases dominantes.

Igual cosa decimos de los valores humanistas de muchos que no son cristianos. Por ello no creemos en la conveniencia de un partido formado exclusivamente por cristianos. Esta es una etapa sobrepasada para nosotros como para muchos cristianos en el mundo actual.

Pensamos, sin embargo, que a partir de la inspiración cristiana y humanista utilizando todos los métodos de análisis de las Ciencias Sociales y Políticas, es posible elaborar como lo hemos hecho para el Programa de la Unidad Popular, las líneas de acción correspondientes a una situación determinada, en nuestro caso la chilena.

De acuerdo con ello creemos que es positivo para unir a los trabajadores y fortalecer el proceso revolucionario chileno, contribuir a organizar a aquellos que teniendo esta común inspiración, estén dispuestos a participar en un amplio movimiento que luche junto con los demás partidos populares por la construcción del socialismo en Chile.

El socialismo, en su contenido esencial, es una profunda aspiración del hombre, un ideal de la conciencia humana y también de la conciencia cristiana más fiel a sí misma. La clase obrera le ha dado a esta aspiración un terreno firme, una realidad objetiva, y es la base fundamental de las fuerzas que luchan por el socialismo.

Pero la aspiración al socialismo alcanza también a otros sectores, viene históricamente de más atrás y sin duda que la tendencia hacia adelante es que esta aspiración se generalice cada vez más en los hombres y desde luego en los cristianos. Es un hecho que tales tendencias se desarrollan hoy con mucha fuerza en numerosos países, especialmente en América Latina y en Chile. Nos sentimos unidos a este desarrollo e interesados vivamente en él.

Frente a esto, Ud., y la mayoría de los cuales dirigentes del MAPU tienen un concepto muy diferente. Conciben el MAPU como un partido de fuerte contenido marxista. Han adoptado como pensamiento fundamental las categorías marxistas-leninistas, invocadas como método científico, y educan a sus militantes en ellas. Tal es el único cuerpo de formación sistemático y coherente que el movimiento utiliza y que circula dentro de él

como expresión oficial. El hecho de que el MAPU tenga en sus filas a militantes cristianos, lo que ocurre también en los otros partidos marxistas, y aún su mayor interés por ellos en el último tiempo, no altera lo anterior.

Respetamos plenamente al cristiano que milita en un partido marxista. Nos parece una opción legítima. Pero creemos que la incorporación masiva de los sectores populares cristianos a la lucha por la construcción socialista requiere de un cauce político que les sea más accesible, y eso es, a nuestro juicio, una izquierda de inspiración cristiana y humanista que toma su puesto en la tarea de la transformación revolucionaria de la sociedad junto a los comunistas, los socialistas, los radicales y toda la izquierda.

Existen, no cabe duda, amplios sectores populares y medios, sectores de trabajadores y campesinos, de pobladores y mujeres, que de uno u otro modo se reconocen como cristianos, que cultural y emocionalmente están unidos a los valores cristianos, y sobre los cuales la burguesía y sus partidos tienen aún bastante influencia. Esta es una realidad que debemos reconocer. La acción política de un movimiento amplio en que se exprese real y eficazmente el pensamiento cristiano revolucionario ayudará, sin duda, de un modo importante a liberar a estos sectores de tal influencia junto con ayudarlos a descubrir sus verdaderos intereses y contribuirá también a aumentar la unidad y la fuerza de los trabajadores.

Creemos, pues, que la creación de esta fuerza colaborará decisivamente a fortalecer y ampliar el poder popular, a romper en su favor el actual empate en la correlación de fuerzas, a poner término al monopolio político de la DC sobre el campo cristiano, a aislar de este modo las resistencias conservadoras al proceso del cambio de la sociedad y reforzar las características propias de la llamada "vía chilena".

Por eso pensamos que ésta es una urgente necesidad del pueblo y la revolución chilena. La revolución socialista chilena necesita de esta fuerza, unida, por cierto, al resto de las fuerzas populares, no como alternativa ni factor de división. En cambio, no creemos francamente, que el pueblo y la revolución tengan necesidad de otro partido marxista, además de los ya existentes.

Aunque nos preocupamos de que estas divergencias no trascendieran a la opinión pública ellas fueron planteadas por nosotros muchas veces. La diferencia entre ambas concepciones del partido se tradujo en continuos puntos de controversia y falta de entendimiento. Un ejemplo de ello fue el de la tesis del Frente Revolucionario, que opu-

sieron a la de la Unidad Popular apoyada por nosotros.

El actual grupo dirigente absolutamente convencido de sus ideas, y creyendo de muy buena fe que si ellas no prevalecían el partido tomaría un camino incorrecto, manejó estas diferencias con excesiva intransigencia y celo, a nuestro juicio, provocando en la práctica un distanciamiento aún mayor.

Por todo lo cual hemos resuelto poner término a esta situación ambigua y perjudicial para el Movimiento en su conjunto, que no ha sido posible superar, optando por retirarnos del MAPU, por lo que le presentamos a Ud., nuestras renuncias. Damos este paso, sólo ahora cuando se ha producido en el país la oportunidad de crear un partido amplio de izquierda inspirado en los valores cristianos y humanistas, dentro del campo de la Unidad Popular y del socialismo, o sea, cuando tenemos la certidumbre de que nuestra actitud lejos de debilitar, fortalece la causa común, la de Uds., y la nuestra, la causa popular, y de que nuestro propio esfuerzo será más efectivo al entregarlo desde una posición que corresponda a nuestras convicciones íntimas, sin que este paso altere en nada nuestra plena militancia en la Unidad Popular.

Con ello creemos que cada cual quedará en el lugar que le es más apropiado. El resultado será mejor para aquello que nos une y que es lo fundamental: el apoyo al Gobierno de la Unidad Popular, a la construcción socialista.

Recordamos con agrado la significativa contribución del MAPU a la formación de la Unidad Popular y su triunfo, la seriedad de su participación en las tareas de Gobierno, y también valoramos la comprensión lúcida y generosa de su Comisión Política, expresada en su declaración de anteayer, pese a los perjuicios transitorios de tipo partidista que pudiera sufrir, hacia la formación de un nuevo movimiento con amplia participación de los cristianos de izquierda, reconociendo el derecho de quienes estando hasta hoy en el MAPU opten por militar en él. Todo ello es enaltecido para el Movimiento.

Por último, queremos asegurarle que nuestra renuncia en nada limitará el esfuerzo que haremos para que en el futuro fuerzas que han tenido similar trayectoria encuentren un cauce común y, desde luego, expresamos nuestra disposición favorable para hallar formas de coordinación e impulsar tareas comunes.

Lo saludan cordialmente sus amigos y compañeros:

Jacques Chonchol

Rafael A. Gumucio

Alberto Jerez H.

Julio Silva Solar

Padre Alberto Hurtado S. J.

19º aniversario de su muerte

No se ha ido.
Lo sé por su mirada antes de irse
cuando el juego de la muerte
lo dejó sin palabras.

El está con nosotros
ordenando el amor del hombre nuevo,
perpetuando su obra entre los niños
que llevó de la mano
por las calles hambrientas de la noche,
por el frío Mapocho más allá de sus puentes,
hasta el calor fecundo de su playa.

Desde su almohada santa
nos reparte el trabajo y su sonrisa,
con igual entrega,
con que fue bendiciendo a sus hermanos
en su última cama
y despojando a la tierra
de odios e injusticias.

Igual que San Francisco,
nos enseñó que dando se recibe:
En afán de calzar a todos los niños
y de darles el pan que se merecen...
lo encontramos triunfante en sus bodegas,
lo encontramos despierto en su sonrisa.

No se ha ido
porque Cristo ya estaba en sus mañanas,
y aunque la tarde es larga,
sigue llenando de ojos asustados
su casa "Hogar de Cristo",
donde sus manos santas carpinteras
rindieron amor a los demás.

No se ha ido,
lo sé por esos niños,
por esos niños suyos
que construyen una fábrica
de esperanzas para Chile.

Marta Zañartu de Munita
18 de agosto de 1971.

EDUQUEMOS AL NIÑO SOBRE UNA BASE REALMENTE SOLIDA

La experiencia pedagógica de cuatro maestros se vierte en una obra de gran valor didáctico para PRIMER AÑO BÁSICO. — Una NOVEDAD PEDAGÓGICA que dará al niño la formación indispensable para una sólida educación.

N U E V O !

SILABARIO y LIBRO DE LECTURA Y ESCRITURA, Primer Año Básico. Incluye APRESTO, PRELECTURA, LECTURA y TEXTO-GUIA PARA EL PROFESOR. Escrito por: Hugo Montes, Julio Orlandi, Teresa Clerc y Clarina Robledo. Precio en todo el país E° 30,—

Ofrecemos además la COLECCIÓN COMPLETA DE TEXTOS DE ESTUDIO para la nueva temporada escolar, de HUGO MONTES y JULIO ORLANDI:

LIBRO DE LECTURA, Hugo Montes y Julio Orlandi, 2° al 4° Año Básico E° 30,—
5° al 8° Año Básico E° 35,—

COLECCIÓN DE CIENCIAS SOCIALES de 5°, 6°, 7° y 8° Año Básico, de Héctor Pacheco, Agustín Gómez, Olga Collinet, Helmuth Tatter, Andrés Domínguez, Raquel Zamora.

TEXTO DE FILOSOFÍA Tercer Año de Enseñanza Media, Hernán Briones y Bernardino Silva.

TEXTO DE FILOSOFÍA Cuarto Año de Enseñanza Media, Hernán Briones y Bernardino Silva.

Ofrecemos además de nuestro Catálogo General diversos textos de PEDAGOGÍA — SOCIOLOGÍA — QUÍMICA — TÉCNICAS ESPECIALES

EDITORIAL DEL

ALONSO OVALLE 766
FONO 397805



PACIFICO, S. A.

CASILLA 3547
SANTIAGO DE CHILE